
3 2044 004 479 259

ADELFA



UNA HISTORIA DE AMOR

POR

Georgina de Flores.

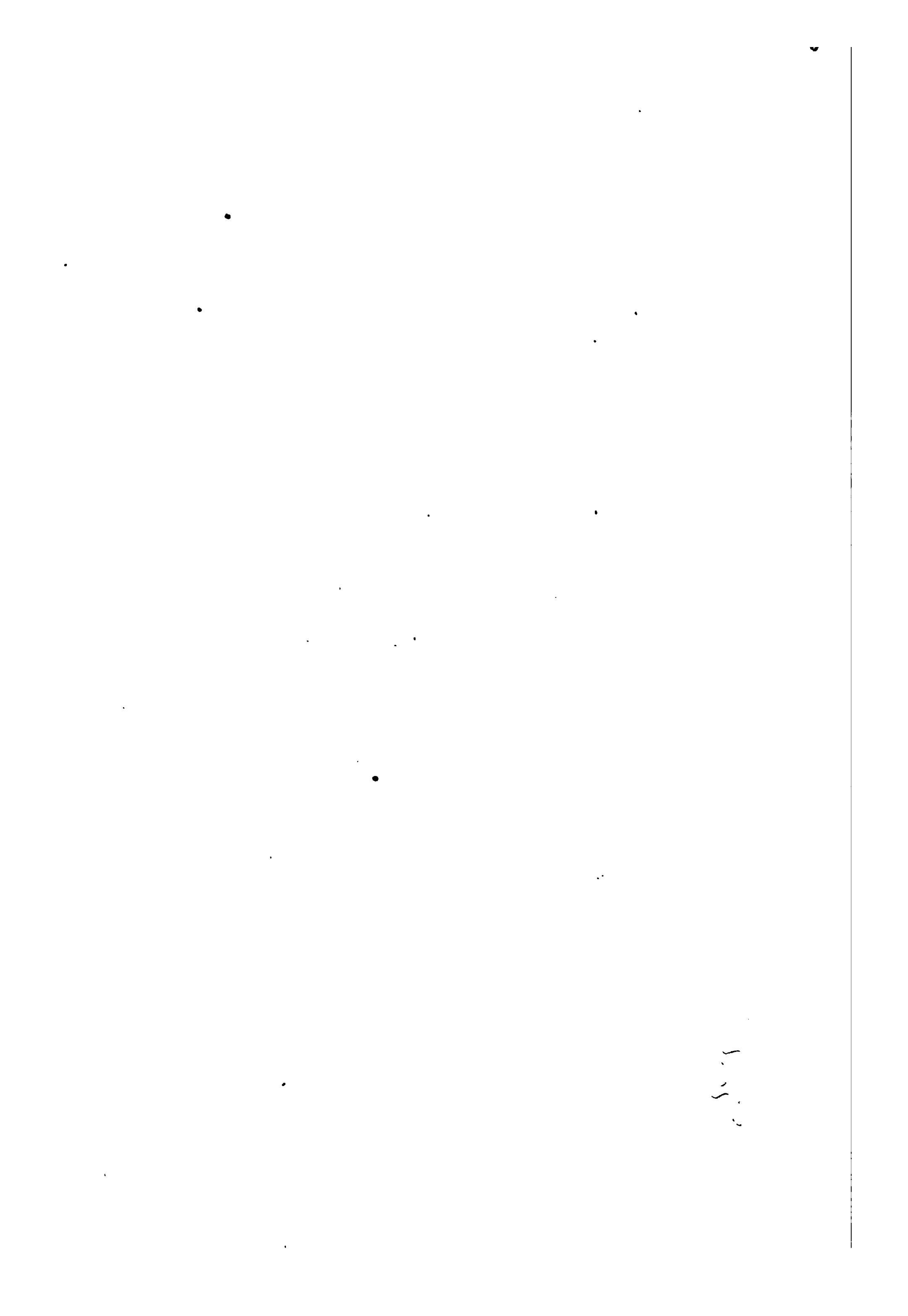
1899

HABANA.
"La Propaganda Literaria,"
Premiada en varias exposiciones.
IMPRENTA. — GALVANOPLASTIA. — ESTEREOTIPIA.
ZULUETA NUM. 28.

A sus queridos padres dedica esta Adelfa, pobre flor de su ingenio

su hija

Georgina.



A LOS QUE ME LEYEREN

A nadie tanto como á mi sorprendió la buena acogida que obtuvo ésta mi primera novela si tal título merece lo que en mi conciencia no pasa de ser la sencilla narración de unos amores, cuando vió la luz pública en el folletín de la tarde del DIARIO DE LA MARINA*: á mí más que á nadie extrañó el entusiasmo y la cordialidad con que la recibieron personas de alta jerarquía en la república de las letras, cuando yo solo había contado con la benevolencia del público que se haría cargo de que mi intención no era presentarme como novelista sinó entretenerlo un momento con este ensayo de novela en el que refiero una historia que llegó á mi conocimiento de manera harto curiosa.*

En el transcurso de ella aseguro que es verídica y tomada de la realidad. Me mantengo en lo dicho... ¿Qué si he conocido yo á algunos de los personajes que presento? ¡Pues ya lo creo!—El año próximo pasado en los meses que duró el inolvidable bloqueo de la Isla de Cuba, visitó este puerto—entre otros—un barco de guerra del que estuve á bordo galantemente invitada... Allí tuve ocasión de tratar á un oficial que había conocido días antes, que había encontrado por casualidad en un viaje que hice por

aquel entonces al Vedado y en el que me había fijado por la expresión de tristeza que manifestaba su fisonomía.

Era Hugo Wolff...... que en la vida real se llama Alberto S...... Un compañero suyo me refirió en francés lo que yo trasladé al papel en el idioma de Castelar, procurando conservase el aroma y la fragancia conque llegó á mí. ¿Lo he conseguido? Sin dejarme invadir por la vanidad—enemiga mortal de la verdad—puedo creer que no lo habrá perdido del todo, cuando el éxito más lisonjero la acogió..

Muchas han sido las demandas de ejemplares que he recibido—y aun recibo—por lo que me decido á editarla, contando con la amabilidad del público que á ello me ha invitado repetidas veces creyendo corresponderá á mi trabajo y sacrificio aceptándola galantemente; así como mis estimados y estimables compañeros en la prensa que no tratarán de analizar una obra que no tiene más mérito que el del sentimiento. Debo advertir que fué escrita con el alma, impresionada todavía por la fresca narración de una historia de amor tan tierna, conociendo al protagonista precisamente en ocasión de acabar de enterarse y conocer por entero el heroismo de su amante Adelfa, del que había dudado.

Al ofrecer esta ofrenda cariñosa á los amantes parecíame que el corazón se me dilataba: identificándome sobre todo, con la que supo morir antes que faltar á su palabra, á su amor, cosa rara y casi extraordinaria en este fin de siglo positivista. Algo pasa de eso todavía pero no siempre la muerte acude donde es necesaria: que hasta hay muertes oportunas.

....

GEORGINA DE FLORES.

Habana 30-9-1899.

I

ADELFA

> Escuchad, hijos mios, esta triste historia: conservad su recuerdo como una santa y provechosa lección, y cuando la nieve de los años blanquee vuestros cabellos referírsela á vuestros nietecitos.

QUE por sus venas circulaba sangre latina era cosa que nadie podía dudar, al ver aquellos sus ojos negros, profundos y brillantes.

En los salones de la nobleza alemana, que era el centro donde la joven y bella sobrina del acaudalado banquero Federico Candebeg se agitaba, despertando celos y envidias en las mujeres y admiración en los hombres, curiosidad é interés en todos, murmurábase del misterio que rodeaba su nacimiento. Había quienes decían conocer ese misterio, y referían historias tan asombrosas como diferentes entre sí, que maravillaban al auditorio, consiguiendo, más que otra cosa, hacer recaer sobre la joven toda la atención de la sociedad, pero sin satisfacer nunca las ansias de descubrir las interioridades ajenas que dominan á la mayor parte de la humanidad.

Lo único que se sabía con certeza era que había nacido en España. En la más hermosa y privilegiada nación europea había tenido Adelfa la dicha de nacer. Y de esa dicha mostrábase la joven orgullosa, como lo demuestra el siguiente hecho:

Al hablar alemán, su pronunciación no era pura; notábase en ella un ligero acento extranjero, que si pasaba inadvertido para la mayoría de las personas, para algunos resultaba muy pronunciado.

Uno de estos últimos era el hijo del general Ghach. Una noche en que se encontraban en un *the* en casa de la marquesa de Iven, el joven, que durante dos semanas había hecho la corte á Adelfa sin ningún resultado, le dijo en alta voz al acabar ella una conversación:

—Sabemos que no habláis nuestro idioma con entera corrección.

Los asistentes se miraron asombrados de tamaña inconveniencia, aunque era de todos conocido el poco talento del joven: algunos manifestaron su disgusto y se adelantaron para pedirle explicaciones; pero Adelfa, tranquila y sonriente, los contuvo con una mirada, y volviéndose á él:

—Eso es—repuso—porque he nacido en la patria del Cid: lo que siempre había sido una satisfacción para mí, hoy lo es doblemente por permitirme decirlo sin el riesgo de que entendáis, lo que siempre me habéis parecido.. ¡Un tonto!....

El embajador español, que se encontraba presente, lanzó una estrepitosa carcajada.

Pidiéronle todos la traducción de la frase.

—¿Qué ha dicho? ¿qué ha dicho?—exclamaba la baronesa de H...., que era todavía un poco más curiosa de lo que suelen serlo las mujeres.

—Pues nada más que la verdad!—respondió el interpelado riendo siempre.

—Pero ¿qué es ello? demandaban todas.

La curiosidad iba tomando aspectos alarmantes: el bello salón de la marquesa amenazaba convertirse en teatro de un motín. Rodeaban todos los contertulios al diplomático, instándole que hablase.

¡Pero si es que no puedo hacerlo!—respondió por fin éste, sofocado por tanto reir:—¿no veis que el *joven Ghach* se enfadaría conmigo?

El *joven Ghach*, que no sabía que actitud tomar, se vió obligado á autorizar al embajador para traducir la frase que no había comprendido, pero que instintivamente lo humillaba, y una vez que éste lo hubo hecho, la risa fué general y grande el ridículo que cayó sobre el impertinente.

El vivo y agudo ingenio de Adelfa se manifestó igualmente en diversas ocasiones, ó mejor dicho, se manifestaba siempre en su conversación. Su compañía era buscada y deseada y se la abandonaba con pena. Su salón de recibo era uno de los más concurridos: los literatos de fama, los artistas de renombre, los hombres de Estado solicitaban como un honor ser admitidos en él, y ella, en medio de aquél selecto núcleo de personas distinguidas, sabía á pesar de sus pocos años, hablar á todos como convenía, por lo general en alguna lengua extranjera, animando al decaído, advirtiendo al que erraba, todo con dulzura y talento, logrando sobresalir como la rosa, por su belleza y aroma de las demás flores, por su perfecta educación y vastísima instrucción, su belleza, y el misterio, que como he dicho, envolvía su infancia.

¿Era feliz Adelfa en medio de ese mundo que la agasajaba y celebraba? ¡Quién pudiera decirlo! Para todas las jóvenes de su edad su posición era envidiable, pero nadie puede asegurar el estado de ánimo de otro ser, juzgando por las apariencias,

por brillantes que sean, por que bien nos dice la experiencia que no siempre reside la felicidad allí donde el mundo cree que se ha detenido......

La siguiente carta, que escribió por aquél entonces y que iba dirigida á la superiora del convento de España en que había pasado algunos años de su vida, podrá darnos una exacta idea de sus sentimientos.

Rvda. Madre Sor Francisca de San José.

España:

Alemania de 189....

Al separarme de vos, mi querida y respetada madre, prometí escribiros á menudo para referiros todo lo que me ocurra, así como para pediros algunos consejos que me guien y sostengan en esta vida que hago; y las promesas hechas en los momentos tristes de una separación por tiempo ilimitado, tal vez para siempre, las he cumplido y siguiré cumpliendo con el mayor gusto mientras viva.

Desde esta fría Alemania me dirijo á vos segura de poseer en vuestro corazón un lugar privilegiado, como lo ocupáis vos en el mío. Dos amores hay en mi alma, que ni el tiempo ni la distancia podrán hacer que desaparezcan ni aun disminuyan.... El primero es el que me inspirais vos, mi segunda, mi buena y cariñosa madre; el segundo es el que siento por España, mi patria.... ¡Qué lejos estoy de ella! Tres años hace que me separé de vos y salí de ella; tres años que me encuentro sola en este país, y en esta sociedad elegante y brillante, de la que formo parte, en la que reino....

No os riáis: vuestra pequeña Adelfa es hoy una mujer á la moda, hasta el punto de copiarse mis adornos y mis costumbres. No hay gusto que mi

tío me niegue: me permite usar un lujo extraordinario, superior á todas mis amigas. Es más: cuando repito un traje varias veces, me pregunta la causa, y al responderle que temo abusar de sus bondades, me dice con orgullo que tiene dinero de sobra para pagarme todos mis caprichos, si con ello logra hacerme feliz. Me ha regalado preciosas y costosísimas joyas que me obliga á lucir cuando vamos á algún baile ó recepción oficial.

La única pena que el buen señor me causa es su manía en no dejarme usar el apellido de mi padre. Adelfa Cea no existe: en su lugar queda otra Adelfina, feliz, agasajada, celebrada y adulada: pero es una mujer extraña á ella misma: me conoce todo el mundo por Adelfa Landebeg, la sobrina del banquero, pero no la hija de su padre....

Este misterio que no puedo descubrir, me apena y entristece; cada vez que me oigo llamar señorita Landebeg me avergüenzo, porque me parece que mi verdadero nombre está manchado con alguna acción infamante.

Por lo demás, el género de vida que hacemos no puede ser más divertido: habitamos esta quinta, que nunca en verdad ha sido más digna de su nombre que en la actualidad. Villa Alegre es hoy el punto de reunión de la sociedad elegante. Está situada en el camino que conduce de Berlín á Spandau, lo que nos permite gozar de las dulzuras y bellezas del campo y de las comodidades y diversiones de la capital.

Es una residencia preciosa: la vivienda es grande, confortable y majestuosa, amueblada con un lujo extraordinario. Rodéala un magnífico parque que atraviesa un riachuelo juguetón, que murmura dulcemente, formando un armonioso concierto con el canto de los pájaros y las hojas de los árboles al

chocar unas con otras, mecidas por la brisa. Este parque tiene fama de ser el mejor de la provincia.

Sus amplias y rectas avenidas de plantas de todas clases, al cuidado de dos jardineros, están adornadas de magníficas estatuas de mármol blanco que representan hechos históricos ó escenas mitológicas; cómodos asientos de hierro se encuentran en ellas, invitando á los que pasean á descansar un momento bajo la fresca sombra que producen los coposos y añejos árboles. El jardín está todo cercado por una reja de hierro que remata una puerta, también de hierro, sobre la cual dice con letras doradas, como doradas son las ilusiones— VILLA ALEGRE—entre el verde follaje de las trepadoras plantas que pretenden cubrir el nombre simbólico de la quinta.

La casa de banca de mi tío marcha bien: últimamente ha realizado algunos negocios que le han producido grandes ganancias: todo el comercio, al ver su buena suerte en la banca, quiere entrar en relaciones con él y muchas familias rentistas se apresuran á entregarle sus capitales para correr juntos la buena suerte que le favorece.

El señor Landebeg está contento y satisfecho: tiene ahora un proyecto que, de ponerlo en práctica, le hará doblar su capital.

—Chiquita—me dijo ayer mañana en el almuerzo—te voy á presentar á un amigo mío, que desea conocerte. Supongo que lo recibirás mejor que á todos nuestros demás conocidos.

Conozco á mi tío y comprendí al punto que lo que me decía con tanto laconismo encerraba para él algo serio y grave. Repúsele, pues, con prontitud:

—Basta para ello que vos me lo encarguéis, tío, bien sabéis que mi mayor gusto es complaceros.

—¡Gracias, hija mía, gracias! Te encargo que seas amable con él, y aunque alguna vez te moleste con sus cumplidos y te fastidie con su cara fea y vieja, no lo desatiendas. Va en ello la fortuna de Federico Landebeg, tu tío.

Preguntéle el nombre de mi futuro amigo: se llama Ismael Davit, y es banquero también....

Ya le conozco: hoy tuvimos una comida de negocios, como sucede á menudo, en que mi tío invita á aquellos con quiénes tiene relaciones mercantiles, que suelen venir, cuando son casados acompañados por sus esposas. Es un día solemne: hay que prepararlo todo como para recibir á un rey y vestirme con elegancia que iguale, ó al menos no desmerezca, á las de esas señoras que no tienen donde colgarse las joyas, de tantas que se ponen.

Uno de los convidados era Davit: es más, creo que por él y para él solamente mi tío ha hecho sacar la vajilla de plata y oro.... Es un hombre pequeño y delgado, de rostro apergaminado, en el que brillan dos ojillos grises llenos de saber y vida, á pesar de sus sesenta años cumplidos. Si he de ser franca, no es pesado ni antipático: sus maneras son distinguidas, es galante como un caballero de la corte de Luis XV.

La impresión que me ha hecho es buena: no tendré que violentarme para atenderlo. Creo que sabré ganarme la voluntad del viejo: me daré mañas para lograrlo. Federico Landebeg me encarga que así sea, y yo quiero y debo complacerlo, para devolverle al menos una pequeña parte de lo mucho que por mi ha hecho y hace, amparando mi orfandad y rodeándome de este lujo. Estoy dispuesta á eso y mucho más; no retrocederé ante ningún sacrificio para manifestarle mi gratitud....

Apenas se marcharon los amigos de mi tío, he

tomado la pluma para hablar con vos un poquito. En estos momentos suenan en el reloj las doce.... Entramos en un nuevo día, y con él, el señalado por el Emperador para un *lunch* en palacio: estamos invitados y pensamos asistir.....

Pero me parece oiros decir:—¿Y tus ideas de hacerte monja?—sin duda recordando la vocación que por el claustro sentía en otros tiempos: pregunta á la cual respondo: ¡Está dormida, pero no ha muerto!

Mi corazón en medio de esta sociedad se encuentra solo y aislado. No encuentro un alma hermana que viva conmigo, que conmigo ría y llore conmigo!

Tengo, sí, una amiga muy buena y cariñosa: la marquesa de Iven: ya la conocéis de nombre, pues os he hablado de ella en mis cartas anteriores. Es sin duda una buena amiga, pero siempre y del mundo y de las cosas no toma más que el lado bueno....efecto sin duda de que nunca ha sufrido! Yo le tengo vivo afecto, pero me parece que en las grandes crisis de la vida no será ella la que comprenda los dolores de un alma.

No he olvidado las palabras que me dijisteis al separarnos; las recuerdo: aún me parece escucharlas de vuestros labios....Si alguna vez el vendabal de las pasiones me sume en el abismo insondable del dolor y la desesperación volveré los ojos hacia vos y buscaré el alivio á mis penas ocultándome detrás de esos muros que me guardaron en la infancia y que me servirán de seguro asilo en el resto de mi vida!....

Bendecid, madre mía, á vuestra hija espiritual.

ADELFA.

II.

EL OFICIAL DE MARINA

En el orden elevado, la vida del hombre es la gloria, la de la mujer el amor.

Balzac.

AQUELLA noche se celebraba un gran baile en los salones del ministro de Marina.

El inmenso salón principal había sido decorado con el buen gusto proverbial en el general Hargle. Artísticas guirnaldas de flores, en las que, apesar de lo riguroso del invierno, sobresalían las rosas y las diamelas, atravesaban de parte á parte las góticas arcadas del magnífico edificio.

Siete horas hacía que el sol había desaparecido de la capital de Alemania, cuando la orquesta situada en una artística gruta formada en uno de los ángulos del salón, comenzó con un delicioso preludio á tocar piezas bailables, en tanto que los lujosos trenes se detenían en la entrada principal del palacio, adornados de grandes estátuas de bronce, que sostenían en las manos levantadas globos de luces, depositando sus abrigos las bellas damas y nobles caballeros que aquella noche iban á recibir la franca y leal hospitalidad brindada por el ministro.

Este, de pie en la puerta del salón, vestido de rigurosa etiqueta, recibía á la concurrencia con su

exquisita amabilidad, dedicando á cada uno una frase diferente y cortesana.

El baile había empezado con esa animación y alegría natural en los alemanes, que es el país más amigo del vals de toda Europa.

El general podía estar satisfecho del éxito de su fiesta; toda la sociedad distinguidad había acudido á ella, se paseaba alegre y feliz.

Stenoy aseguraba, en su carácter de cronista de salones de uno de los principales periódicos del Imperio, que después del ofrecido en *Villa Alegre* el mes anterior, aquel era el mejor baile que se había celebrado en Berlín en toda la temporada de invierno....

En medio de aquella alegría, y al parecer con el alma muy lejos del lugar, se encontraba el conde Hugo Wolff.

Su persona atraía más que otra alguna, disfrutando del privilegio de algunos seres que llaman poderosamente la atención en cualquier lado que se presenten, sin que hagan algo para distinguirse de la multitud.

Nada en él era afectado, sino, por el contrario, corriente y natural. Vestía con soltura y sencillez, al mismo tiempo que con elegancia, el uniforme de gala de la marina militar alemana.

Físicamente hablando, era un apuesto guerrero. Tenía la cabeza erguida; la frente noble, revelando talento; los ojos, leales y francos, eran azules como el cielo, y tenían algo de soñadoras sus miradas, que indicaban los bellos sentimientos que albergaba en su corazón de marino....

Era un hombre enérgicamente organizado; sin miedo ni osadía, iba derecho al fin, sin preocuparse de la parte contraria, sin pensar que procediendo de otra suerte habría de convenirle más.

En una palabra: era un carácter resoluto, que no conocía la duda ni el arrepentimiento: el deber era el norte de sus acciones todas, cumpliéndolo siempre, por penoso que fuese.

Su estatura era elevada; su cuerpo gallardo: su pecho noble y levantado: su sola presencia imponía respeto. Entre las mujeres tenía fama aquel oficial de marina, tan frío siempre para con ellas, que con sus miradas tranquilas de hombre que sabe dominar los peligros, y sus cabellos rubios como los de un serafín pasaba como un meteoro por los salones de la primera nobleza, á que pertenecía, sin fijarse en el efecto que causaba, que por otra parte, le era por completo indiferente....

Saboreaba Hargee el triunfo de su fiesta, cuando notó un extraño movimiento en el vestíbulo: se dirigió allí para ver qué sucedía, y se encontró con una bellísima mujer que llegaba.

Ligera, risueña, elegante, desató la dama el abrigo de piel de armiño que la envolvía, y respondiendo con encantador movimiento al saludo que le dirigía, aceptó el brazo que el ministro le ofrecía, penetrando en el salón seguida de un caballero de respetable edad.

Su llegada produjo un murmullo de admiración. Como siempre, el traje de Adelfa Landebeg fué cuidadosamente analizado por las mujeres, y su belleza y gracia celebrada por los hombres.

Nada en verdad más elegante y rico que el primero, ni más perfecta y acabada que la segunda. Armonizaban tan bien el rosa subido del traje de damasco y el cutis blanco mate de la joven: eran de un efecto tan feliz las perlas que llevaba en sus cabellos negros y brillantes, que el conjunto resultaba una verdadera obra de arte, digno de llamar la atención.

Una gracia suprema se revelaba en todos los detalles de su tocado; cada pliegue de la falda, cada joya parecía tomar nueva vida y para embellecerla más y más y hacer recaer sobre ella, deteniéndose, todas las miradas....

Nada de particular tenía, pues, que su mano fuera solicitada por el elemento más brillante de Berlín, aunque ella no perteneciese indiferente á todos.

El que más se distinguía en su corte era el barón italiano Octavio D'Orepuzo, que desde tiempo atrás la hacía la corte asíduamente.

El barón se paseaba por el salón con aire de disgusto en el momento de la llegada de la joven española.

— Estáis aquí, Wolff? — exclamó dirigiéndose al conde, que permanecía indiferente á todo, como de costumbre.

— En verdad que el ministro puede vanagloriarse de teneros en su fiesta, ya que frecuentáis tan poco el mundo.

—No podía menos de concurrir á este baile, pues ofreciéndolo nuestro ministro, tenía forzosamente que mostrarme en él.

—Es cierto—repuso el italiano:—dichoso el que como vos, solo ha venido por un motivo oficial.

—Y vos, barón, creo que sois más dichoso que yo, porque venís por el atractivo del baile.

—¡Fuera eso verdad!—exclamó Octavio D'Orepuzo, levantando los ojos al cielo—Fuese eso verdad, y me reiría yo del mundo.

—Entonces ¿qué hacéis aquí si no habéis venido por consideraciones al anfitrión, ni por los atractivos del vals?—preguntó Wolff.

—Pues, he venido....por una mujer—respondió el barón bajando la voz mucho y llevándose un

dedo sobre los labios para indicar silencio y discreción.

—Si sois viudo, como decís—repuso el conde sonriéndose del miedo de su interlocutor—nada de extraño tiene que así sea. ¿Es ella guapa?

—¿Qué si es guapa? ¡Oh! La mujer que amo—y la voz del italiano se elevaba orgullosa teniendo conciencia sin duda de lo que iba á explicar—es un astro de hermosura, una perla de oriente, una reina de belleza, un diamante sin tacha, un....

—Pero ¿á dónde váis á parar barón? Con decirme una sola de esas vuestras frases me hubiera bastado para comprender qué grado de perfección física alcanza vuestro ideal....pero ¿en la parte moral?

—Eso es precisamente lo que me preocupa: todavía no la conozco á fondo, y sin embargo, la amo locamente....Locamente, esa es la palabra.... locamente. ¿Mi amor me tiene ciego, ó es que no veo porque me deslumbra su belleza? Si quisiérais vos examinarla y decirme después lo que descubríais en ella..

—No me gusta mezclarme en asuntos ajenos—respondió Hugo—porque me parece que debe ser vedado el rosal aquél que no ha de aspirar el perfume de la rosa....

—Pero sí me haríais un favor accediendo al deseo que os he manifestado. ¿No sabéis que cuatro ojos ven más que dos?

—Bueno, pero con tanto hablar, no me habéis dicho todavía quien es ella.

—Tenéis razón, creía que bastaba deciros lo que habéis oído para saber á quien me refiero, pues se trata de la mujer más hermosa que hay en toda Alemania; la sobrina del banquero Landebeg.

—La he oído nombrar mucho, aunque no la conozco personalmente.

—¿Cómo es posible?

—¿Olvidáis que he estado viajando largo tiempo y que en mi ausencia fué presentada en sociedad?

—¡Cierto! ¡cierto!—exclamó el barón dándose una palmada en la frente;—pero eso es fácil de remediar: voy á presentaros á ella al momento.

—Esperad, barón—repuso el conde Wolff—quizás sea inoportuno ahora: además, estoy esperando á Stemoy, que ha quedado en venirme á buscar para presentarme á una señorita que ha llegado al baile hace un momento, y que se encontraba en el *lunch* ofrecido por el Emperador.

—Os aseguro que no perderéis interponiendo mi ideal á esa que decís.... Vamos, venid.

—Una pregunta—objetó el conde—¿habéis declarado ya vuestro amor á la señorita Landebeg?

El italiano se hizo atrás, espantado.

—¡No! exclamó—no le he dicho nada todavia: pero creo—añadió sonriendo con aire de Tenorio modesto—que no le soy del todo indiferente....

Sonriose el oficial, y nada repuso.

—Con que ¿en marcha? preguntó el barón.

—Vamos,—respondió Hugo.

Y cogidos del brazo se internaron los dos por entre la concurrencia.

Adelfa se encontraba en aquel momento sentada en una rica otomana, con esa gracia y elegancia natural en ella y que la hacía sobresalir de las demás mujeres. A su lado, el embajador español, el mismo que se encontraba en casa de la marquesa de Iven la tarde en que ocurrió el episodio del joven Ghrach, la hablaba en castellano, y ambos sonreían al recuerdo de la patria querida, de la que se veían ausentes.

Al ver el grupo que ambos formaban, Hugo Wolff se detuvo.

—Mirad barón—dijo—esa es la señorita de que os hablaba, y á la que Stemoy iba á presentarme.

—Pues yo haré sus veces—respondió el italiano,—porque es precisamente la misma que ocupa mi corazón.

Y sin dejarle tiempo al conde para reirse de la curiosa aventura, hizo la presentación.

Hugo se inclinó ceremoniosamente, en tanto que la sobrina del banquero volviendo al alemán, pronunciaba algunas palabras de cumplido.

El embajador, no pudiendo continuar la conversación en español, se alejó para fumar, en tanto que el barón abandonó discretamente aquel sitio.

Apenas los jóvenes habían cruzado algunas palabras indiferentes, comenzando un conocimiento que había de costarles tantas lágrimas y sufrimientos, cuando pasó Stemoy.

—Os buscaba, conde,—dijo al ver al marino;—pero, ¿qué veo? Estáis ya al lado de la señorita Landebeg. No necesitáis entonces que os presente á ella.

—Alguien se os ha anticipado, pues parece que en Berlín se muestran orgullosos de contar en su seno con joya de tanta valía.

—Lamento haber llegado tarde—respondió el cronista;—pero celebro que hayáis tenido ya tan señalado honor.

—Y yo—repuso Adelfa—agradezco la atención de uno y otro, pues me hace ver en que esta para mi extraña tierra, puedo contar con algunos amigos que endulcen mis horas tristes.

Stemoy se alejó para bailar una cuadrilla con Hada Rochefort.

Adelfa y Hugo quedaron solos.

Volvieron á hablar de cosas ajenas á ellos por un momento, hasta que el conde, haciendo recaer la

conversación sobre la joven, encontró medio para preguntarle.

—Vuestras últimas palabras me han sorprendido: ¿es acaso posible que en vuestra vida tan brillante paséis horas tristes?

—No todo lo que brilla encierra felicidad—repuso la joven— creo que las penas existen en todos los corazones. Yo tengo algunas horas tristes ¿quién lo duda? siquiera sean aquellas en que recuerdo á mi patria....añadió, fingiendo indiferencia, en tanto que pensaba que no era el destierro el que la afligía, sino oirse llamar Adelfa Landebeg tantas veces seguidas.

Y él, notando que algo pasaba por el interior de la joven, dijo:

—Quisiera poderlas embellecer todas, para que esos labios no se plegasen nunca por el dolor, sino por la risa.

—Gracias; conde; gracias, vuestras palabras me agradan, pues me prueban buenos deseos; gracias por ellas.

—He hablado como me dictaba el corazón—contestó el joven—si puedo seros útil en algo, contad conmigo desde hoy como con vuestro más verdadero amigo. ¿Aceptáis?

—Devolviendoos mi amistad franca y leal, no á la manera que se entiende en el mundo la amistad.

—Firmado queda el pacto, y si gustáis, podemos bailar esta pieza.para comenzar á hacer uso de ella.

Un segundo después Adelfa y el conde valsaban como solo se valsa en la juventud, cuando el corazón late satisfecho y encantadoras ilusiones embellecen la vida.

Cuando cesó el vals y la música se extinguió, el oficial de marina le ofreció su brazo y ella lo aceptó sonriendo dulcemente.

El la miró entonces con fijeza y sintió en todo su ser una extraña y desconocida sensación.

—¿Os gusta bailar?—preguntó ella para romper el demasiado largo silencio que reina entre los dos.

—Antes de ahora había dado algunas vueltas á los sones de la orquesta, pero me parece que hoy es la primera vez que bailo—respondió el conde con calor.

Había una emoción extraña en la respuesta del oficial; su voz temblaba de tal modo, que Adelfa guardó silencio breves momentos. Luego añadió suspirando como á pesar suyo y hablando consigo misma:

—¿Por qué son tan breves los momentos de felicidad?

Había dicho mucho, demasiado; lo comprendió así, y mirando al conde, añadió fingiendo indiferencia, como para borrar el efecto que sus palabras le hubieran podido causar.

—Me gusta tanto el vals, que siempre que termina me incomodo: por mi gusto lo haría interminable.

Hugo la condujo á un asiento y pronto la vió rodeada por su *escuadrón volante*. Entonces, aprovechando el momento, inclinándose respetuosamente se alejó.

Apenas había dado algunos pasos, cuando acercándose Octavio D'Orepuzo, le dijo:

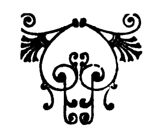
—Y bien conde ¿que os ha parecido?

—Una mujer como otra cualquiera, repuso este, que en su vida había mentido de igual suerte.

—Creéis que sería felíz haciéndola mi esposa?

—Bien comprenderéis que el tiempo que he estado con ella no ha sido suficiente para formarme una idea concreta de sus cualidades—respondió el conde.—Esperad: andando el tiempo sabremos á que atenernos.

Media hora después Adelfa se encontraba con su tío Federico, camino de *Villa Alegre.* El coche que los conducía rodaba sobre la nieve velozmente, en tanto que la joven, envuelta en las pieles de abrigo, se complacía en reproducir en su imaginación el noble rostro y el gentil continente del oficial de marina.



III.

LAS DOS AMIGAS

> El amor es uno de esos males que no pueden ocultarse: una palabra, una mirada indiscreta, hasta el mismo silencio, lo descubre.
>
> *Abelardo*

LAS cuatro de la tarde del siguiente día serían cuando Adelfa, sóla en su gabinete, permanecía recostada en la *chaise longue*, sumida en un delicioso ensueño. El recuerdo del baile de la víspera, en que había conocido á Hugo Wolff, ocupaba su imaginación.

Nada de extraordinario había revestido ese conocimiento y, sin embargo, de todos los jóvenes que le habían presentado, el conde sobresalía. Nunca en su vida Adelfa se había encontrado en un estado de ánimo parecido; una extraña mezcla de alegría y tristeza, de melancolía y placer, envolvía su corazón.

Se le figuraba á veces encontrarse todavía en los salones del Ministro, y allí se veía al lado del oficial de marina, que amable y cortés, se inclinaba hacia ella; la más insignificante de sus palabras las reproducía en su mente, complaciéndose en evocar su arrogante presencia y bella voz.

Un buen fuego ardía en la chiminea, esparciendo por la habitación grato calor, contrastando con el frío que en el exterior reinaba.

Era un día triste, nublado; el sol no se había visto en toda la mañana, y la nieve que había caído en abundancia desde el alba cubría el suelo del camino á una gran altura.

Reinaba en *Villa Alegre* un solemne silencio, que interrumpían de vez en cuando las pisadas de algún criado que pasaba por las galerías.

De repente se sintió el ruido de cascabeles en la carretera; alguien venía de Berlín, dirigiéndose á la quinta. Algunos instantes después se distinguía un coche tirado por cuatro *poneys*, que detuvieron su marcha en la puerta de *Villa Alegre*. Saltó el paje y tiró de la cadena que anunciaba la llegada de las visitas, y el coche penetró en el parque por amplia calle que se dirigía á la puerta principal de la vivienda.

Una figura elegante y esbelta, envuelta en pieles, descendió del coche, y como quien conoce el terreno que pisa, se dirigió al salón.

— ¿ Está la señorita, Tomás ? — preguntó la dama dirigiéndose al criado que estaba en él, con ese familiaridad propia de las íntimas de una casa.

— Sí, señora marquesa — repuso éste.

— Bien; no quiero que me anuncies, — dijo alzando la colgadura que cubría la puerta del gabinete, al mismo tiempo que agregaba con voz alegre y cariñosa: — Soy yo, querida....

No era, en verdad, preciso decir más para que Adelfa supiera que era la de Iven la que llegaba, pues á más de estarla esperando, ella únicamente tenía esa manera de presentarse.

— Creías que no vendría, ¿ verdad ? Hace de-

masiado frío para creer que me atrevería á salir por estos caminos.

— Es cierto — repuso la joven después de saludarla — que el frío se hace sentir hoy demasiado, pero como sé que eres aficionada á pasear por el hielo, no dudaba que cumplirías tu palabra.

—Sí, me gusta pasear cuando hay escarcha, ¡pero estoy helada!

Y al hablar así, la marquesa se acercaba al fuego, manifestando en su rostro una viva satisfacción.

Adelfa se acercó al timbre y llamó; presentándose Justina, su doncella.

— Vamos, vísteme, que tengo que salir.

En un momento sacó la doncella de un armario todo lo necesaiio para hacer un tocado elegante.

—Mira, querida, ponte muy guapa, que quiero seamos las reinas de la tarde. Stemoy nos ha prometido dedicarnos su próxima crónica. Almorzó conmigo esta mañana y me encargó que nos hiciéramos dignas de su obsequio, ¿entendido? ¡Ah! te pones el vestido verde mar con pieles grises. ¡Magnífico! Es un delicioso contraste poco visto. Y el sombrero ¿negro? ¡Espléndido!

Adelfa sonrió con la verbosidad de su amiga.

—Pero con tanto hablar no me has dicho todavía cómo están tu esposo y tus hijos.

—¿Mis hijos? Buenos gracias: Jorge cumplió ayer siete años y Mauricio pronto tendrá cinco. Me van haciendo vieja . . En cuanto al marqués, perfectamente; siempre pensando en los negocios; los fondos públicos, los valores, las acciones que suben ó bajan, eso es lo que le preocupa. Te aseguro que pronto podré entrar en sociedad con él, pues me voy enterando de las jugadas de bolsa.

¿Ya estás lista? Pues en marcha: tengo prisa por ver que cara pone esa tontuela de condesa de

Heaayhark, que pretende ser la más bella del invierno, al verte á tí, que estás hoy guapísima. Vamos.

Momentos después el coche rodaba sobre la nieve, al trote largo de los *poneys* llevándose á las dos amigas al paseo principal de Berlín.

El cielo continuaba encapotado: espesos nubarrones grisis cruzaban el espacio en todas direcciones, empujados por un fuerte aire helado, que cortaba y anunciaba para los próximos días grandes nevadas . . .

Era la marquesa de Iven una mujer alta y delgada, aunque elegante: tenía los cabellos rubios y los ojos azules; el rostro huesoso y estrecho . . Si se buscaba en ella una mujer bella, no se encontraba; pero sí un corazón generoso y un alma amante.

La amistad que la unía con Adelfa era antigua y verdadera. Databa de un verano en que Federico Landebeg había sacado á la niña del colegio para llevarla á Alemania, hacía diez años: contaba la chica entonces nueve de edad, y la que después fué esposa del marqués de Iven, quince. Habían jugado juntas, á pesar de la diferencia de edad: fué una deliciosa estación aquella, que jamás olvidaron las dos amigas. Las carreras á través de los campos, los paseos en el parque de *Villa Alegre*, las excursiones en bote, el destrozo que causaron en la apenada familia de mariposas, que nunca había tenido enemigos más encarnizados. Todo aquello fué un encánto que terminó con la llegada del otoño, y con él la separación de Adelfa y Lucía . . Una volvió á España, al colegio, á terminar sus estudios, y la otra, en el invierno siguiente fué presentada en sociedad. Dos años después se casaba con el marqués de Iven, que era un hombre de

cuarenta años, muy aficionado al dinero y de carácter indiferente para la familia.

Su joven esposa, al ver el rumbo que tomaba su matrimonio, se consoló pensando que había otros más malos é hizo uso de la libertad que su marido le concedía, para abrir sus salones y frecuentar el mundo á su antojo. Se la vió pues, en todos los bailes, reuniones y teatros, siempre alegre y felíz al parecer, luciendo elegantes trajes y magníficos trenes.

Cuando Adelfa, ya convertida en una señorita, volvió á Berlín, la amistad de las dos niñas, que una frecuente correspondencia había mantenido viva, se hizo más íntima.

Adelfa, triste, meláncolica, de alma soñadora, miraba el mundo á través de una gasa gris. Lucía, alegre, burlona y despreocupada, era una gran filósofa; para una, la felicidad era el amor; para la otra, el amor era una quimera que siempre se desvanecía al tocarla . .

Eran, en fin, la luz y la sombra; se completaban entre sí: se buscaban siempre porque se necesitaban: la belleza de Adelfa, correcta y pura, contrastaba con la movible fisonomía de Lucía; los cabellos y ojos negros de la primera hacían resaltar la blonda cabellera y azules ojos de la segunda.

Igualmente simpáticas y agradables todos los que las trataban titubeaban en elegir á una ó á otra. Jamás hubo celos entre ellas, porque tampoco había comparación posible por ser enteramente opuestas.

Se querían las dos como hermanas, sin que la menor diferencia suscitase entre ambas, apesar de ser de tan diferentes criterios.

El paseo estaba aquella tarde más animado y

concurrido que de costumbre. Lo más selecto de la sociedad berlinesa se había dado cita para concurrir á él: las damas más aristocráticas lucían, al par que sus elegantes trajes, sus bellezas y sus hermosuras, rivalizando entre sí, celosas del triunfo que otras pudieran alcanzar. Los caballeros más distinguidos, y los oficiales de uniforme se encontraban también allí, algunos en coches, los demás á caballo.

El conde Hugo Wolff se encontraba entre ellos ginete en un hermoso caballo blanco. Su rostro sereno, apacible, casi indiferente, mostraba expresión, signos de ansiedad: sus ojos buscaban seguramente algo, pues sus miradas se paseaban ansiosamente por la concurrencia, deteniéndose en las damas.

—Mirad—dijo un oficial de caballería que se encontraba á su lado, rosado y blanco como un querubín, indicando con el latiguillo hacia la parte del norte—mirad: aquí viene la marquesa de Iven, acompañada de una joven, que si no me engaño es la bella española.

Hugo se volvió con prontitud: la invisible agitación que se advertía en él desde el principio del paseo se hizo más notoria.

—Si no me equivoco es así como llamáis á la señorita....Landebeg—dijo: Era la primera vez que la nombraba en alta voz, á pesar de pensar en ella constantemente, desde la noche anterior, por lo que sintió al hacerlo una timidez que le paralizaba.

—La misma:—repuso el de caballería—es una mujer muy hermosa, que me gusta más que todas las que hay aquí, solamente que me parece un poco altanera y orgullosa.

Aunque sea con indiferencia siempre nos gusta

oir hablar de lo que nos interesa. Hugo sabía que Adelfa no tenía esos defectos que se le atribuían, y sin embargo, le agradaba oir hablar de ella, aunque fuera así.

—¿Esa es la opinión que de ella habéis formado?—preguntó para no dejar caer la conversación.

—No, ciertamente: soy yo el único que lo dice. Hay, por el contrario, quien asegura que es muy sencilla y natural. Yo la trato aunque poco, ¿y vos?

—Me encuentro en el mismo caso, por lo que si no os parece mal, iremos á ofrecerle nuestros respetos.

Desde que Adelfa había aparecido en el paseo, todas las damas se sentían como humilladas al presenciar su triunfo, verdaderamente envidiable; pero lo que más despechó á la parte femenina fué la prontitud con el hasta entonces indiferente conde Wolff se acercó á su coche para saludarla.....Podía Hugo sentir por la marquesa una viva simpatía; pero este solo sentimiento no lo hubiera hecho apresurarse tanto para saludarla, si la de Iven hubiese ido sola ó acompañada por cualquiera otra amiga....Algo más violento, más imperioso que una amiga lo había llamado....y no podía ser otro el imán que lo atraía que el que sobre él ejerciera la bella entre las bellas Adelfa Landebeg.

Un momento hacía que los dos oficiales hablaban con las damas, cuando pasó por su lado un coche á toda prisa. Por la mirada de triunfo de la marquesa y la sonrisa de satisfacción de Adelfa, al mismo tiempo que por el frío saludo con que dieron muestras de conocerlos las damas, podía asegurarse que era la condesa de Hayhonk la que iba en él......

—Mira, querida—exclamó Lucía riéndose—no quiere tenérselas con nosotras, parece que huye..

—Hace bien—respondió Hugo.—Nosotros los hombres no debemos, no podemos nunca huir, ó declaramos ser unos cobardes, pero vosotras las mujeres, que no tenéis porqué ser valientes, podréis hacerlo cuando os encontréis en peligro....¿Por qué había de permanecer la condesa en el paseo, sabiendo que cada minuto representaba una derrota para su fama de mujer bonita?

—¿Cómo así?

—¿Es que alguien puede luchar con vosotras? ¿No sois acaso las más bellas del paseo? ¿No sobresalís entre todas las demás?

Dijo Hugo. Llevaba la izquierda del coche, por lo cual quedaba al lado de Adelfa.

—Oh! repuso la de Iven—eso lo podréis decir por mi amiga, conde, y decírselo á ella en singular, porque yo á la verdad, no puedo entrar en vuestras palabras; no las merezco.

El conde fijó sobre la joven una mirada profunda y sostenida: había en aquellos ojos un mundo de promesas.

Adelfa, por decir algo, explicó al conde cómo había nacido entre ellas la reinante rivalidad, que era uno de esos casos tan frecuentes en sociedad.

—Una batalla de damas! esto es muy sentido: prometo estar al tanto—exclamó el conde sonriendo, y hablando con la joven, pues Lucía estaba en animada conversación con el oficial de caballería que iba á su lado.

El caso no es nuevo y no hay que extrañarse, todo lo que se eleva una pulgada de la multitud corre el riesgo de que se le quiera humillar, aplastando. Me encuentro en el mismo caso: siempre he pretendido tener una hoja de servicios intachable, y para conseguirlo nunca me he detenido ante los peligros ni ante las molestias. Pues bien: si

IV.

RAYOS DE SOL

> **El amor es una bella mentira que todos los seres desean conocer.**

Ni el día que siguió á la tarde del paseo, ni en ocho consecutivos pudo Adelfa salir de *Villa Alegre*. Una gran helada cayó sobre Alemania: la nieve en los caminos levantaba más de medio metro de altura; los ríos se congelaron, y según decían los ancianos, hacía más de cincuenta años que no se había sentido frío tan riguroso.

El noveno día cesó, por fin, la nevada; las nubes grises que parecían tocar el techo de las casas, se corrieron, dejando paso á los rayos del astro rey, que iluminó con su luz explendorosa las ciudades, villas y campos. Bajo su bienhechor influjo los ríos recuperaron su corriente, y como un reflejo de los trópicos, hubo calor, vida, alegrías y felicidades.

Esto sucedió la víspera de Navidad. En los países del norte es costumbre celebrar las Pascuas con mucha solemnidad. Bailes, cenas, funciones de teatro, tómbolas, y en fin, todas cuantas diversiones se conocen en ellos se organizan en tal tiempo.

Adelfa, que se había visto precisada á suspender su género de vida, cuando precisamente más en-

cantos había encontrado en ella, saludó con entusiasmo el primer rayo de sol que, penetrando por los cristales de las ventanas de su dormitorio, hirió su frente al alborear del día veinticuatro.

Serían las ocho de la mañana cuando mis Lowe, su dama de compañía, entró en su tocador para invitarla á dar un paseo por el campo.

—El cielo está azul como en primavera; el sol calienta la sangre helada—se había dicho la dama de compañía:—voy á decírselo á la señorita Adelfa.

Y se había dirigido á las habitaciones de la joven, con todo el cuidado propio de las circunstancias; pero al llegar al tocador se encontró á Justina ocupada en vestir á su señorita.

—¿Tan temprano y ya andando, miss? dijo Adelfa al verla:—¡cuánto me alegro! Pensaba mandaros á llamar, pero temía molestaros y no me atreví á hacerlo. ¿Me acompañaréis á pasear un rato?

—Con mucho gusto, señorita,—repuso miss Lowe, que tenía los guantes puestos para el paseo.—No creáis que me causa molestia, pues venía á ofrecéroslo.

Era miss Lowe una solterona de cuarenta años, flaca, alta y de cabellos y cútis amarillo; una de esas inglesas que han sido bellas en la primavera de su vida, pero que no conservan nada de su pasado explendor.

Hacía dos años que estaba con Adelfa, y por más que querían la joven y el tío hacerla comer en la mesa, no lo conseguían, pues se negaba sin dar razones de ello. Al principio esto los había disgustado; pero luego, cuando se convencieron de que el motivo que la retraía no era otro que su amor á la soledad y alejamiento del mundo, la dejaron en completa libertad, haciéndola servir las comidas en un pequeño gabinete, por un criado respetuoso.

Una sola obligación se le imponía: la de acompañar á Adelfa cuando llegaban visitas á *Villa Alegre* y el señor Landebeg no se encontraba en casa: fuera de esto, nada tenía que hacer en la quinta.

De su libertad se aprovechaba miss Lowe para escribir largos artículos de moral, que luego publicaba en un periódico de Inglaterra.

Una vez dicho lo que antecede, nada me resta que añadir de la inglesa; en esta verídica historia que refiero á mis lectores casi no volverá á aparecer pues en el drama que se desarrolló en la quinta no figuró para nada miss Lowe, y hasta me atrevo á asegurar que nada comprendió de él la blonda hija de Inglaterra.

Nada bello en verdad vieron en el camino: los árboles sin hojas no ofrecían ningún encanto á la vista. La naturaleza, despojada de sus galas, no era la más á propósito para inspirar á miss Lowe sus famosos escritos de la prensa doméstica inglesa. En cuanto á Adelfa, no se ocupaba mucho de lo que la rodeaba: mejor dicho, no esperaba hallar más de lo que consigo llevaba. Su pensamiento le bastaba. En la historia de su vida el amor había escrito la primera página; página deliciosa, que la encantaba.... Un nombre y algunas palabras era todo lo que ocupaba su mente....

La marquesa de Iven le había asegurado que Hugo la amaba: ¿sería cierto? ¿no se habría equivocado Lucía? ó bien, juzgando á la ligera ¿no le habría hecho concebir esperanzas aumentadas en los últimos días transcurridos?

El amor, el verdadero amor, es siempre temeroso: el miedo de perder lo que constituye nuestra dicha es precisamente lo que más hace desear esa dicha que se cree ver desvanecido como fuego fá-

tuo á cada momento, á cada minuto, á cada segundo....

¿ Cuando lo volveré á ver ? se preguntaba Adelfa ¿ dentro de un mes ? ¿ de una semana ? ¿ de un día ? ¿ de una hora ? ¿ de .... ? ¡ Quién sabe ! Podía ser pronto y podía también no ser nunca!

Sobre las once volvieron las dos paseadoras á la casa donde las esperaba el señor Landebeg, para que su sobrina, como de costumbre, le leyese los periódicos de la mañana.

Con más gusto que nunca cumplió la joven este deber, impuesto por la costumbre: su voz tenía más bellas entonaciones que nunca al hablar, y en su rostro había una alegría, extraña en ella: reía de cualquier cosa y por cualquiera cosa que sucedía. Una de las criadas, por descuido, dejó caer al suelo un precioso jarrón de China que tenía en su gabinete, y á este percance no le dió más importancia que á la perdida de un alfiler.

El señor Landebeg la miraba ir y venir con ese orgullo natural en los que ya no son jóvenes hacia los que se encuentran en la primavera de la vida y que se han formado bajo su protección y abrigo: parecía al buen señor que su obra no había sido muy esteril, cuando había preservado del dolor á aquella encantadora muchacha que era el regocijo de su vida.

— ¿ Por qué no me cantas algo, Adelfa ? — preguntó de repente — desearía oirte antes de almorzar, una de esas piezas que sabes interpretar tan bien.

La joven se levantó y se dirigió al piano; sus dedos recorrieron con agilidad el teclado, y luego con ternura, con sentimiento empezó á cantar una romanza, muy de moda entonces, cuya letra, traducida libremente, es así:

I

Dejadme amarle en silencio....
Dejad que mí corazón le ame....
Amarle aunque esté ausente,
Amarlo siempre. amarlo siempre
Sin volverle á ver

II

Alegrías de mis juveniles años....
Días felices ! queridas ilusiones que yo esperaba:
Tornaos tristes y desoladas....
Mas dejadme amarle siempre, siempre....
Sin volverlo á ver....

III

Aunque mis ojos nunca se lo digan
Cuánto ¡ oh ! cuànto le amo....
Aunque jamás él lo sepa....
Si se ausenta, yo moriré....
Sin volverlo á ver !

Su voz, que en algunos versos se había elevado potente y hermosa, acompañada por los sonoros acordes de la melodía, como un grito de pasión contraríada, tornose al final lánguida y triste como una queja de ternura, como un suspiro de dolor y desfallecimiento, como una lanzada por alma herida de muerte !

—¡Oh! qué cosa más triste has elegido, Adelfa—exclamó el señor Landebeg al terminar la joven la melodía, sacudiendo la cabeza como para desechar una mala idea. En este día tan alegre hubiese deseado algo más animado, que no hablase de muerte y olvido, sino de amor y placer.

Adelfa! Adelfa! ¿quién te dió la idea de cantar aquella melodía cuando todo se te presentaba agradable en la vida? ¿Quién? ¿fué acaso un presentimiento? Ah! cuantas veces recordastes aquellas palabras de la melodía por encerrar tu propia situación!

El almuerzo fué, como todos los días, alegre y animado: el día se pasó tan bien como de costumbre, solamente que Adelfa presentía en él algo nuevo y grato, sin causa ni motivo para ello. A cada hora que pasaba sentía una conmoción extraña é inexplicable, como quien espera con certeza la llegada de un gran acontecimiento.

Por la tarde, cansada de permanecer en la casa cogió un libro y bajó al jardín. El cielo estaba azul, aunque la temperatura era fría.

Maquinalmente la joven comenzó á pasear por las desiertas avenidas del parque, contemplando las estatuas de mármol en sus pedestales, con sus artísticas posturas, sonrrientes unas como imágenes de la dicha, graves y adustas otras, con expresión en los tallados rostros de tristeza y desesperación.

Por la carretera solían pasar algunas personas que volvían de sus ocupaciones, trabajadores casi todos, con la honrada y noble blusa de paño. Adelfa los miraba con indiferencia á través de los calados hierros de la verja.

Los pasos de un caballo que llegaron á sus oidos produjéronle singular impresión. Detúvose el bruto, con su ginete, en la parte sur del jardín, que era precisamente donde la joven se encontraba. Un sentimiento de curiosidad é interés la hizo mirar, y vió con asombro que una mano calzada de guantes grises pasaba por los hierros y depositaba en el hueco de ún árbol un papel blanco, al parecer una carta......

Picada vivamente su curiosidad, se acercó unos pasos para descubrir el misterio: ¿que vendría á hacer y quién sería el rondador? No le veía el rostro, pues estaba vuelto de espaldas; poco más, y sabría quién era......

¿Quién era?

Al conocerlo, al sentir sus ojos sobre ella, creyó que se desmayaba; tan grande fué la impresión que recibió al encontrarse frente á frente de Hugo Wolff.

Nueve días hacía que ambos soñaban con el momento de volverse á ver, y al encontrarse reunidos permanecían callados......

¡Efectos del amor era todo aquello!

Ella fué quién habló primero.

—¿Vos aquí, conde?—exclamó—¡vos aquí! ¿que hacíais?

—Lo que me mandaba el corazón,—repuso él.—Desde que os conozco vengo todos los días, y como sin veros mi alma se ahogaba, quise depositar mi secreto en alguna parte; pero el temor de una indiscrección me impedía recurrir á algún amigo, y elegí el papel, discreto confidente que ha recibido durante nueve días todas las ansias que me inquietaban, todas las ilusiones de mi alma......Ved, aquí os la depositaba; contadlas: no he faltado ni un solo día......

—Pero......¿como os aventurasteis á cruzar estos perdidos caminos con tanto hielo? ¡Oh! si os hubiéreis enfermado!......

—Y de qué no soy yo capaz por veros?—repuso Hugo—¿Acaso el calor de mi corazón no me daba valor para sufrir las injurias del invierno? Ah! —agregó cambiando de tono— si supierais cuánto maldecía el frío que nos separaba. Yo venía para contemplar siquiera los muros que os guardan; que os roban á mi vista.

Se había desmontado del caballo y quedaban los dos de frente, separados por la verja de hierro.

La joven, con su espléndida belleza, que los postreros rayos del sol hacía resaltar en toda su per-

fección; sus negros, profundos ojos, fijos en el rostro del oficial con amable franqueza. El con su enérgico tipo y varoniles facciones, expresando en las miradas que partían de sus azules ojos la pasión grande y pura que sentía en su alma y que por entero pertenecía á la joven..¡Que hermosa se presentaba la vida para ellos! ¡Que llena de alegrías y encantos! La juventud y el amor les sonreían.

—Ya os he encontrado nuevamente—continuaba diciendo Hugo—para no separarnos nunca!.. Yo estoy dispuesto á todo para lograrlo: á ménos que vos no me arrojéis de vuestro lado, vendré siempre todos los días, para mendigar la limosna de vuestro afecto... Deseáis vos verme?

— Lo deseo—fué la respuesta de Adelfa:—¿no somos amigos?

—Amigos?—exclamó el oficial sorprendido—¿nada más que amigos?... Es cierto: por ahora no somos más que amigos; pero andando el tiempo ¿no podré enorgullecerme con otro título más íntimo, más afectuoso?

Callose el joven, esperando una respuesta que Adelfa no se encontraba en situación de dar: una emoción vivísima, se había posesionado de su alma, haciéndole imposible pronunciar una de esas frases vulgares que tan amenudo nos sirven para ocultar nuestras sensaciones. Los rayos del sol caían sobre ellos, envolviéndolos en su espléndido rayo de luz como de despedida.

Hugo continuó diciendo con calor:

—Ay, amiga mia. ¡Cuanto tiempo hacía que navegaba por el mundo en busca de la ilusión de mi alma: corriendo en pos de ella sin lograr divisarla nunca, como el náufrago que intenta ganar la costa á nado sin conseguir ver la orilla, el fin de esa inmensidad en que se encuentra! Momentos

hubo en que, como ese desgraciado, abandoné mi empresa, falto de fé, creyendo que no la vería nunca. Mi corazón se helaba al chocar siempre contra la fría realidad.. más helada mil veces que la escarcha del invierno.. más fría también que el frío de la muerte debe ser. Ya creía yo que mis deseos no se convertirían en realidad: ya desesperaba de encontrarla cuando le ha sido dable á mis ojos contemplarla y amarla á mi corazón! Sois vos Adelfa, la mujer por mi ideada y soñada!....

Ella bajó los ojos confundida y casi asustada. Del otro lado de la reja Hugo la miraba con ternura y amor.

Siguió un momento de silencio, que ninguno de los dos pensaba en romper.

La voz de Justina llegó de repente hasta ellos:

—Señorita Adelfa....señorita Adelfa.

—Me buscan: idos, no quiero que nos vean juntos: volved mañana, á esta misma hora, os esperaré.

—¿Es esa vuestra respuesta?—preguntó el conde estrechando la mano que ella le presentaba.—¿Puedo esperar de vos lo que constituye mi felicidad?

—Mañana os lo diré, dejadme marchar, os lo ruego, repuso ella pretendiendo soltar su mano prisionera de entre las de él—¿no véis que me llaman?

La voz de Justina se dejaba ver cada vez más cercana, repitiendo:

—Señorita Adelfa, señorita Adelfa...

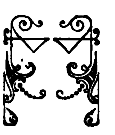
—Os amo!—exclamó el marino de repente.—Os amo! En vos deposito mi esperanza toda: en vuestras manos entrego la felicidad de mi vida entera.. Sois el alma de mi vida: la dueña de mi alvedrío: os pertenezco: disponed de vuestro esclavo.. mandad y seréis obedecida!

—Volved mañana—respondió ella, soltando por fin su mano—Adios!

Montó él nuevamente en el caballo, y volviendo la cabeza hácia atrás en el momento de hechar á andar, agregó:

—Pensad en mi!

Era inútil, en verdad, la advertencia, pues ni en aquel día ni en los restantes de su vida Adelfa Landebeg pudo olvidar al conde Hugo Wolff.



V.

EL REY DEL HIERRO

El que quiera hacerse amar,
que no se haga temer.

LA sala de recepciones de Federico Landebeg era digna de la espléndida belleza de su sobrina; el más refinado gusto, unido al lujo y al arte en los menores detalles, se observaba en ella. No se veían allí esas miles de chucherías que la moda ha puesto en circulación, designándolas en todos los idiomas con el nombre de *bijous*, que es á mi juicio la decadencia de las artes, su desmoralización, si se me permite el vocablo. Los tapices de artísticos colores, la rica sillería, los magníficos y costosos cuadros, alternando con las lunas venecianas que copiaban en sus límpidos cristales las esbeltas palmas y estátuas de bronce que adornaban los testeros de la gran pieza. Adelfa, por sí misma había dirigido y elegido los objetos que debieron adornar lo que con razón era conocido en Berlín por *sus dominios*.

Nada se parece más al interior de una mujer que los lugares que habita; así es que desde que se entraba en la sala se podía asegurar que el alma de Adelfa era grande y señorial por el sello de grandeza que había impreso en todos los detalles.

Ya he dicho que el salón de *Villa Alegre* era el punto de reunión de la sociedad más distinguida, elegante y acaudalada de Berlín.

Podía asegurarse que la hospitalidad brindada por el banquero era, á más de generosa, espléndida por todos conceptos. Allí había para todos los gustos: buena música, buena mesa, buenos viños, salón de juego y de baile......todo, en fin, lo que podía desear la persona más caprichosa.

Desde hacía más de un mes Hugo Wolff formaba parte de las semanales reuniones de la quinta y era distinguido sobremanera por el señor Landebeg que encontraba al conde el joven más simpático de toda Alemania. Todos los tertulianos sentían por el oficial el mismo sentimiento de agrado......

Había, sin embargo, una persona entre ellos que no se inclinaba favorablemente hacia Hugo, y este era el barón Ismael Davit. Ha dicho un gran pensador que la amistad es celosa como el amor, y este aserto nos daría la clave de la contrariedad del viejo banquero, si no tuviese para dudar de su amistad unas razones muy poderosas.

Ismael Davit era amigo de Federico Landebeg: estaban unidos por un antiguo afecto que los lazos del comercio y los negocios estrechaban más cada día.... pero ¿acaso era ese sentimiento el que imperaba en el barón?

Desde hacía algún tiempo, esto es, desde que frecuentaba la casa y tenía casi diariamente un cubierto en la mesa de Federico, Davit miraba á Adelfa más de lo regular en un amigo y tenía para con ella atenciones y cuidados no corrientes en los amigos.

Podía asegurarse, sin correr el riesgo de equivocarse, que los ojos negros de la bella española

lo habían cautivado en las redes de sus miradas profundas y como llenas de ensueños y promesas, y que el *Rey del Hierro*, como todo el mundo llamaba al banquero por sus colosales empresas ferrocarrileras, no estaba lejos de creer que los millones que atesoraba desde hacía más de cincuenta años, aumentándolos diariamente, servirían un día para rendir ante su voluntad á aquella hermosísima mujer.

Los amantes suelen tener mirada doble, según dicen. Ismael Davit, cuyo talento había estado á salvo de toda duda ó sombra, rayó aquella vez á una grande altura. Comprendió la primera vez que se encontró con el marino que en él tenía un poderoso rival, pero no se acobardó ni un solo momento: los otros enamorados de Adelfa le ocasionaban risa ó desdén: Hugo le mereció un sentimiento de antipatía: á aquellos los consideró unos entes insignificantes, de los que estaba seguro de salir victorioso; éste, más terrible, le despertó ideas de lucha...... Lucharían, pero él saldría victorioso: Adelfa sería suya ó de nadie!

Esta convicción que en cualquier otro hombre hubiese tal vez fallado, en Ismael Davit se convirtió en un hecho, porque así lo deseó.... Después de todo, ¿que tuvo el caso de particular? No era el *Rey del Hierro?*

Nada de esto subía á la superficie, como suele decirse: nadie pudo notarlo ni aún sospecharlo. El banquero supo ocultar sus sentimientos con la más refinada diplomacia. Landebeg mismo no sospechó la triste y amenazadora verdad, y es seguro que de haber vislumbrado algo esta historia nunca se hubiese escrito ú otro muy distinto hubiese sido su desenlace.

Adelfa, inocente y ajena á la tempestad que so-

bre su cabeza se cernía, vivía feliz y satisfecha, entregada al placer de amar y ser amada. Si he de ceñirme al hecho histórico diré que algunas veces su corazón sintió un ligero desasosiego al reparar en la mirada que el barón fijaba en ella, mirada larga y amenazadora que la asustaba, pero esto era breve. Un momento después dudaba y acababa por olvidarla, volviendo la risa á sus labios y la felicidad á su corazón. Seguía prodigando á Davit las atenciones que en un principio su tío le recomendara, y por otra parte, se entregaba al gusto de pensar en Hugo; en Hugo, á quien tanto amaba y que tantísimo la amaba.

Este, más inocente que todos, atribuyó á idiosincracia de carácter la manera fría con que Ismael lo acojía: ageno á toda idea que no fuera su amor, no pensó más que en el gusto de verse correspondido.

Los dos rivales se saludaban con urbana frialdad cuando se encontraban bajo el techo del señor Landebeg; lejos de él, apenas si se conocían. Pero no estaba lejano el día en que la sorda enemistad que se profesaban mutuamente aquellos dos hombres había de declararse y durar tanto como el objeto que motivaba sus odios.

En el mes de febrero, Adelfa ofreció un baile de máscaras á sus amistades, según costumbre de la casa. Una noche en el que se encontraba en su pequeño salón acompañada de Lucía, el marqués de Iven, el señor Landebeg, el barón y Hugo, se habló de la elección de algún traje caprichoso y elegante para la joven española.

—Yo vendré vestida de locura—dijo la marquesa—me gustan los disfraces alegres. Y tú, querida Adelfa ¿por cuál te decides por fin?

—No lo tengo resuelto todavía—repuso esta—

la modista me ha enseñado algunos modelos, pero no me han satisfecho. ¿Qué me aconsejais vosotros?

—Si me permitís daros mi parecer—respondió el oficial de marina—os diría que debéis elegir un traje elegante y sencillo al mismo tiempo, pues vuestra belleza es tan perfecta que no necesita aumentarse con grandes adornos. Sueño para vos un traje de romana, hebrea......algo así, ideal y hermoso.

—Perdonad caballero, que os contradiga—repuso Ismael Davit con su tono helado—pero esos disfraces que decís......de romana ó de hebrea, son demasiado pobres para esta señorita, y me parecen impropios del capital que está llamada á poseer algún día.. Sería preferible elegir, por ejemplo, un traje de hada, de maravillosa, ó (y este es el que yo prefiero ante todos) el de Emperatriz Rusa.

—No digo lo contrario—repuso Hugo con un ligero tono de desdén en la voz;—pero la señorita Landebeg no tiene necesidad de mostrarse rica para ser bella......Mas tenéis razón; el traje de Emperatriz Rusa es costoso y admite gran número de joyas.

—Justo!-exclamó el señor Landebeg que no sabía más que convenir en lo que decía Davit, y sin notar el tono que ambos rivales habían empleado al hablarse—justo; es un traje original y rico, es el mejor......

Cortada la discusión de una manera tan radical por el tío, no les quedó á los amantes más remedio que guardar silencio por aquella vez. Pero ya lo he dicho: este fué el primer paso dado por el resbaladizo terreno de la enemistad que más tarde y por mucho tiempo se manifestaron aquellos dos hombres.

A la tarde siguiente, cuando los jóvenes se reunieron en el jardín, Hugo estaba más pálido que de costumbre; llevaba impresas en sus nobles facciones las señales de un violento disgusto que en vano trataba de disimular.

Adelfa, por su parte, estaba pálida y triste.

—Ah!—exclamó ella al divisarlo—¡qué ganas tenía de veros!

—¿Qué ocurre?—repuso el oficial—¿acaso habéis pasado alguna contrariedad? Estáis disfigurada, Adelfa: decidme ¿que ocurre?

—Nada nuevo, amigo mio.. La cuestión de anoche... El baile de máscaras.. la elección del traje que en él luciré...

—¿No ha quedado resuelto el de Emperatriz?

—Sí—repuso ella—y ese es el motivo de mi pena. Escuchad. Vos sabéis que mi tío me ha regalado magníficas joyas; sabéis también que tiene orgullo en el lujo que desplego. Sí, ¿verdad? Pues figuraos que para ese disfraz no eran suficientes mis ternos: carezco de un collar de varias vueltas, de una diadema y de otras cosas......Así lo hice presente esta mañana en el almuerzo á mi tío y á ese Ismael Davit, pensando que sería un motivo bastante poderoso para entorpecer el plan: pero me equivoqué: ¿sabéis lo que respondió? Pues que él me mandará todo lo que me faltaba. Yo protesté, pero mi tío aceptó, y dos horas después recibí dos cofres conteniendo riquísimas prendas que el banquero me presta para la noche del baile: ¿qué os parece?

—Pues que no veo en todo esto nada que pueda disgustaros, sino por el contrario, agradaros. La atención que ha usado con vos en esta ocasión el señor barón me hacen apreciarlo y aun envidiarlo. Yo no puedo, Adelfa, hacer lo que él; mis me-

dios no me lo permiten. Puedo, sí, ofreceros junto con mi corazón, un nombre sin mancilla y un lugar de honor en el castillo Holstein, que pertenece hoy á mi padre, del que soy único heredero. Allí seréis amada, respetada y servida: reinaréis en los corazones y en las voluntades, pero no podréis adornaros con ese fausto á que estáis acostumbrada. Usaréis, sí, las joyas de familia que yo os entregaré para vuestros tocados......No serán todo lo ricas que merecéis, desgraciadamente: esto es duro y cruel para mí: yo que nunca había deseado poseer grandes capitales, vedme ahora ambicioso de las riquezas. Y es porque os amo, Adelfa, y quisiera haceros la mujer más feliz de Alemania.

—Acaso—repuso la joven con ternura—¿acaso no podéis hacerme dichosa? ¿Que lo impide?

—Lo que domina hoy al mundo, el oro, que me falta. En otros tiempos imperaba el honor, y mi familia entonces no tenía nada que envidiar; pero las cosas han cambiado; ya la espada permanece ociosa, mientras los centros mercantiles trabajan. Yo no debí nunca elegir esta carrera noble y hermosa, pero poco lucrativa: mejor hubiera sido para mí abandonar la vieja tradición de una raza que obligaba á sus primogénitos á servir á su soberano y á su patria.

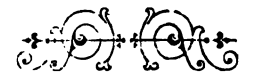
—Hacéis mal en arrepentiros, Hugo: yo nunca os hubiera amado de otra suerte. Qué! ¿no es mil veces preferible servir á la bandera que á la codicia?

—Eso decís ahora—respondió el oficial con un acento de tristeza que no pasó desapercibido para Adelfa;—¿pero estáis segura de pensar siempre lo mismo?

—Dudarlo es ofenderme: ¿acaso creéis que yo sea capaz de faltar á mi palabra? Pero no hablemos más del asunto que os desagrada, y es inútil, además. Estad, sí, seguro de que siempre os amaré

como os amo hoy.... ¿Váis esta noche á la ópera?

Hugo respondió afirmativamente: la conversación continuó sobre cosas indiferentes hasta que fué preciso separarse. La despedida de los novios fué tierna y casi triste, como si presintieran las penas que los amenazaban en el porvenir.



VI.

LUZ Y SOMBRA.

El amor es un placer que nos atormenta, pero este tormento nos agrada.

Seribe.

STEMOY lo había vaticinado en su crónica, y la opinión pública lo comprobó, conviniendo todos á una en que el baile de máscaras efectuado en los salones de *Villa Alegre* había superado á cuantas fiestas se habían celebrado en casa de Federico Landebeg, no obstante ser proverbial la espléndida hospitalidad que brindaba el banquero á sus amigos.

Nunca en verdad se había visto en baile alguno concurrencia más inmensa y distinguida: los salones todos y las ámplias galerías, viéronse invadidos por la más selecta sociedad berlinesa, vestidos todos de diferentes trajes. Confundidos pasearon aquella noche, haciendo alarde de una democracia llevada al extremo: el rey Francisco I y un jardinero suizo; Carlos III representado por un hombrecillo pequeño y endeble, conversaba con un escudero español; á nadie extrañó ver á la fiel Julieta, feliz y alegre sin Romeo, pasear del brazo de un Homero que le entonaba dulces endechas; á Hernani conversar sin odios ni rencores con don Ruy Gó-

mez de Silva, que eran, quitándose los disfraces, dos jóvenes amigos íntimos; á Mefistófeles bailar con un ángel, á un *pierrot* con el rostro enyesado, con una blonda Margarita la amada de Fausto... Reunidos todos los tiempos y edades en la misma noche, como si los séres que habían existido en el pasado hubiesen abandonado sus sepulturas para concurrir al baile de Federico Landebeg.

La reina de la fiesta habíalo sido Adelfa, con su traje de Emperatriz, cubierta toda de ricas pedrerías. Un curioso inteligente aseguraba al día siguiente que pasaba de dos millones de pesos el valor de las joyas que llevaba la joven.

Este alarde de vanidad que á cualquiera otra mujer hubiera satisfecho, y que á ella misma tal vez en otro tiempo habría agradado, causábale al presente un vivo disgusto, que en vano trató de disimular en todo el tiempo que duró la fiesta. Sus hermosas facciones llevaban impresas un sello de tristeza y desagrado que no había notado su tío, pero que en cambio no había pasado inadvertido para Ismael Davit.

Con gran contento del Rey de Hierro, Hugo Wolff había permanecido en el salón de baile dos horas solamente, retirándose después, pretextando ocupaciones urgentes en el ministerio.

No temía el barón á su rival, pues le consideraba pequeño para luchar contra él; pero le indignaba ver las atenciones de que era objeto por parte del anfitrión y las dulces sonrisas que le dedicaba Adelfa: indignábale ver la apuesta figura del marino y su lozana juventud; indignábale, en fin, todo lo que concerniera al joven oficial. Si en su mano hubiera estado despojarlo de cuantos dones le habían dado la Naturaleza y la suerte, es seguro que lo hubiese hecho sin vacilar y sin remordimientos.

Pertenecía Ismael á esa raza judía que no retrocede ante la venganza, encontrándola cosa natural y corriente. Hasta entonces el viejo banquero había vivido para el oro y con el oro solamente; pero una vez que su corazón había despertado al amor, y que amaba á una mujer joven y hermosa, ese sentimiento tenía que ser en él mucho más imperioso que en otro hombre, porque ese amor tardío se había posesionado de su corazón y le tiranizaba, haciendo del Rey de Hierro un sumiso esclavo..

Hubiera habido mucho de simpático en sus sentimientos si Davit hubiese manifestado más ternura y ménos poder; si no hubiera contado tanto con su fortuna para rendir á Adelfa. La amaba con loca y delirante pasión, con gusto hubiera emprendido la más difícil empresa por tener la satisfacción de ver sonreir á la mujer querida. No lo culpemos, pues su único delito era tal vez amar demasiado..

Adelfa, por fin, en la noche del baile había comprendido el sentimiento que animaba al banquero por ella; y ese descubrimiento la asustó, pero nunca tanto como el caso merecía. Conocía el temple de carácter del barón, pero no sospechaba la astucia que desplegaba contra sus sentimientos, en todas sus acciones, Ismael Davit: ni siquiera sospechó que hacía varios meses venía encaminando todas sus acciones á la más completa victoria, y si tal no podía, á la absoluta derrota de su contrario.

Un sentimiento de rebelión se filtró en el corazón de Adelfa de Landebeg, amargándole sus sentimientos hacia el barón, sentimientos de lucha que cada vez que veía al viejo judío aumentaban.

El combate estaba preparado: el Rey del Hierro se había dicho—mía ó de nadie.—Adelfa, por su parte, se había jurado antes morir que faltar á la palabra dada al conde de Wolff.

Tal era el estado de ánimo de los principales personajes de esta historia, que á grandes rasgos, narro libremente, en los momentos en que todo Berlín se hacía lenguas de la fiesta efectuada en *Villa Alegre*, que parecía ser la morada de la dicha.

El único verdaderamente feliz en aquellos momentos era Federico Landebeg. Para convencerse de ello bastaba verlo en su despacho. Allí, entre los valores que hacía funcionar bajando ó subiendo, se recreaba el buen señor del giro que tomaba la última empresa que había acometido, y que le prometía doblar su capital, como había supuesto muy bien. No se daba toda la gloria: cedía á su amigo Davit la buena parte que le correspondía. Claro es que el asunto había prometido desde un principio; y que al emprenderlo se aseguraba grandes ganancias; pero ni en sus sueños dorados podían sus ilusiones compararse á la hermosísima realidad que palpaba....

Pensando estaba Landebeg en todo esto, cuando unos discretos golpes dados en la puerta le hicieron volver la cabeza, que tenía recostada en el sillón que ocupaba. Después de haber escuchado el correspondiente—adelante—del propietario, entró el visitante, que no era otro que el marqués de Iven.

Saludáronse los dos comerciantes con afecto: hablaron primero de los asuntos del día; de ambas familias; del buen tiempo y de la lluvia; de chismes sociales, hasta que el marqués, haciéndose el indiferente y como quien recuerda algo olvidado, dijo:

—Si no estoy equivocado ¿sois vos de los que han comprado acciones de esa empresa sueca?....

—Sí,—repuso el señor Landebeg con cierto orgullo—ha sido un negocio espléndido. Figuraos

que desde que me hice de ellas han aumentado un setenta por ciento de valor.... Sin contar con lo que todavía promete dar.... ¡Espléndido!

Iven guardó silencio algunos momentos; luego como el que cumple con un deber de conciencia, no muy grato añadió, preguntando:

—¿Y si bajan en vez de subir?

Esta sola idea hizo sonreir burlonamente al señor Landebeg.

—Para que eso suceda—repuso—sería preciso que Ismael Davit quisiera, pues es el único que tiene cartas en el asunto superiores á las mías; y como es amigo mío, creo no hará ninguna jugada en contra mía sin avisarme antes.

—Vuestro amigo.... es cierto; pero ¿no sabéis que cuando se trata de intereses, la amistad desaparece?

—Creo pudiera ser, pero no cuando el amigo es Davit. Si supiérais cuantos favores le debo! Cuántas veces me ha hecho retirar á tiempo de empresas que estaban para quebrar sin preveerlo nadie! ¡Oh, no sabéis, marqués, qué clase de amigo es el barón para mí!

Tal parecía que Iven quería decir algo que sabía y no se atrevía, pues en vez de convenir con el banquero en lo que decía, solo hizo con la cabeza una señal de duda.... ¿Cómo llevar, no la desconfianza, sino el alerta á un hombre tan confiado?—preguntábase entre tanto el marqués.

En realidad, no tenía motivo seguro para decirle á su amigo que lo engañaba el judío; pero días antes había estado con el Rey del Hierro en la bolsa y había notado respecto á esas acciones, varios indicios que no eran en verdad los más á propósito para convenir en la amistad tan sincera como probada de Ismael.

Eran las cinco de la tarde: á través de las cerradas vidrieras del salón de confianza de *Villa Alegre*, se veía la calzada por la que transitaban algunos labradores, retornando á sus hogares después de un penoso trabajo. Las primeras brumas de la noche envolvían á Spandan, haciendo difícil distinguir claramente las casas de las cercanías. Algo distante divisábase el campanario de una iglesia que se elevaba de las demás viviendas, con sus góticas torrecillas, sobre el fondo del cielo azúl pizarra; la luna, en su creciente, aparecía entre algunas nubes que momentos antes doraban los postrimeros rayos del sol. El invierno se retiraba, dejando paso á la primavera; los árboles permanecían sin hojas todavía; pero la temperatura, ya casi templada, prometía que pronto los campos se cubrirían de verdor y, precedida por las modestas violetas, florecían los rosales, los claveles y las puras azucenas....

Sonó la campana de la puerta anunciando visita, y Adelfa que durante toda la tarde había estado esperando á Hugo inútilmente, se acercó á una de las vidrieras del salón para ver quien llegaba.

Era el barón Ismael Davit....

La sola vista del banquero produjo en su ser un violento sacudimiento. Desde la noche del baile ya no veía en él al amigo complaciente de otro tiempo, sino al hombre apasionado, lleno de esperanzas de victoria.

Fijó sobre el banquero su mirada profunda y escudriñadora, con la que pretendía descubrir algunos de los pensamientos que se albergaban bajo su arrugada frente; pero en vano. El Rey del Hierro permanecía impasible, con su eterna sonrisa en los labios, fría como el acero, y sus vivos y brillantes ojillos grises, de mirada glacial, se alzaron hacia la

vidriera y al divisar á Adelfa y dirigirle un saludo brillaron con extraños fulgores.

Después de algunas palabras cambiadas sobre el tiempo y las cosas, el banquero se sentó en un sillón al lado del que ocupaba la joven, que al parecer disgustaba, y dijo, dirigiéndose á Miss Lowe, que hacía calcetas al lado del hogar.

—Hacedme el favor, Miss, de mandar un aviso al señor de Landebeg, anunciándole que el señor barón se encuentra aquí: tendrá en ello mucho gusto.

—Iré yo misma—repuso miss Lowe con su flema británica. Y sin añadir una palabra, se alejó con paso mesurado. Adelfa y Davit quedaron solos.

La antipatía que sentía la joven por el viejo banquero se acrecentó en aquel momento. ¡Cuan repulsivo le era ver aquel rostro apergaminado! Un secreto instinto le advertía que estaba frente á frente de su peor enemigo.

Para evitar que le dirigiera la palabra sobre algún asunto serio, Adelfa se encaminó al piano y preludió un vals; sus dedos recorrieron con indiferencia el teclado, sin que el espíritu tomase parte alguna en sus movimientos. Aquella era la primera tarde que Hugo faltaba á la cita: la primera vez que el oficial de marina no acudía á ella....

—Parecéis preocupada ó triste—dijo el banquero, que se había colocado al lado del piano, después de mirarla atentamente,—¿puedo serviros en algo? ¿seríame posible disipar de vuestra frente ese tinte de sufrimiento que la cubre? ¡Si supiérais el gusto tan grande que sería para mí ser vuestro confidente!

Dejó la joven de tocar el vals, y fijando en el barón una profunda y enigmática mirada, repuso, dejando caer lentamente sus palabras:

—¿Deseais mi felicidad, decís? ¿haríais algo por ella?

—La deseo y haré todo por alcanzárosla; mandad, que seréis obedecida..—respondió. Había tal emoción en su voz, tanta ternura en su corazón, tan grande sinceridad en sus palabras!.. Solamente que la felicidad que quería ofrecerle era precisamente la que la joven no quería aceptar.

El salón estaba sumido en la penumbra: la tarde había cedido el puesto á la noche: desde las vidrieras ya no se distinguía nada, todo era un montón de sombras.. No se veían.. solo se escuchaban.

—¿Es cierto eso? demandó Adelfa después de unos momentos de silencio.

—Cierto!—dijo por toda respuesta.

—Pues si es así, hacedme el favor de llamar á Tomás para que traiga luz; es todo lo que tengo que pediros.

Dijo Adelfa: sus manos, que habían permanecido ociosas, recorrieron nuevamente el teclado, y en el momento en que el Rey de Hierro se dirigía humildemente al llamador, resonaba en la vasta y elegante pieza la cavatina de *Hernani*, que la joven interpretaba magistralmente.

Como se vé, había mucha sombra, donde el mundo no creía encontrar más que luz.



VII

INDICIOS DE TEMPESTAD

> **Así como cuando el firmamento aparece más diáfano y sereno, estalla la tormenta y la brisa se torna en aquilón, así cuando todo es alegría á nuestro lado, llega el dolor á sorprendernos, y de la risa no extinguida, nace el llanto.**

—Estoy contento y satisfecho; soy feliz: nada deseo ni á nadie envidio: mis negocios marchan bien y me veo rodeado de buenos amigos que se asocian á mi alegría. La felicidad no es cosa tan difícil de alcanzar como el vulgo cree. Para lograrlo basta proponérselo.

Esto decía Federico Landebeg, sin dejar de comer ni un solo momento, pues era de los que opinan que el hombre es bastante hábil para hacer dos cosas al mismo tiempo.... Ocupaba, como es natural, la presidencia de la mesa, en la que se veía acompañado, á más de su sobrina, por el marqués de Iven é Ismael Davit.

El comedor de *Villa Alegre* reunía todos los encantos apetecibles: era tal vez la pieza mejor decorada de la quinta.

Solía decir el señor Landebeg que las amistades que se forman ante las seducciones de una mesa lujosa y cargada de delicados manjares, son más sólidas que ninguna. No andaba del todo equivocado el banquero al pensar así, pues á todo el mundo agrada reunirse para comer y conversar con personas alegres y risueñas.

Además el hombre de comercio cuenta con esa poderosa palanca. ¡Cuántos negocios, cuántas empresas que han reportado ganancias ventajosas, concertadas han sido á los postres de una comida! A veces el secreto que se guarda en la banca y que por nada se divulga, se lanza en alta voz después de algunas copas de espumoso *chanpagne!*

No es extraño que un pobre hombre que se lanza al azar á jugar las economías de un año de industria y trabajo con la esperanza de adquirir de pronto, por una vuelta de la movible y antojadiza fortuna, algunos miles de pesetas, con las que medita levantar alguna empresa ventajosa, se encuentre con la repentina baja de las acciones que día antes constituyeron todo su capital y todos sus ensueños. ¡Quién ha de decirle á ese pobre mortal, que su suerte la han decretado dos potentados con la risa en los labios y el corazón en el tesoro, en los primeros momentos de la digestión, sin detenerse á pensar en los que arrastran en pos de sí, en los que esperan ansiosos una alza favorable, que les deje á cubierto de las apremiantes necesidades de la vida, y se encuentran, en vez de eso con la ruina, la desesperación.... y tal vez el suicidio!

¡Triste lógica la de la vida! La lucha constante por la existencia; la eterna guerra en la que el débil perece y vence el fuerte; el combate desigual del pigmeo contra el gigante, del hambriento contra el harto. Para unos el camino estrecho, lúgubre y de

penosísima cuesta; para otros, la carretera ancha y plana, llena de luz y de sol.

Y sin embargo, no será extraño que el que todo lo posee se vea reducido á la nada, porque la casualidad está fundada sobre una base mucho más débil que la espuma del mar. El poderoso es. el fuego que comienza por producir humo, y no será extraño se convierta en fría ceniza.... ¿Qué poder humano podrá sustraerse de esa ley?

Y digo esto porque en el momento en que Federico Landebeg se vanagloriaba de su buena suerte, una sonrisa fría como el acero, enigmática, llena de encontrados sentimientos, plegó los labios del Rey del Hierro. Nadie vió la risa aquella; nadie la sospechó siquiera, porque el marqués, que era el único que podía descubrir en ella alguna amenaza, no lo miraba en aquel momento, y el banquero, que seguía comiendo con olímpica tranquilidad, no pensaba que su amigo tuviese intenciones de amenazarle.

Adelfa, por su parte, se encontraba muy triste y preocupada para prestar atención á lo que sucedía á su alrededor: el mundo entero para ella se reducía á Hugo, y el motivo de su ausencia era lo que en vano procuraba adivinar. No sabía á que atribuir la ausencia: ó el oficial estaba enfermo, ó asuntos del servicio lo retenían en Berlín .... pero en todo caso, ¿por qué no mandarle una esquela participándoselo?

Estos eran sus pensamientos mientras el criado servía los diferentes platos de la suculenta comida, sin que ella los mirase siquiera, cuando una voz que pronunciaba su nombre la sacó de su abstracción. Era Ismael, que le decía con una ternura, que léjos de agradecerle, la irritó:

—Adelfa ¿estáis enferma? ¿qué hacéis, hija mía, que no coméis?

¿Qué responder? Abrió los labios sin saber lo que iba á decir.

—Me duele un poco la cabeza—murmuró por fin, más bien que dijo.

—¿Y cómo nada nos decíais? ¿no sabéis que los que estamos á vuestro lado tenemos el derecho de la familia ó de la amistad, y por lo tanto, tenéis el deber de comunicarnos vuestras dolencias?

—¡Oh! gracias—exclamó ella fijando sobre el banquero sus ojos negros, llenos de reproche—gracias por vuestra atención, pero permitidme que os diga que no tenéis el derecho de reñirme; un ligero malestar no es suficiente para alarmaros.

—Pero aunque no sea nada, no debéis dejaros así—exclamó el marqués afectuosamente.

—Tiene razón Iven—agregó Davit—tomad algo que os alivie. ¿Queréis una copa de cerveza?

—Nó; lo que tomaré será una bebida de mi país—repuso ella.—Tomás—agregó dirigiéndose al criado de confianza de su tío—traedme manzanilla....

Todos rieron de los deseos de la joven.

—Esta muchacha—dijo el señor Landebeg—tiene una verdadera pasión por España: nunca olvida sus productos y suspira por aquél clima benigno y templado.....

—¿Qué tiene eso de particular?—exclamó el barón con calor—el pájaro de los trópicos que se traslada al norte languidece y nunca olvida en su destierro el país hermoso en que nació! ¿Qué tiene, pues, de extraño, que esta bella y delicada flor, brotada en los vergeles de Andalucía, se resienta y enferme en esta helada región?

La llegada de Tomás con la manzanilla impidió á Adelfa responder á Ismael. Llenó el criado las cañas (1), que fué presentando á los comensales:

(1) Copa especial para dicha bebida.

la joven cogió la suya, que levantó en señal de afectuoso saludo; sus ojos brillaron y su sonrisa indicó la alegría de su corazón.

—¡Ah!—exclamó después de haber apurado el dorado líquido—¡esto es la vida! ¡Esto es la felicidad! Me parece que me traslado á mi patria.

—¿No pensáis dar un viajecito por allá?—preguntó el marqués de Iven.

—Sí,—repuso el banquero—he prometido á mi sobrina llevarla á su país el próximo otoño, pues para entonces espero haber realizado algunos asuntos que me preocupan.

Por segunda vez sonrió Davit con su risa helada, enigmática: la mirada de sus ojillos grises se fijó con insistencia en el banquero y luego en Adelfa. ¡Ay! Cuántas amenazas encerraban aquellas sonrisas y aquellas miradas! cuánto hubieran debido temblar el tío y la sobrina si las hubieran visto!

El marqués dijo algo y la conversación continuó entre los dos comerciantes, en tanto que Davit hablaba en voz baja con Adelfa, que le respondía con frases breves y rostro indiferente.

El gran teatro de Berlín estaba aquella noche completamente lleno: lo más escogido de la sociedad ocupaba palcos y lunetas, mientras la burguesía y el pueblo se disputaban las altas localidades, ansiosos de ver el espectáculo que se representaba.

Stemoy, que se encontraba en el palco de la prensa, tomaba apuntes para su crónica haciendo comentarios al mismo tiempo que escribía con sus compañeros de redacción. Con el escalpelo social que esgrimía con notable agilidad, hacía la autopsia á las reputaciones más intachables, á los apellidos más nobles, á las fortunas que descansaban, al parecer, sobre más sólidas y hermosas bases.

—La condesa de V., de malva, hermosa y bue-

ña—decía el cronista continuando una conversación empezada ya, al mismo tiempo que el lápiz corría por la blanca y satinada hoja del *carnet;*—hermosa y buena; eso es lo que ella pretende ser, aunque el primer Dón no se lo debe á la Naturaleza, sino al tocador, y el segundo.... no son más que apariencias.... Las bellas y gentiles hijas del Ministro de la Guerra, de blanco, parecían dos heroinas, de Shakspeare.... hará efecto la comparación, aunque en realidad ellas parezcan dos lugareñas. A su lado, la esposa del general R., deslumbradora, con un riquísimo traje de damasco negro, cuajado de brillantes.... No se puede decir, que como de costumbre, el general brillaba por su ausencia. Más allá la duquesa de H.... ¿Qué diremos de la duquesa? Es intransigente; bueno, pues la complaceremos, llamándola violeta que oculta á la vista de la sociedad los méritos que la adornan... quedará satisfecha: á todo el mundo agrada aparecer como modesto. ¿Hemos concluído?

Al hacerse esta pregunta Stemoy, paseó su mirada por la sala para convencerse de que sus apuntes estaban completos, y cuando satisfecho cerraba el cuaderno de notas, la puerta de una platea se abrió y aparecieron en él Lucía y Adelfa, acompadas del marqués y Davit.

Estaban aquella noche más bellas y elegantes que nunca, las dos amigas. La blonda marquesa alegre y risueña, en tanto que su amiga mostraba en su rostro un sello de melancolía.

—Ya llegan las reinas de este invierno—dijo el cronista. No me detengo en tomar apuntes de sus trajes, porque como las llevo en la memoria, yo las sabré recordar al hacer la revista. Ahora voy á saludarlas.

Terminaba en aquel momento el acto segundo, y

el galano escritor se lanzó á las galerías en dirección á la platea acabada de ocupar. Al bajar las escaleras se encontró con Hugo Wolff que llegaba. Diéronse un cordial apretón de manos, seguido de esta pregunta de Stemoy.

—¿Dónde estuvistéis metido todo el día, que nadie ha tenido el gusto de veros?

—El ministro me convidó para acompañarle á un paseo, y me detuvo toda la tarde. Llegamos ahora mismo; no me he detenido más que el tiempo preciso para cambiarme de traje, y sin comer ni nada, me he venido á la ópera.... ¿Está aquí la señorita Landebeg?....

—Sí, precisamente me dirijo á su palco; vamos, pues, á saludarla.

Cuando Adelfa se encontró con el oficial de marina, creyó que soñaba. ¿Cómo era posible tenerlo así, tan cerca, después de tantas horas de angustias? La expresión de tristeza que se notaba en su rostro momentos ántes, desapareció para dejar paso á una risa franca, alegre y despreocupada.

En breves palabras explicó él lo sucedido y ella no pensó en dudarlo, porque Hugo no le había mentido nunca, por lo que tenía fé en sus palabras. Además, era tan feliz viéndolo, escuchando su voz, que el teatro, un momento antes vacío para ella, se llenó de repente á sus ojos, y le pareció que las luces brillaban más que de costumbre; hablaba con todos, reía de todo, quería á todos.... Efecto del amor era todo aquello!

Ismael Davit la observaba desde el último asiento del palco, con sus miradas aceradas, una rabia sorda le devoraba el corazón; ¡ah! cuánto debía amarlo, cuando su ausencia ó presencia la cambiaba tanto!

Miéntras la conversación estaba en todo su apogeo, Adelfa se volvió hacia el oficial de marina.

—Ay, Hugo, querido Hugo!—exclamó—si supierais cuánto he sufrido esta tarde con vuestra ausencia!

—Lo comprendo—respondió éste,—pues yo también, como vos, encontraba las horas demasiado largas y tristes. ¡Cuánto renegaba del capricho del Ministro, que me hacía demorar más de lo que pensaba; pues debo advertiroos que al partir no creí tardar más que dos horas, de lo contrario, os hubiera avisado para evitaros el suplicio de la inútil espera!

—Cierto, otro día que salgáis de paseo, decídmelo para no asustarme.

—Nó,—dijo el conde—no os avisaré; porque no volveré á aceptar ninguna invitación que pueda de una manera ó de otra impedir que nos veamos por la tarde. ¿Estáis contenta?

—Sí, estoy contenta—repuso ella sonriendo con viva alegría,—y de todas veras os agradezco esa resolución que tomáis en obsequio mío.

Momentos antes de terminar la función llegó el señor Landebeg. Al caer el telón, Stemoy ofreció su brazo á Lucía y el conde á Adelfa. Iven, el banquero y el barón Davit iban detrás conversando de asuntos sérios, dirigiéndose todos al pórtico para tomar los coches.

Después de algunos momentos de espera la fuerte voz del paje anunció el coche del señor Landebeg: las dos amigas montaron en él, y el marqués se disponía á hacer lo mismo cuando el banquero se volvió para decir á Hugo.

—Querido conde, espero que mañana me haréis el favor de almorzar con nosotros en *Villa Alegre*; cuento con vos ¿eh? ¿no faltaréis?... Estaremos en familia.

Y al despedirse de Ismael Davit no le hizo igual

convite, sin duda por olvido ó distracción, ó por creer que el Rey del Hierro se creería autorizado para acudir al almuerzo sin necesidad de decírselo; pero éste, que no opinaba lo mismo, se sintió herido en sus sentimientos y su orgullo. Ya no era solamente la sobrina la que distinguía al oficial, sino también el tío prodigaba sus atenciones todas á aquel hombre tan odiado por él; por él, que era tan poderoso y á quien nadie parecía temer.



VIII.

PARTIDA DE AJEDREZ.

> **La vida con ser tan breve encierra horas que nos parecen demasiado largas.**

Ya se había disuelto el tumulto de concurrentes sucediendo la quietud á la animación, y aun permanecía el barón Ismael Davit de pié en el pórtico del teatro, solo, mirando el camino por el que había desaparecido, al trote de sus magníficos caballos, la mujer que amaba con ciega pasión.

Una voz que pronunciaba su nombre lo sacó de su abstracción; volvióse rápidamente y se encontró á su criado de confianza, que estaba á su lado.

—¿Eres tú, Juan?—dijo—¿qué haces aquí?

—Nada, señor,—repuso humildemente el sirviente—cumplía vuestras órdenes, ¿no me habíais dicho, que esperase aquí?

—Sí, es cierto; lo había olvidado.... ¿Te has enterado ya de lo que necesito conocer?

—Desde esta tarde me encuentro en estado de satisfacer vuestros deseos. He sabido todo lo que hay, que es bien poco.

—Bueno; habla mientras vamos caminando.

—El anciano conde Wolff es un hombre honrado y orgulloso hasta el extremo—continuó dicien-

do Juan, colocándose respetuosamente á la izquierda de su señor—y por complacerlo cedería en todo, menos en esos dos sentimientos que os he dicho. En cuanto á su fortuna, no puede compararse con la vuestra, aunque es bastante rico.

Davit, con la frente inclinada, parecía meditar profundamente sobre las palabras de su criado.

—Lo que sabes—dijo de pronto—es ya bastante para formar un plan de campaña; te has portado bien; no te arrepentirás de ello, te lo aseguro.... Pero escucha ¿sabe el conde que su hijo ama á Adelfa?

—Nada puedo responderos, señor.

Por un momento continuaron caminando, y hablando en voz baja, con gran interés y misterio hasta que Ismael dijo terminando la conversación:

—Usa el medio que mejor te parezca; pero que dé el resultado que deseo ¿entendido?

Al decir esto llegaban á la puerta del club donde el barón solía acudir todas las noches, así es que Juan, sabiéndolo, se dió por despedido, respondiendo:

—Una vez más tendré el honor de serviros.....

—El coche lo necesito; que venga por mí á este lugar.

Dijo el Rey del Hierro, y empezó á subir lentamente la escalera, al fin de la cual se encontró con el joven Ghrach, que bajaba furioso por haber perdido todo cuanto llevaba y algo más sobre su nombre, ó más bien, sobre el de su padre. Se saludaron con política indiferente, y el viejo judío se internó en los salones, llenos á aquellas horas.

Lo primero que llamó su atención fué una mesa de ajedrez que ocupaban Stemoy y un oficial de artillería. La partida estaba en lo más intrincado, pues el cronista atildado y elegante, el niño mima-

do de las damas berlinesas, perseguía la reina á su contrario con tan hábil tenacidad, que era imposible vaticinarle larga vida.

—¿Quién gana?—preguntó el banquero acercándose.

—¿Quién duda que este Stemoy tiene pacto con el diablo?—respondió uno de los que miraban.—Le ha ganado ya dos juegos á este pobre Orfok, y con éste serán tres, pues es seguro que vence.

—Vos lo habéis dicho, y sino, mirad—exclamó Stemoy, riéndose y mostrando el tablero del que ya era preciso retirar la reina blanca.

—No sé lo que tengo—repuso el artillero algo amoscado—cada vez juego peor.... Ya éste es vuesto, pues es imposible defender al rey con una torre, dos caballos, un arfil y algunos peones. ¡Me rindo! Me rindo anticipadamente.

—¿Qué hacéis?—exclamó Ismael—¿habéis olvidado que el buen artillero muere al pié del cañón? Yo, en vuestro caso, aseguraba que sería mía la victoria.

—¿Para qué? ¿Para luego sufrir doble derrota?

—Yo aseguro que sería mía la victoria, y lo sería.

—¡Bah! eso se dice, pero no se logra....

—¿Qué nó? Dadme vuestro puesto y mirad.

Levantóse el oficial y el banquero se sentó en su lugar, frente á Stemoy que continuaba riéndose.

—Vamos, barón,—dijo—no os apasionéis así: ¿no véis que la partida es ya mía? ¿Que pretendéis hacer con tan pocas piezas?

—Ganar, ya lo sabéis—repuso tranquilamente el banquero, al mismo tiempo que movía un caballo dando jaque á la reina negra de Stemoy.

—¿Estas tenemos?—exclamó el cronista—confieso que no lo esperaba; pero continuemos: os toca á vos, ya he movido....

—Lo haré volviéndoos á dar jaque pero con la torre.

—¡Diablo! y es cierto: ¿Dónde tendría yo los ojos que no preví ésto?

—No os culpéis de lo que habéis hecho, sino de lo que vais á hacer, vamos, moveos.... ¿Cuánto apostamos á que os gano en cuatro jugadas?

La partida había despertado mucho interés en el club: gran número de sócios rodeaba á los jugadores, ansiosos del resultado. Orfok era el más curioso de todos, sus miradas seguían ansiosamente los movimientos de uno y otro.

—¡Con cuatro jugadas! ¿Que decís, barón? ¿No véis que os doblo las piezas?

—¿Qué os importa apostar si estáis seguro de ganar?

—Bueno, lo que gustéis....Me muevo llevándome uno de vuestros caballos con mi reina.... no habíais previsto esto, ¿no es cierto?

—Y vos, creo habríais previsto menos que yo todavía que el caballo que me habéis llevado me hace dueño de vuestra soberana; no ha sido mío el talento, pero me lo aprovecho: ved, si nó....

Un murmullo de entusiasmo y admiración apagó la voz de Stemoy, que trataba en vano de hacerse oir para explicar la causa de su equivocación. Davit, entre tanto, sonreía con indiferencia.

—Ya no faltan más que tres jugadas: si en ellas no tomo el rey, habéis ganado.

—Oh! eso es mucho decir—repuso el cronista...

—Moveos, yo lo he hecho ya.

—Que perdéis barón,—exclamó Orfok, al ver que el banquero movía, al parecer con indiferencia el sólo caballo que le restaba.

—No temáis, venceremos—repuso éste.

—Eso lo veremos,—interrumpió Stemoy.

—No faltan más que dos jugadas, queréis decir? Me sobra una todavía—continuó el banquero.—Jaque al rey, ¡defendedlo!

—Ya lo creo que lo haré: ya lo tengo cubierto, ¿por dónde vais á venir?

—Por aquí—repuso burlonamente Ismael.—Jaque mate! Moveos, si gustáis—agregó mostrando el tablero y recostando con tranquilidad la cabeza en el respaldo del sillón.

El entusiasmo de los del club llegó al colmo. Nada eleva más que una victoria: la del banquero fué absoluta, nadie trató de empequeñecerla, ni el mismo Stemoy, que no sabía qué actitud tomar.

Aun continuaba el alboroto consiguiente cuando entró el conde Hugo Wolff, que acompañaba al ministro de marina.

Orfok les salió al encuentro, diciéndoles:

—Qué lástima que lleguéis tan tarde: hubierais visto como Ismael Davit derrotaba en el ajedrez á ese orgulloso de Stemoy!

—Es raro—repuso el ministro,—pues tiene fama de hacerlo bien. Si mal no recuerdo.... lo habéis enseñado vos; ¿no es cierto, conde?

—Le he comunicado lo poco que aprendí en Italia y en España—respondió éste;—pero no creo que haya sido mucho.

—¿Por qué no le ofrecéis jugar una partida al barón Davit—preguntó el ministro— para ver si lo derrotáis?

—Porque perdería yo, con seguridad.

—No me gusta un marino tan pensador: ¿acaso en tiempo de guerra mediríais las fuerzas de vuestro contrario con las vuestras, antes del combate?

—No, ciertamente; pero lo que se hace ahora no se haría entonces.

—Pues quiero veros jugar.... Ganaréis; ¿acaso

habéis olvidado que en cierta ocasión derrotasteis á aquel inglés que se creía invencible?

—Lo que entonces fué ahora no podrá repetirse: los tiempos han cambiado.

—Os comprendo: estáis enamorado y eso quita mucha energía.. Si perdéis, todos sabremos á qué atribuirlo; no olvidaremos que afortunado en amor desgraciado en el juego.

Y sin hacer caso de las protestas del conde, gritó desde lejos:

—Eh! señor Davit! queremos veros ganar otra vez. ¿Os negaréis á echar una partida con Wolff?

Los ojos del banquero brillaron, de satisfacción ó de contrariedad, al mismo tiempo que respondía con voz melosa y mesurado acento.

—Con mucho gusto.

—Me vais á hacer pasar un mal rato—dijo el conde al mismo tiempo que tomaba asiento frente á su rival.

Empezó la partida con táctica y maestría de una y otra parte. Desde que movieron las primeras piezas los socios del club que los rodeaban comprendieron que eran de igual fuerza los jugadores, solamente que el banquero meditaba mucho sus movimientos y el conde lo hacía sin preocuparse del resultado, como hombre á quien importa poco ganar ó perder.

—No defendéis bien la plaza, conde! exclamó el general Hargle, que miraba atentamente:—lo que nosotros queríamos era veros luchar.

—Con cualquiera de vosotros lucharía—respondió el oficial de marina,—pero no con el barón: ¿no es acaso el Rey del Hierro?

No podía decírsele al banquero cosa que le agradase más que apellidarlo de ese modo; el sobrenombre de *Rey del Hierro* le era doblemente grato

porque aludía á su fortuna y á su talento mercantil; así es que cuando el conde se lo concedió sin celos ni envidias, experimentó una viva alegría.

—¡Bah!—repuso—eso no quiere decir nada. Encuentro mi fortuna muy inútil, pues es seguro que no me proporcionará lo que ambiciono.

—¿Es acaso un imposible?—preguntó Hugo—solamente en ese caso se comprendería lo que decís.

—Es algo más que un imposible—respondió el banquero con un acento de amargura en la voz que lo hacía simpático.—¿Puedo yo inspirar amor?

—No es difícil.

—Yo os aseguro que sí.... Acaso mi edad será propia para servir de padre á alguna joven que sienta por mí inclinación, afecto, ternura y tal vez cariño; ¡pero amor!

Jugaba, al mismo tiempo que hablaba arrastrado por la fuerza de sus sentimientos, que no le cabían en el pecho; estaba nervioso y como disgustado consigo mismo. ¡Cuán cierto es que no hay un solo mortal que se sustraiga al sentimiento de tristeza!

El que llevaba á su antojo las alzas y bajas de los valores públicos; el que podía sepultar en oro el palacio de un príncipe; el Rey del Hierro, en fin, estaba allí en un lugar del club, apesadumbrado y temeroso, porque veía que todo su poder se estrellaba contra la voluntad de una mujer, casi una niña, que desdeñaba su amor.

Un sentimiento de rebelión le hizo sobreponerse á su pasada debilidad. ¿Por qué temer? Lucharía y ¡ay! de aquellos que pretendiesen interponerse al logro de sus deseos! ¡cómo los anonadara, haciendo pesar sobre ellos todo su poder!

El barón Ismael Davit, como todo judío, era supersticioso en extremo: en el momento en que pensaba salir victorioso en la conquista de Adelfa

Landebeg, dió la casualidad de que le ganase á Hugo un arfil: este incidente, tan natural para cualquiera, hizo en él mucho efecto.

Alguna idea salvadora cruzó por su cerebro, pues su rostro se iluminó y brillaron sus ojos.

—Veamos—se dijo—si gano al conde.

Y se puso á jugar con mayor atención, al mismo tiempo que pensaba en que si aquella partida de ajedrez la ganaba al oficial, señal sería de que también le ganaría en aquella otra partida de amor que ambos tenían emprendida. Adelfa Cea no se vendería por amor á Ismael Davit, ni compadecida de él, ni seducida por el interés; pero pudiera ser [y para el banquero era segurísimo desde aquel momento] que la sobrina de Federico Landebeg se entregase á la voluntad del judío, para salvar el honor de su tío.. Y ¿qué podía hacer el conde Hugo Wolff para impedirlo y salvarla? ¿Con qué medios contaba para luchar contra el coloso de la banca?

Hacía tiempo que acariciaba en su mente un plan violento, que le aseguraba la victoria: una vez resuelto á todo para vencer, ya no dudaba... ¡Qué había de dudar! De lo que se extrañaba era de haber dudado tanto tiempo!

Cuando alzó la frente, que tenía inclinada miéntras se libraba en su alma el pasado combate, todo rastro de tempestad había desaparecido de ella, su rostro estaba sereno como el cielo en mayo, y sus ojillos grises brillaban más que nunca, en sus labios vagaba una sonrisa de satisfacción que no parecía indicar amenaza alguna.. Con mano segura movió una pieza, al mismo tiempo que decía:

—Cuidado, conde: ved que perdéis.

—No tenéis que avisarme, repuso el oficial, ajeno á la idea del banquero al pronunciar sus pala-

bras y de la importancia que tenían para la felicidad de su vida entera.

—Pero ¿quién sois?—exclamó, riéndose el ministro.—De veras voy á creer que tenéis pacto con la Fortuna, que para todos es diosa voluble y para vos parece ser constante. ¿Acaso no es sorprendente lo que hacéis? ¡pues no es nada! Dar jaque al rey cuando el conde tiene casi todas las piezas en el tablero, y presentárselo de tal manera que éste no puede defenderse?

—Ya lo véis—dijo Hugo con tranquilidad:—¿no tenía yo razón al negarme?.... Segura era mi derrota.

—Cierto que os negábais—repuso el ministro;—pero ved, ¿no hay alguna salvación?

—La hay, pero no me produce más que un momento de acción....

El conde Wolff hizo en aquel momento un cambio inesperado, que dió un magnífico resultado. Todos los que lo rodeaban aplaudieron con entusiasmo.

De aquel momento en adelante se oscureció un poco la fortuna de Ismael para dejar brillar la de Hugo...

Media hora después fué preciso hacer tabla el juego, pues el oficial de marina con algunas piezas se defendía de los ataques del banquero hasta el punto de amenazarle el terreno con tal habilidad, que se quedaron todos asombrados.

Stemoy estaba loco de alegría.

—Mi querido maestro,—decía estrechándole ámbas manos con su natural franqueza,—permitid que os felicite de todo corazón. ¡Cuánto me alegro de lo sucedido!

Y como el conde protestase.

—No sabéis—agregó—el susto que he pasado.

Temía tanto que Davit venciera otra vez! Habéis dejado la marina bien puesta: me alegro.

El ministro también se alegraba por su parte, lo mismo que Orfok y con ellos casi todos los compañeros del club; así es que Davit, un momento antes victorioso, perdió toda su soberanía. Ninguno de los dos había ganado al otro, es cierto; pero demasiado se comprendía que de haber seguido las piezas en movimiento un rato más, el conde hubiera vencido.

Poco le importaba la pérdida al banquero si no hubiese puesto como oráculo á aquella partida.

—¿Qué quiere decir esto?—se preguntaba á sí mismo—¿Cuál de los dos se llevará á Adelfa?

Cuando el tumulto se apaciguó un poco se fué al fumador para aislarse y allí, sólo, se sentó, mirando cómo se desvanecía el humo en el espacio; allá, en los salones los socios del club hablaban con animación, confundiéndose sus voces y sus risas, con el ruído de las bolas de billar al chocar entre sí, lanzadas por los tacos: en el salón de tresillo también había juego y animación.

El banquero, fuertemente preocupado, se preguntaba cómo aquellos hombres podían reir con tal indiferencia, cuando él sufría tanto por el amor que lo dominaba. Aquella solución dejada al azar de ganar una partida de ajedrez ó perderla, le inquietaba: ¿qué pensar? ¿qué hacer?....

De repente una idea hirió su cerebro.... Se levantó y tocó el timbre.

—Decidle al conde Wolff, que aquí lo espero para tratar de un asunto de mucho interés—ordenó al criado que se presentó.

Un momento después volvió éste diciendo que el conde se había marchado ya......

—¡Cómo!—exclamó con desesperación el banque-

ro al verse solo—¿es posible que la suerte se me ponga tan en contra?

Se quedó por un momento abatido y triste por las contrariedades recibidas durante el día. ¿Qué era él en el mundo? Una débil barquilla cargada de oro, que se veía navegando por el proceloso mar de la vida, suspirando por encontrar la tierra en que soñara encontrar la dicha...... Esa dicha que conocía y que vió se le escapaba, como una sombra, alejándose á medida que él se acercaba. A Hugo Wolff, en cambio, le sería dable pasar su vida entera al lado de aquella mujer tan amada....

—Pues bien, nó: ¡no quiero yo que eso suceda! exclamó el barón respondiendo á sus propios pensamientos. Su voz resonó en la pieza y su propio eco lo asustó. Miró en torno de sí, avergonzado de aquél arrebato de celos y pasiones...... Estaba solo......

Entonces Ismael Davit cogió su sombrero y su abrigo y descendió lentamente por la suntuosa alfombrada escalera del club, montó en su coche, que se puso en movimiento, y cuando un instante después se encontró en su casa y en su gabinete, exclamó con desaliento:

—¿De qué me vale ser el Rey del Hierro, si nada puedo contra ese hombre?



IX.

SUEÑOS...... REALIDADES.

> Nada es sin sentimiento, el amor; y ménos aún, sin amor, el sentimiento.
>
> *Siarna.*

ENTRE tanto el conde Hugo Wolff iba pensando en el cambio que se había operado en su vida, y caminaba envuelto en un espeso abrigo, dirigiéndose á su casa, después de haber dejado al ministro en la suya.

No era el oficial uno de esos hombres mundanos que siguen fielmente los usos y costumbres de la sociedad; era, por el contrario, un carácter de marino indiferente hasta entonces, á todo; la política, con sus intrigas, no lo preocupaba, ni nunca pretendió ocupar en su nación otro puesto que el que le correspondía como oficial de marina.

De poco tiempo atrás había encontrado en su camino una mujer hermosa, buena y amante, que con sus gracias y méritos había logrado posesionarse de su hasta entonces indiferente corazón: aquella mujer era Adelfa. Fuera de ella, la vida no valía nada para Hugo; con ella, por ella ó para ella, lo concebía todo, nada quería léjos de ella....

El orgulloso conde Wolff había tratado siempre

de despertar en el alma de su hijo algún sentimiento de ambición, de vanidad siquiera, para hacerlo escalar esos altos puestos tan difíciles de lograr cuando se carece de protección. La patria á que había servido toda su larga vida, recompensaría sus afanes y trabajos, haciendo de su heredero un hombre de fama. Había sido amigo íntimo y hasta algunas veces en asuntos delicados, el consejero particular del difunto Emperador, lo que en la corte se sabía y con seguridad no habría olvidado Guillermo II. Y sin embargo de todo esto, Hugo se negaba á hacer lo que no fueran asuntos del servicio. Durante dos años consecutivos había estado viajando, y cuando por fin, cediendo á las instancias de su padre, que le llamaba, el joven volvió á Alemania, se negó á aceptar los puestos que por petición del anciano conde se le habían concedido.

Era el oficial uno de esos hombres nobles é hidalgos, caballerosos y correctos, de corazón lleno de buenos sentimientos, claro talento y generoso proceder; de esos hombres á quienes el mal espanta y la mentira repugna: un poco orgulloso, si se quiere, algo frío y severo.... El poder para él era más bien un pesado fardo, que un gusto. ¿Acaso iba á vender su nombre? ¿Por ventura, tendría que inclinarse alguna vez delante de quien no lo merecía?

—No,—solía decir á su padre cuando se encontraban los dos en el castillo Holstein, residencia habitual del conde:—no esperéis que yo ceda en este gusto mío, pues mi conducta obedece á un convencimiento. Dejadme en mi posición independiente; seguiré mi camino, y cuando la patria me necesite, en mí tendrá su más fiel y decidido servidor.

El otro disgusto que tenían también padre é hijo era el afán que dominaba al almirante de verlo

casado: para lograrlo habíale presentado á cuantas jóvenes bellas y nobles conocía; pero en este asunto, como en el otro, Hugo permanecía firme.

—Me casaré cuando encuentre una mujer digna de mi amor, era su invariable respuesta.

—¿No lo es la condesa de Conher? ¿no lo es María Rudden? ¿no lo es Silvia Rud? ¿no lo son Margarita y Laura Kempert? ¿acaso puedes decir algo contra ellas? objetábale el padre, citándole á todas las muchachas bonitas que conocía.

—No lo niego, padre mío, pero no me gusta para esposa ninguna de ellas.

—¿Qué les falta?

—Que yo ame; que mi corazón sienta predilección por una; que mi alma despierte, y que encuentre eco en la de la mujer que elija.

Las discusiones terminaban siempre con disgusto del almirante.

El deseo de casar á su hijo llegó á ser verdadero frenesí en el anciano conde, precisamente al reunirse de vuelta el joven de su largo viaje, cuando estaba disfrutando una licencia de dos semanas en el castillo.

—Voy á morir sin tener esa dicha—decía el padre—no me quieres complacer.... Si supieras, hijo mío, la falta que me hace ver á mi lado un rostro de mujer joven, que alegre con el eco de sus risas estos viejos muros, y que lo dirija todo y todo lo hermosee con su presencia!

—Y yo, padre, procuraré complaceros; os prometo hacer todo lo posible para lograrlo. Buscaré este invierno en Berlín una mujer que reuna las condiciones que deseo en una esposa, y si la encuentro, os doy mi palabra de honor de no dejaros pasar solo las pascuas del año próximo.... ¿Estáis contento?

Estábalo en verdad el viejo almirante y así lo manifestó, abrazando á su hijo con alegría.

Tres días después marchó Hugo para la capital, y quince más tarde conoció á Adelfa Landebeg.

Ya se sabe lo demás: mis lectores conocen el amor que el oficial sintió por la bella española y la ternura con que se vió correspondido.... El único que no sabía nada todavía era el conde, pues el joven no había querido participárselo sino al estar seguro de que se convertiría en una realidad. Y ya era hora de que cesase la reserva; Adelfa lo amaba y era digna de ocupar el puesto que su virtuosa madre, con su prematura muerte, había dejado vacío en el castillo de Holstein.....

Y esto era lo que pensaba Hugo al salir del club después de la partida jugada con Ismael Davit. Envuelto en su espeso abrigo caminaba el joven de prisa, con el pensamiento fijo en su felicidad, en su padre y en Adelfa.

Al llegar á su casa hizo encender las luces en su gabinete y empezó una larga carta para el almirante, en la que le daba cuenta de lo sucedido y le pedía permiso para seguir adelante las relaciones hasta que él mismo pudiese pedir la mano de Adelfa á su tío el señor Landebeg. Extendíase hablando de éste y de sus buenas cualidades como hombre de comercio y de sociedad, así como de su generoso proceder al amparar la orfandad de su sobrina.... Tan hermosa acción merecíale toda clase de celebraciones.

"Figuraos, padre mío, —decía—que á más de adoptarla como hija, de tenerla á su lado y de proporcionarle todo género de satisfacciones, de darle una vastísima instrucción, embellece su existencia de una manera que no os puedo explicar, todo esto demostrándole el tierno amor de un padre; de

manera que la huérfana ha encontrado el verdadero calor de la familia en casa de su tío....Ella misma me lo ha dicho con lágrimas de gratitud en los ojos; ella, que es un angel de bondad y de dulzura, devuelve al hermano de su madre el amor que le profesa....

"Habitan una quinta espléndida en el camino que conduce de Berlín á Spadan, conocida con el nombre de *Villa Alegre*. Allí se suceden las fiestas unas á las otras; se brinda una hospitalidad regia á los amigos, se socorre al pobre con mano generosa. Yo creo que el señor Landebeg es digno de entrar en la mejor familia de Alemania por su alma noble y generoso proceder.

"Actualmente es banquero y muy rico, según dice; su firma se aprecia y se estima como dinero; su honradez es de todos conocida, pero ese nombre de Landebeg me parece que lo conozco de tiempo atrás: si mal no recuerdo, hubo un cierto duque Jorge de igual apellido: tal vez sea de la misma familia: yo así lo creo, porque el tío de Adelfa tiene el aire y el porte de un gran señor aunque afecta despreciar las glorias de sus antepasados.

Yo amo á Adelfa, la amo porque ella merece que se le ame: es buena, digna, sencilla é ilustrada; es, además, muy hermosa. Me parece haber encontrado para nos en esa dulce joven la hija que deseabais y buscabais, y para mí la esposa que soñaba.

¡Si supierais qué ganas tiene de conoceros! Le he hablado de vos; la he puesto al corriente de vuestros menores gustos; así es que si no tenéis inconveniente, permitid que haga una nueva condesa Wolff, que yo os juro no tendréis por qué arrepentiros, sino por el contrario, bendecir á Dios todos los días por habérnosla concedido."

La carta continuaba por el mismo estilo: cono-

cíase que la mano que trazaba las líneas aquellas estaba guiada por un corazón enamorado. Las cuatro de la madrugada serían cuando un movimiento rápido de la pluma indicó que Hugo, firmando, ponía fin á la carta.

Con mucho cuidado y mayor claridad escribió la dirección del sobre, temeroso de que fuera á extraviarse y estampó el cuño de la marina militar.

Cuando todo estuvo concluído el oficial se llevó una mano á la frente y se quedó pensando.... El recuerdo de Adelfa y de lo bella y hermosa que estaba en su palco hacía algunas horas se le presentó. ¡ Cuánto la amaba ! Y ¡ cuán digna era de ese amor, al que correspondía con toda su alma ! Serían felices toda la vida; se amaban ! Para ellos se habrían las flores, para ellos cantaban las aves, para ellos la creación entera se vestía de gala y su amor puro y casi celestial, daba calor á la nieve....

Cuando más embelesado estaba con sus ensueños, una idea cruzó por su mente, idea que le produjo en todo su ser la misma impresión que la vista de una serpiente en una clara y hermosa mañana de primavera.... Y eran verdaderamente los sentimientos de un áspid los que albergaba en su pecho el barón Ismael Davit hacia él, Hugo Wolff, que no creía haberlo herido ni molestado nunca....

¿ Por qué el judío lo había mirado con ojos tan feroces al acabar la partida de ajedrez ? Algunos momentos estuvo pensando el oficial en todas las ocasiones en que había visto y hablado con el Rey del Hierro y su conciencia no le reprochaba ni el menor desaire ni la menor desatención: todo aquello le cogía de improviso y desconocía las causas que las producía....Verdaderamente no comprendía una palabra de lo que había sucedido.

Un suspiro levantó su pecho y con él pareció

que sacudía los negros pensamientos que lo preocupaban hacía algunos momentos: se puso en pié y se acercó á la ventana de la pieza, que tenía la vidriera corrida. No podía dormir, no tenía sueño... dormir hubiera sido dejar de sentir, y dejar de sentir era olvidar á Adelfa.

La calle estaba mojada, por la lluvia que durante toda la madrugada había caído en abundancia. Un hombre, un obrero, cruzó con paso rápido la desierta calle: Hugo lo siguió con la vista hasta que desapareció.--¿Quién será?--se preguntó á sí mismo con esa pertinacia que se apodera de nuestro ser en los momentos solemnes de la vida y que nos hace preocupar por lo que en cualquier caso pasaría inadvertido por delante de nuestros ojos. Se le antojó que iba en busca del médico para uno de sus hijos, que estaría tal vez muriéndose y se reprochó como una falta no haberlo llamado para darle algún dinero.

—El mundo está muy mal repartido—se dijo:—no es justo que á unos les falte todo y á otros todo les sobre. Y sintió como remordimiento por ser tan dichoso.

Un momento después nuevos pasos en la calle le hicieron olvidar al obrero. Esta vez eran dos hombres de la buena sociedad los que transitaban por allí: cubiertos con sus capas de pieles marchaban uno al lado del otro, mudos y sombríos. Lo poco que se les veía del rostro indicaba que ambos eran jóvenes apesar de las arrugas que los surcaban. A Hugo se le figuró que salían de alguna casa de juego después de haber perdido sobre el tapete verde todo cuanto tenían y algo más....

—¿Quiénes serán?—se preguntó.—Ya le parecía que alguna mujer pálida y triste los estaría aguardando con impaciencia y temblando á la idea de cuáles serían las pérdidas de aquella noche.... In-

voluntariamente pensó en que Adelfa se pudiese ver en un caso así, y esta sola idea lo hizo extremecer. Ah! no: eso no sería jamás: él la haría muy feliz y no la abandonaría nunca para concurrir á esos dorados centros de perdición... No sería para él ningún esfuerzo, pues siempre le habían disgustado esos juegos traidores que arrebatan las más sólidas fortunas, sin que nadie se perciba, porque son como un precipicio que cada nuevo paso que se dá para salvarse, para detenerse en la fatal pendiente que conduce á la muerte, no hace más que aumentar el peligro: el jugador empedernido juega dominado por la codicia de verse dueño de un capital, que lo empuja más y más hacia el abismo. No: la esposa de Hugo Wolff, no conocerá jamás esos dolores: con su amor, él le ofrecerá también la dicha..

Ya había amanecido cuando el conde se retiró de la ventana: el día se había levantado espléndido, después de la lluvia de la noche anterior: el sol enviaba sobre la tierra su luz hermosa y vivificadora, inundándolo todo. Llegaba la primavera.

Un sentimiento de satisfacción y felicidad llenaba el corazón de Hugo en aquellos momentos; felicidad íntima, que residía en su propio ser y que aumentaba la vista de la naturaleza vestida de gala.

—Soy feliz,—se decía mientras se preparaba á dar el paseo á caballo que tenía por costumbre—soy dichoso: nada me preocupa, tengo todo lo que deseo.... ¿Por qué dicen que en este mundo no existe la felicidad?

Un sentimiento de gratitud hacia todo lo humano llenaba su corazón, como si todos reunidos se hubiesen propuesto proporcionarle una felicidad que sentía y que no le cabía en el pecho.

El secreto de todo esto, era el amor que sentía por Adelfa.

No hay tortura mayor que amar y no ser amado: no hay ventura más grande que amar y verse correspondido. En el primer caso, todo es dolor; en el segundo, todo es placer....

Hacía rato que se paseaba montado en su caballo blanco, haciendo hora para ir á almorzar á *Villa Alegre*, como la noche anterior había quedado convenido, cuando al pasar por una de las principales calles, se cruzó con un coche que iba de prisa.... Dióle un salto el corazón. Había reconocido la librea de la casa de Landebeg.

Era el banquero, en verdad, el que iba en él, acompañando á su sobrina, que estaba más bella que nunca, con un sencillo traje de mañana, de paño obscuro, y un sombrero negro.

En el momento en que Hugo los conocía, el tío y la sobrina reconocían al oficial, que se acercaba para saludarlos......

—¿Cómo tan de mañana de paseo, conde?—exclamó el señor Landebeg.—No esperaba tener el gusto de veros hasta dentro de algunas horas.

—Me encuentro en vuestro mismo caso—repuso el oficial—y lo que más me sorprende es veros acompañado por Adelfa.

—Pues por ella es por quien me veis, pues se empeñó en que tenía yo que sacarla para hacer algunas compras.... Se le ha metido en la cabeza adquirir una sortija que vió días pasados en una joyería aquí cerca.... Si gustais acompañarnos....

—Si que nos acompañaréis, ¿verdad, conde?—preguntó Adelfa, que no creía en su felicidad. Y como este se inclinase en señal de asentimiento, la joven continuó dirigiéndose al señor Landebeg:

—Tío, ¿no sería bueno bajarnos para andar el resto del camino?

—Como quieras.... no tengo inconveniente—

repuso el banquero, que desde hacía tiempo había abdicado toda su autoridad en su sobrina.

Hugo se desmontó del caballo y apretó su mano á Adelfa para descender del coche.

—Hagamos las cosas bien—dijo entonces el banquero—habíamos quedado en que almorzaríais con nosotros, y ya que estamos reunidos, no tenemos por qué separarnos; así es que mandaremos el caballo á vuestra casa con el paje y luego iréis con nosotros á *Villa Alegre.*

Nada tenía que objetar á lo dicho, y se hizo todo como decía el señor Landebeg.

Emprendieron, pues, el corto camino que los separaba de casa de Hamel, el prendero predilecto de la sociedad berlinesa, donde la joven se hizo sacar los últimos modelos de sortijas. El mercader, conociendo á las personas que tenía delante y los puestos que ocupaban en el gran mundo, no sabía cómo atenderlos.

Quitóse Adelfa el guante para probar las sortijas, dejando admirar de esta manera su pequeña y blanca mano.

Delante de sus ojos había el comerciante extendido cuanto más bello encerraban sus cajas: los brillantes, rubíes, esmeraldas y zafiros aparecían confundidos, y al ser heridos por la luz, lanzaban vivos destellos.

Hugo se había separado un poco y miraba con atención un pequeño estuche que estaba encerrado detrás de una vidriera. Contenía un hermosísimo brazalete de oro, de dos pulgadas de ancho, cubierto todo en su parte superior por perlas de gran tamaño y magníficos topacios.

Era una obra de arte de gran precio: el conde llamó á un empleado y se la hizo enseñar y después de mirarla detenidamente y de dar algunas expli-

caciones al empleado de la casa, se acercó á Adelfa, que ya había elegido una sortija.

—¿Os gusta esto?—preguntóle.

—¡Oh!—exclamó ella con admiración:—¡que joya más hermosa! Mirad, tío, ved que obra más acabada.

El señor Landebeg, después de examinada, mostró deseos de saber su precio.

—Está vendida—repuso el empleado, sonriendo con picardía.

—Lo siento—exclamó el banquero—hubiera sido feliz pudiendo comprarla para mi sobrina.

Y se alejó, dirigiéndose á la carpeta para satisfacer el importe de su compra. Entonces el oficial se acercó á Adelfa y le dijo en voz baja:

—Vuestra es la joya, perdonad que no os la entregue hoy; pero he mandado grabar en su interior nuestros nombres enlazados y unos versos de mi tierra que son un juramento. Admitidla del que será vuestro esposo y prometedme usarla siempre.

La llegada del banquero impidió contestar á la joven, pero en la sonrisa que le dirigió y en la mirada que partía de sus bellos ojos negros, había un mundo de ternura y de promesas.

X

CORRESPONDENCIA

ALGUNOS días después Adelfa escribía la siguiente carta á la superiora del convento de España, Sor Francisca de San José:

"Perdonad, madre mía, el aparente olvido en que os tengo; perdonad á vuestra querida hija espiritual el largo espacio de tiempo que ha dejado pasar sin escribiros; pero es que estoy tan ocupada, que de un día en otro lo he ido dejando hasta hoy, que con tanto gusto como inmenso placer me pongo á hacerlo aquí en mi gabinete azul, en *Villa Alegre.*

El motivo que durante algunas semanas me ha hecho aparecer ingrata y olvidadiza á vuestros ojos ya os he dicho que ha sido mis muchas ocupaciones.... Me ocupo en coser algunas ropas para los niños y ancianos pobres de los alrededores, lo que supone un trabajo contínuo y minucioso, que bastaría para disculparme de cualquier distracción á los ojos de los indiferentes.... pero con vos, mi respetada madre, no quiero, no puedo, no debo tener secreto alguno, y por eso, aunque me cuesta algún trabajo el hacerlo, os diré que la causa de mi silencio la produce un cierto noble y distinguido oficial de marina, llamado el conde Hugo Wolff.

No me riñáis, no me culpéis: soy tan feliz desde

que le conozco, que me parece que el mundo es otro, y que la humanidad es otra también. ¿Por qué le llaman valle de lágrimas? Yo encuentro, por el contrario, que hay mucha dicha que gozar en la vida.

Conocí al conde en un baile en casa del ministro de Marina, de quien es ayudante: me lo presentaron, bailamos y.... al separarnos llevaba yo grabada en mi cerebro todas las palabras que me había dirigido, hasta las indiferentes.... Después nos hemos vuelto á ver muchas veces, siempre causándome su llegada grande alegría y su despedida un sentimiento de melancolía de que solamente la esperanza de voverlo á ver pronto me consuela.

Fuimos amigos primero: luego me dijo que me amaba: yo le escuhé con gusto, no con ese gusto que produce la vanidad satisfecha, al ver que se nos ofrece un nombre y una fortuna, sino una felicidad grande, inmensa, infinita, desconocida para mí.... Yo no le respondí nada, pero creo que él comprende en mis ojos lo que ocurre en mi alma. Amo. Esto es lo cierto. Amo al conde como no pensé que se amaba en el mundo. El es mi alma y mi vida.... mi vida, sí, porque sin él no quiero para nada esta vida que me resultaría imposible......

Pero no pensemos en eso; nos amamos y pensamos casarnos para el próximo invierno: esto es todo lo que sé hasta ahora; pero os aseguro, madre mía, que si no realizamos nuestros sueños, me tendréis para siempre á vuestro lado!

Para esta primavera mi tío, como todos los años, ha invitado á algunos amigos á pasar un mes en *Villa Alegre*, y como es natural, el conde ha recibido la primera invitación.

Nos prometemos pasar una deliciosa temporada. Ya os referiré cómo la realizamos.

—

Por hoy nada más tengo que deciros; mi carta os parecerá loca y tonta: pero una vez más os ruego que me perdonéis. Amo al conde y no pienso más que en mi felicidad de amarlo.

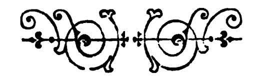
Adios, madre del alma; orad por vuestra agradecida hija, que os pide la bendición.

Adelfa.

Por aquél mismo tiempo, el conde Hugo recibía de su padre la siguiente carta, que se cruzó en el camino con la escrita por el joven:

"Querido hijo: pasan los días, las semanas y los meses, como pasarán los años, y nada me dices de haber encontrado una joven á tu gusto, para casarte....Voy creyendo que me has engañado, al prometerme buscarla. Si es así, no te lo perdonaré nunca.

¿Será posible que me dejes morir sin la alegría de verte feliz? Creo que no. Espero que al fin cedas á los gustos de tu amante padre, que te bendice con todo su corazón."



XI

LA PRIMAVERA

¡Oh primavera, juventud del año,
oh! juventud, primavera de la vida!...

EL despejado sol de primavera brilló aquél año sobre Alemania con extraordinario esplendor, y los días de cielo azul, sereno y puro, favorecieron de tal manera el imperio, que en él parecía recibirse el aire de los trópicos.

Cuando se ha vivido siempre en los países favorecidos por los rayos del sol, se mira con indiferencia su bienhechor influjo. No sucede lo mismo en los países del norte, pues en ellos, la llegada de la primavera se recibe como una fiesta.

Aquella temporada se pasó muy feliz en *Villa Alegre*. Los huéspedes invitados por el señor Landebeg para pasar la estación, no fueron tan numerosos como en años anteriores. Los marqueses de Iven, Ismael Davit, Hugo Wolff, Stemoy, la señora del general Reed y sus tres hijas Hada, Beatriz y María; Orpok, oficial de artillería; la viuda del banquero Mancer, con su única hija, llamada Berta, y por último, el sobrino del cajero de la casa, muchacho listo y en vías de realizar una gran fortuna.

Con la llegada de los huéspedes concurrieron las celebraciones de muchas fiestas; regularmente se

efectuaban en el ámplio y bien cuidado parque, cuyas plantas, bellas y lozanas, frondosa arboleda y arroyuelo murmurador, formaban un delicioso lugar, en el que era un encanto permanecer con la templada temperatura que reinaba.

El conde Hugo Wolff, era el alma de las reuniones; era él, generalmente, el que inventaba las diversiones y el que mantenía en ellas la alegría; así es que un día que tuvo que ausentarse por asuntos del ministerio, reunidos todos en el salón parecían fastidiarse en extremo, especialmente la romántica Berta Mancer, que hubiese sin duda deseado del conde algo más que la política amistad que le concedía.

Lucía, que había sorprendido en la joven algunos indicios que la hacían dudar de la sinceridad de Berta para con su amiga, la sobrina del señor Landebeg, cuya hospitalidad disfrutaba, se acercó á ella, y siempre alegre y burlona, le cubrió los ojos con las manos al mismo tiempo que hacía señas á Stemoy para que le dirigiera la pregunta obligatoria: ¿Quién soy?

Berta Mancer no supo al punto que responder y quedó callada.

—Soy Hugo—dijo entonces la marquesa en alta voz, al mismo tiempo que quitaba las manos puestas en forma de visera.

De sonrosada que era, la joven se puso encarnada. La risa se hizo general, celebrando todos la ocurrencia de Lucía.

A Berta se le ocurrió decir lo único que no debía.

—¿De quién habláis, del conde? Precisamente, marquesa, habéis elegido mal, pues me es muy antipático.

—¿Sí? ¿de verdad?—preguntó Lucía burlona-

mente—pues véd, hija mía, todos aquí creíamos lo contrario. ¿Estaríamos, pues, equivocados?

En aquel momento Tomás anunció que la comida estaba servida, y esto impidió que la broma pasara adelante. Se fueron todos al comedor, ofreciendo los caballeros el brazo á las damas, colocándose en sus respectivos puestos. Presidía la mesa el señor Landebeg, que estaba encantado de verse rodeado de sus mejores amigos, como él decía. Empezó la comida y la conversación también, versando sobre cosas indiferentes; como de costumbre se habló de política, modas y chismes de sociedad.

Adelfa estaba un poco melancólica á causa de la ausencia de Hugo, pues si para todos era tan grata la presencia del conde como desagradable su ausencia, para ella teníalo que ser doblemente: compañeros y vecinos de mesa desde el primer día de la temporada, la circunstancia de verse atendida por Ismael aquella vez, era por demás notablemente sensible el cambio para pasarle á la joven inadvertido.

—Parece mentira que se acostumbre uno tan pronto á lo bueno—dijo el señor Landebeg, después de saborear una copa de vino blanco—generalmente comemos aquí cuatro ó cinco personas nada más; pues señor, hace apenas quince días que me veo rodeado por mis *buenos amigos* y ya la ausencia del conde me es muy sensible: ¿no os pasa á vosotros lo mismo?

—A mí, ciertamente que sí—repuso Lucía—tanto más, cuanto que Wolff me es muy simpático y lo aprecio mucho por sus cualidades: aseguraría que aquí todos lo sentimos si no hubiese sufrido hace un momento la desilusión de oir decir á la señorita Mancer que á ella le desagradaba el conde.

—¡Cómo!—exclamó Federico, que no estaba en

el salón cuando ocurrió la broma—¿es posible que no os guste, señorita, siendo un joven tan aprovechado, tan amable, tan noble de cuna como de sentimientos? Vamos, decidme, ¿qué tenéis en contra del conde?

Por segunda vez, Berta no supo qué decir: cogida en sus propias redes como se veía; comprendiendo que la marquesa había descubierto sus planes y la ponía en evidencia para impedirla en sus acciones y avergonzada del ridículo en que se veia envuelta, no acertaba con un medio para salvarse, cuando afortunadamente para ella, Ismael Davit la sacó del apuro, diciendo:

—Pues si me es permitido decir mi opinión en alta voz, me pondré del lado de esta señorita; no le encuentro al señor conde de Wolff, ningún mérito sobresaliente, como no sea el parecerme un poco.... demasiado orgulloso, enardecido con sus papeles de nobleza y su hoja de servicios.

—Pues en eso no hace más que lo que hacéis vos, señor,—repuso Adelfa con alguna sequedad.

—¿Lo que hago yo? ¿Acaso hablo de pergaminos ó de....

—No, en verdad, pero en cambio, habláis siempre de vuestro dinero. El está orgulloso de haber hecho algo por su patria: vos lo estáis igualmente de haber merecido el sobrenombre del Rey del Hierro. ¿Qué mal hay en ello? Cada cual ha tenido un ideal y ambos lo han logrado: esto es todo.

—Tienes razón, sobrina, como siempre. Yo no sé quién te ha enseñado tan joven á profundizar tanto las cosas y á acertar tan bien. ¿Qué es eso, Stemoy?—continuó diciendo el señor Landebeg cambiando de tono y dirigiéndose al cronista, que del otro lado de la mesa hablaba con la hija mayor del general Reed.—Hada, bella joven de blondos ri-

zos, ¿qué hacéis que no coméis? mirad que vais á adelgazar y luego me pondréis en ridículo, pues dirán que os he dejado con hambre....

—Perdonadme, es que estaba distraida.

—Dejad vuestra distracción para luego, que habrá lugar; ahora probad este faisán con salsa rusa: es mi plato predilecto....

En la comida continuó también la conversación animada y alegre. A los postres Tomás anunció que el conde Wolff había llegado y se encontraba en el salón.

—¿En el salón? ¿y qué hace allí? preguntó el señor Landebeg.

—Aguarda que terminéis para saludaros.

—Dile que pase; no faltaba más sino que hiciese antesala como los indiferentes: ¡que pase!

Se alzó la colgadura y apareció Hugo, de uniforme, sonriendo y saludando á todos con su natural amabilidad. Su primera mirada fué para Adelfa.

—¡Qué día más largo nos ha hecho pasar el ministro!—exclamó la de Iven.—¿Qué tal las cosas por Berlín?

—Muy aburridos, figuraos, faltabais vos....

—¿No habéis comido todavía?—preguntó el anfitrión.

—Lo he hecho con el ministro y me he puesto en marcha enseguida para llegar cuanto antes.

—No esperaba menos de vos; veo que correspondisteis á nuestros deseos.... mas, sentaos.

—Aquí, conde, aquí,—exclamó Lucía cediéndole su puesto al lado de Adelfa—yo tengo algo que decir á Landebeg.

Hugo agradeció á la buena amiga con una mirada llena de afecto lo que por ellos hacía.

La seriedad de Ismael Davit, que con la llegada del conde había aumentado, llegando á su colmo,

se hizo aún más terrible al ver á los jóvenes al lado.
El odio que sentía por el oficial creció de punto,
envolviendo á Lucía en igual sentimiento.

La comida terminó con mayor alegría que al empezar, y mientras las señoras se dirigían al tocador y los caballeros al fumador, el barón, que se había quedado solo en el comedor, exclamó con acento contenido:

—¡Ah! señora marquesa de Iven, ya nos veremos la cara, ya nos veremos la cara!

Ideas de venganza cruzaban por su mente, cuando Tomás le preguntó con interés:

—¿Qué os pasa, señor? ¿estáis malo?



XII

AMENAZAS.

El amor halla escusas en
cuantos crímenes comete.
Mme. Sartory.

AQUELLA noche era de recibo en Villa Alegre. A más de la animada tertulia diaria de la quinta, se formaban algunas reuniones de alegres familias, que acudían de Berlín y de las cercanías.

El salón de verano, que era otro que el del invierno, estaba situado en el piso bajo, esto es, un metro más alto que el parque; estaba adornado con flores, y las grandes lunas venecianas copiaban las bujías que ardían sobre las mesas, iluminándolo todo. Preparado estaba el campo de batalla: faltaban sólo los combatientes.

Estos no tardaron en llegar. Las cortinas de encajes, al alzarse, dejaron paso franco á los alegres huéspedes que el señor Landebeg obsequiaba tan generosamente. Las damas, llamaban la atención por su elegancia, vestían todas trajes claros, de gasa; los caballeros que las escoltaban, de frac ó uniforme.

Buen lugar era aquel para un observador; confundidos se encontraban, conversando, los más opuestos caracteres.

En primer lugar, la señora de Reed se distinguía por su belleza, verdaderamente notable, aunque ya un poco avejentada; á su lado, la viuda del banquero Mancer formaba un notable contraste con su feo rostro y gigantesca estatura; era ésta, indudablemente, una mujer de mundo, aunque para algunos, sus maneras dejasen algo que desear; hablaban las dos de negocios con entero conocimiento. Hada, Beatríz y María Reed, parecían las tres gracias mitológicas, con sus cabellos rubios, peinados en rizos, y sus vestidos blancos; escoltábanlas Stemoy, Orfok y otro oficial de artillería, no pareciendo ellas fastidiarse con las conversaciones que seguían. El marqués Iven hablaba con el barón Davit y el señor Landebeg, en tanto que Lucía hablaba con Dent, el sobrino del cajero de la casa de banca, y dos jóvenes más, de esos que se distinguen por su inutilidad en la sociedad. Algunas señoras y caballeros de los que acababan de llegar conversaban entre sí. Berta hojeaba un albun con detenido interés al parecer, mientras observaba de reojo á Adelfa que permanecía sola, sentada delante de un espejo.

¿Dónde estaba Hugo?

En un balcón, oculto por las cortinas, comparaba el oficial la belleza suave, perfecta, al mismo tiempo que espléndida y brillante, de su amada, con la artificiosa y amanerada de las demás. Miraba con alegría y placer aquel dulce rostro, al mismo tiempo que el corazón le latía de noble orgullo al pensar que á él nada más pertenecía aquél tesoro. ¡Cuánto la amaba!

Oíanse risas, palabras, exclamaciones y ademanes de agrado ó sorpresa, que partían de los distintos grupos que se habían formado en el salón. Lucía, que hablaba y reía, como de costumbre,

abandonó el grupo en que estaba y se dirigió al balcón en que se hallaba el conde.

—¿Qué hacéis aquí, amigo Wolff, preguntó. Hace rato que os ví salir y no comprendo vuestro retraimiento. Ved que tenéis sola á Adelfa.

—Me vine aquí para pensar en ella libremente y mirarla más á mi gusto, para mejor admirarla. ¿Qué quereis? A veces se goza así: contemplando de léjos lo que más nos atrae. Mirad, marquesa: ved que bella está, parece una reina.

—Sí—repuso Lucía—es una hermosísima mujer, pero su parte moral es aun más hermosa y perfecta.

—Cierto... Pero, decidme, vos que sois su amiga íntima, casi su hermana: ¿me ama ella tanto como yo la quiero?

—Puedo responderos sin temor de equivocarme: os ama más aun de lo que vos la amáis.

—¡Eso es imposible!

—Así es, conde. Creedme. Adelfa tiene un corazón amante, creado para albergar toda clase de amores: yo la conozco como á mí misma; entre nosotras no hay secretos. Antes, á menudo, me hablaba de su soledad moral, de su madre, á quien no conoció, y me agradecía el afecto que yo le manifestaba: solía lamentarse de la frialdad que encontraba en el mundo, que la rodeaba, y desde hace algún tiempo me dice que es feliz, porque tiene á quien amar y hay alguien que la ama como yo..... Al decir eso, se refiere á vos, Hugo, á vos que habéis entrado á formar parte de ella misma.... ¡Si supierais cuántas cosas necesita esa alma delicada! ¡cuántas atenciones y cuidados! ¡qué fuerza de cariño para corresponder al suyo! ¡Oh! si no fuerais vos su elegido, cuánto temblaría yo por su felicidad! El amor en esa mujer es la muerte ó la vida.... Vos, conde, sabréis hacerla dichosa: ¿no es cierto?

—Es la amiga fiel, la hermana cariñosa la que me habla; á ella respondo, pues. Sí, marquesa, sabré quererla como se merece, la haré feliz porque la amo, porque comprendo que sería imposible para mí la vida sin ella. Estoy dispuesto á todo, á todo! Hasta mi honor sacrificaría por su felicidad, si á ese precio solamente hubiera de alcanzarse, os lo juro: ¿estáis satisfecha?

—Sí, lo estoy: dadme vuestra mano; aliados para siempre. Ahora, hablemos. Yo temo por mi pobre amiga; no sé que temo, pero me parece que ha de sufrir mucho.... Me diréis, que en qué razones me fundo para pensar así, y no sé..... Negras nubes me parecen que obscurecen el azul del cielo de su dicha, que es su amor... Mas hago mal en entristeceros, hablanbo así...... Tal vez no suceda nada, pero os lo repito, me parece que algún mal se aproxima; ya estáis avisado...... Y ahora, volvamos al salón.

El oficial ofreció su brazo á la marquesa y entraron en el salón. Miéntras hablaban había llegado mayor número de amigos, por lo que Adelfa había tenido que abandonar su puesto para cumplir con sus deberes sociales; el salón estaba ya completamente lleno. El conde la buscó ansiosamente con la vista, no tardando en divisarla hablando con un señor de edad respetable, que no era otro que el embajador español. Se acercaron á ellos: la joven, al ver Hugo, sonrió dulcemente, fijando sus negros ojos llenos de pasión en los azules de él.

—Vengo á deciros un secreto y á pediros un favor —dijo el conde.

—Escucho el primero y otorgo el segundo. ¿De qué se trata?

—En primer término permitid que os diga que estáis esta noche más bella que de costumbre, lo

que parecería mentira, y en segundo, ¿queréis cantar un dúo conmigo? ¿Estáis en voz?

—Probaremos—dijo Lucía, sentándose en la banqueta del piano, y preludiando el duo final de *Hernani*.

A la conversación sucedió el silencio, pues á todos gustaba escucharlos. La fina y melodiosa voz de soprano, de Adelfa, armonizaba perfectamente con la potente y bien timbrada del conde. La música de Verdi, interpretada por ellos, adquiría una belleza y un colorido, una pasión y una tristeza tal, que jamás su autor pudo soñar encontrar quienes tan bien supiesen interpretar su inspiración.

El barón Ismael Davit, que había sentido en su corazón todas las rábias sordas del hombre que ama y no se ve correspondido, salió del salón cuando aun no había terminado el canto, en busca, sin duda, de soledad. Creyéndose estar libre del mundo entero, se dirigió á un pequeño gabinete que se encontraba al final de la galería izquierda. Estaba la pieza á media luz, entró y cuando se ocupaba en encender un tabaco, sintió que unos pasos se acercaban, la cortina se alzó y se encontró faz á faz con el señor Landebeg.

—¿Qué hacéis aquí? preguntóle éste.

—Descansar.

—¿Estáis malo?

—Por el contrario, me encuentro muy bien.

—¿Por qué no me habéis hablado en el salón?

—No quería molestaros. Estabais tan atento escuchando el canto de vuestra sobrina!

—Oh! y qué bien lo ha hecho!—exclamó Federico, que encontraba bueno todo lo que hacía su sobrina.—Su voz aumenta cada día en extensión y gana en melodía, lo que parece imposible, y además, estaba tan bien acompañada con la voz

del conde, que la tiene tan espléndida de barítono!

No hacía falta más para sacar al viejo judío de sus casillas: fué aquello, por decirlo así, la gota de agua que derramó el vaso: de pálido que estaba se puso lívido: sus cajas se fruncieron, sus ojos relampaguearon de ira....

—Sí, muy buena! muy espléndida—exclamó con una ironía tal que Landebeg se quedó asombrado.

—¿Acaso no es cierto lo que digo?—preguntó mirando á su amigo con fijeza.

—No lo he negado tan siquiera: solamente me extraña que vos, siendo un hombre de edad, permitáis que vuestra sobrina cante duos con ese.... oficialillo.

—¿Pues qué mal hay en ello?

—¿Qué mal?.... ¡ah! ¿así respondéis? pues entonces callaré......

—No, hablad, hablad, os lo ruego... Yo no veo nada de particular en que cante con el conde, como lo ha hecho muchas veces con otros jóvenes, si la voz del conde armoniza con la suya....

—¿Pues qué? no adivináis que Wolff está enamorado de la señorita Landebeg?

—¿Wolff? ¿Enamorado Wolff de Adelfa? Nada había sospechado.

—Pues no sé dónde tenéis los ojos; si eso lo sabe todo el mundo!....

—Podrá ser y nada me extraña; acaso no son jóvenes los dos?

—Cómo! así lo tomáis? seríais capaz de dejarlos casar?

—Pues ¡ya lo creo! Lejos de oponerme, me alegraría mucho: es uno de los amigos que más aprecio, y no me desagrada ni para casarlo con mi sobrina.

Una ola de sangre subió al rostro del judío.

—¿Eso decís?

—Lo digo y lo sostengo. Su buen nombre y brillante hoja de servicios lo garantiza—repuso el señor Landebeg.

—¿Pero ignoráis acaso que es pobre?

—Eso lo enaltece. Su padre ha podido enriquecerse cuando estaba en la corte y no lo ha hecho, lo que prueba que fué un buen ciudadano, cosa rara en verdad. Hugo, por su parte, rehusa admitir distinción alguna.

—¿Y le entregaréis vuestra fortuna á ese... tonto de oficial?—preguntó Ismael Davit, que no cabía en sí de indignación.

—Nunca había pensado en ello, pero ahora que me lo decís no me parece que me costaría gran trabajo.

Siguieron algunos momentos de silencio, que el Rey del Hierro rompió para preguntar con un tono enigmático, pero que pasó inadvertido para Landebeg.

—¿Marcha bien vuestro último negocio?

—Ciertamente—repuso con alegría el banquero. Eso será un golpe maestro: los que dudaban ya creen en el asunto con fé ciega, y serán los primeros, en precipitarse á comprar acciones...

—A propósito, ya que habláis de comprar.... ¿sabéis que Ham, el corredor de la casa Salisbury tiene en su poder cien mil pesos en acciones de esas, que por causa de una deuda de honor contraida por su yerno, cede á cualquier precio? El pobre está desesperado: ayer me dió lástima y le dije que hablaría con vos para ver si las queríais: si no, me quedaré yo con ellas.

Fué un golpe magistral aquel, como todos los que daba el viejo judío: sus palabras pronunciadas con indiferencia, produjeron gran codicia en el señor de Landebeg, què repuso con prontitud.

—Cien mil pesos en acciones! me quedo con ellas, decidle que me las traiga. Es un buen negocio de cualquier modo. Os doy las gracias, Davit.

Este sonrió y guardó silencio en tanto que Landebeg pensaba que del modo que marchaban sus negocios, á la llegada del otoño sería dos veces más rico de lo que era, sin encontrar extraño que el Rey del Hierro le cediese tan generosamente una ganancia tan considerable como segura....

Entre tanto, allá, en el salón, sus huéspedes se divertían á más y mejor sin sospechar que estaban sobre un volcán, que muy pronto había de producir muy temibles efectos.



XIII

DE ROMERÍA.

¡Por aquí, por aquí!—gritó Adelfa, dirigiéndose á los huéspedes de *Villa-Alegre*, que la seguían á caballo y en coche.

La mañana estaba espléndida: el sol aparecía entre rosadas nubes: el cielo estaba azúl y puro; la brisa suave y ligera movía las verdes hojas de las frondosas ramas de los árboles, y la yerba, fresca y lozana, servía de alfombra á la brillante cabalgata.

Dirigíanse todos en alegre romería á visitar las ruinas del castillo de Argemunde, paseo que hacía días se había proyectado.......

A la voz de Adelfa, indicando el camino que se debía seguir, pues era ella la que servía de guía por conocer aquellos terrenos que tantas veces había recorrido desde que se encontraba en Alemania, lanzáronse todos por estrecha y torcida cuesta, ansiosos de llegar al lugar en que la joven, montada en blanco caballo, aparecía al lado del conde Hugo, que le servía de caballero; solamente Berta Mancer, siempre amiga de llamar la atención, opuso resistencia, alegando el riesgo que corría su vida si se aventuraba á subir la cuesta... Estos melindres ponían fuera de sí á Lucía, que se encontraba dispuesta á sobrellevar sonriente y satisfecha, todos los contratiempos de una romería.

—Hubiera hecho mejor quedándose en casa!—exclamó, dirigiéndose á la señora Reed, que iba á su lado—me parece que nadie le rogó que nos acompañase.... Qué diferencia con vuestra hija María, que por no gustarle los ejercicios violentos no ha venido....

—Cierto—repuso la generala—y me parece que así debe hacer todo el mundo: no venir molestando á los demás.

Cansada de ver el poco efecto que causaba, Berta se decidió por fin á subir como todas las demás, y también para colocarse al lado de Dent, que se le había adelantado un poco y que era el que había reemplazado á Hugo en sus atenciones y en sus miras matrimoniales.

A la cabeza de la cabalgata Adelfa y el oficial de marina hablaban del paisaje y de sí mismos.... Incuestionablemente, para ellos era aquel un hermoso día.

Stemoy que iba al lado de Hada Reed y del que todos reían por lo inspirado que estaba con los blondos rizos de la joven, para sustraerse de la burla que se le hacía, exclamó:

—Me parece que el conde Wolff está más adelantado que yo, y que pronto tendré que anunciar su matrimonio que se efectuará antes que el mío: ¿no es cierto, Hugo?

—Creo que estáis en lo cierto, querido, sólo faltan para realizarlo algunas pequeñeces.

—Ya tengo cortada la pluma—repuso el galano cronista.—Y á propósito—agregó pensativo ¿quién hará la narración de mi boda?....

—Yo, no os apenéis—respondió el conde.

Serían las nueve de la mañana cuando llegaron á la esplanada que daba paso al castillo que otro tiempo se elevara orgulloso y altivo, hoy destruido

por las injurias de los años, que nada respetan. Adelfa hizo alto, y dando la mano á Hugo, que ya se había desmontado, echó pié á tierra con esa soltura y ligereza que es lo que constituye la elegancia en la equitación. Imitáronla todos, y ya en terreno firme, la alegría y el contento fueron general.

—¡Qué bello es esto!— exclamó la de Iven con su acostumbrado atolondramiento — parece una decoración de ópera....

—Es algo más que eso, marquesa— repuso Hugo— es el tiempo antiguo en toda su hermosa y soberbia grandeza. ¡Qué pequeño es el hombre al lado de estas cosas que asombran su cerebro y atraen sus miradas!

—¿No es cierto que es hermoso?— preguntó Adelfa.— Por creerlo así es por lo que os he traido á estas ruinas.... No queda en pié más que la parte izquierda; lo demás está reducido á montones de piedras. Vamos á visitarlo todo para que os forméis una idea de la arquitectura de nuestros antepasados.

—¿No teméis perderos?— preguntó Hada Reed —yo no me atrevería á internarme en esas profundidades si vos no estuvierais segura de las salidas.

—No hay cuidado, queridas: figuraos que ha habido temporadas en que he venido todas las tardes á ver desde estas alturas las puestas del sol; me he perdido cien veces y otras tantas he encontrado las salidas.... Una vez, ¡ah! nunca lo olvidaré!, que más curiosa que otras me aventuré á penetrar en los sótanos, prisión de los rebeldes, en otros tiempos, olvidando la hora que era, seguí andando, andando hacia delante, mirándolo, admirándolo todo, sumida en los recuerdos del pasado, cerró la noche, sin permitirme volver sobre mis pasos....

—¿Y qué hicisteis?— preguntaron todos.

—Pues lo único que podía hacer—repuso Adelfa—resignarme á esperar el nuevo día.

—¿En los sótanos?

—¿Y donde si nó?

—Ah! qué horror! exclamó Hada—¿Cómo no moristeis de miedo?

—Ya véis que estoy viva todavía. No os negaré que pasé la noche más larga de mi vida, y que mil veces, durante ella, creí morir. El menor ruido que escuchaba llegaba hasta mí con lúgubre eco.... el mismo silencio me asustaba: los más horrorosos pensamientos poblaban mi mente: fantasmas aterradores pasaban por delante de mis ojos, cerrados, y que no habría, temerosa de ver algo inexplicable y horrible. Yo estaba desesperada de morir allí, tan sola, tan lejos de los míos, y sin embargo, era forzoso resignarme. ¡Cuánto renegaba de mi imprudente curiosidad! El silbido de las lechuzas me helaba de pavor.... Era la media noche y yo no había tenido valor para moverme cuando un rayo de luna penetró en la pieza en que me encontraba. Cuando se está asustado, cualquier cosa que sucede no hace más que aumentar nuestro susto. Un temblor nervioso recorrió mi cuerpo: me levanté y me dirigí hacia allí para ver si aquello era una salida.... ¡Horror! nunca lo olvidaré: lo que se presentó á mis ojos fué una gran cruz de hierro sobre la que se habían posado gran número de buhos y lechuzas. Lancé un grito de espanto y quise huir; pero mi voz asustó á los siniestros pájaros que emprendieron el vuelo, lanzando sus más feos graznidos.... Entonces, ya rendida, moral y físicamente, perdí el sentido y caí desmayada....

—¿Cuándo recuperasteis el sentido?—preguntó

Hugo, que había escuchado ansiosamente el relato.

—Era todavía de noche: la luna alumbraba, y tuve que aguardar mucho tiempo para que el sol saliera, y con el sol, ver la puerta para salir. Las nueve del siguiente día serían cuando llegué á *Villa Alegre*.... Mi tío y los criados lloraban mi muerte, que consideraban segura.

—¡Cuál no sería vuestra alegría!—exclamó Hada—al veros nuevamente en vuestra casa.

—Cierto que fué grande—repuso Adelfa—pero mi curiosidad me costó una enfermedad: ¿te acuerdas, Lucía?

—Sí: más de cuarenta días pasastes desvelada: delirando, con una fiebre cerebral, perturbaciones y qué sé yo cuántas complicaciones.

—Y tú, querida amiga, pasastes largas noches á la cabecera de mi cama, cuidándome.

—¿Tiene alguna leyenda este castillo? preguntó Stemoy.

—Sí.

—¿La conocéis?—preguntó el conde.

—Sí, la conozco.

—¿Queréis referírnosla?—preguntaron todos?

—No tengo inconveniente—repuso la joven—tanto más cuanto que creo que con ello os agradaré: solamente—agregó—que me parece mejor que almorcemos antes: hace mucho tiempo que estamos levantados y hemos andado más de seis leguas, lo que nos tendrá á todos debilitados.

—Sois encantadora!—exclamó Stemoy por toda respuesta.

Tomás y otro criado extendieron sobre la hierba, los blancos manteles colocando después toda clase de fiambres y frutas, llevados allí en grandes cestas por orden de Adelfa, que sabía que nada se hace bien en el mundo cuando el estómago no

está satisfecho. Esta era la teoría del señor Landebeg.

El día era uno de los más bellos del verano: la naturaleza vestía sus mejores galas, como para agradar á los alegres romeristas, que á la sazón se entretenían haciendo por la vida, bajo un cielo azul cruzado por algunas blancas nubecillas.



XIV

LA LEYENDA DEL CASTILLO DE ANGERMUNDE

RESTAURADAS las perdidas fuerzas por una opípara merienda, en la que había concurrido por igual los buenos vinos y las ocurrentes bromas, levantáronse los manteles y todos se dispusieron á escuchar la leyenda que Adelfa había prometido referirles.

—En estas ruinas en que nos encontramos reunidos hoy—empezó á decir la joven—se elevaba hace seis siglos un magnífico castillo en el que habitaba el orgulloso conde Godofredo, señor de horca y cuchillo, como decimos en España: era el caballero feudal de estos contornos, y sus vecinos, á pesar de ser de su mismo poderío, le temían y no querían luchar con él, por estar seguros de perder, pues el conde era un hombre de malos sentimientos, de esos que no retroceden ante nada, con tal de lograr el fin que se proponen.... Solamente el conde Alberto, vecino suyo, señor feudal también, no le temía, pues siendo de iguales sentimientos y de mayor poder, le armaba la guerra por cualquier motivo en que ambos disentían. Sus jóvenes vasallos tenían que estar siempre sobre las armas, dispuestos á abandonar familia, hogar y hacienda....

El conde Godofredo era viudo y tenía una hija bellísima, llamada Adelaida, á quien amaba con tan

ciega pasión, que por complacer el menor de sus caprichos hubiera sacrificado á todos sus vasallos. Pero como sucede á menudo Adelaida era diferente á su padre: todo lo malo y cruel que él era, ella era dulce, tierna y caritativa. Mientras el conde se complacía en encarcelar á todo el que delinquía en la más pequeña cosa, su heredera se encargaba de hacer su cautiverio menos duro, llevándole alimentos y proporcionándole medios para escribir á sus familiares, encargándose ella de llevar y traer las cartas que entre sí se cruzaban.

Así, pues, Adelaida era tan amada en el país como odiado su padre, ansiando todo el pueblo que llegase el día en que sucediese en el mando al conde Godofredo.

El padre y la hija se diferenciaban tanto en sus físicos como en sus caracteres. Uno era alto, grueso, con el rostro ennegrecido por el sol: las facciones duras y los ojos de mirar más terrible que el rayo; era el emblema de la maldad, llevada á los límites de la crueldad. La hija era pequeña, delicada, blanca como un lirio, con los ojos azules como myosotis y los cabellos tan rubios, que parecían condensar los dorados rayos del sol de mayo: era un ángel con figura humana; tan bueno como generoso.

El conde Alberto había perdido también á su esposa, de la que le había quedado un hijo.... Era éste un joven noble y valiente, formado para la guerra: alto, fornido, de rostro trigueño, ojos negros y brillante cabellera negra también, como una noche de tempestad, y, cuando montado en su blanco corcel, iba al galope tendido por las encrespadas montañas, todos creían ver en él al dios Marte.... Todo lo cruel que era su padre, éralo Otón de noble y generoso: en las luchas era terrible: pero cuando la calma sobrevenía, era el prime-

ro en acudir en socorro de los mismos que su acero había herido.

Sucedió por aquel tiempo que los dos condes entraron en disensiones sobre unos terrenos que cada cual alegaba ser de su pertenencia: cada vez que aquellos vecinos hablaban era para declararse la guerra, como sucedió en aquel caso....

El conde Godofredo, después de asegurar la vida y el honor de su hija, situando en su castillo un numeroso cuerpo de guardias, dispuestos todos á verter su sangre por la heredera, partió con sus soldados al encuentro de su enemigo, que esta vez venía mandado por Otón, que sustituía al conde Alberto, que ya enfermo y viejo, se había retirado de la lucha, dejándole su lugar á su animoso hijo.

La guerra empezó, pues. Los combates se sucedían unos á los otros, siendo la victoria contraria al conde Godofredo, que en vano pretendía luchar contra el joven Otón, que osado y decidido, iba ganando terreno......

Todos los días tenía el anciano conde que lamentar, junto con la muerte de gran número de los suyos, la pérdida de algunas de sus posesiones.

Otón, mientras tanto, seguía adelantando con tal suerte, que llegó al castillo de Argemunde, donde había quedado Adelaida: después de algunas escaramuzas con sus guardianes, el joven logró penetrar en la fortaleza, donde se encontró con la blonda moradora, que lloraba con desesperación en su oratorio.

El joven conquistador quedose mudo de sorpresa; nunca había soñado una belleza igual á la que tenía delante. Adelaida que había interpretado su silencio de otra manera, se adelantó á su encuentro, y dejándose caer de rodillas á sus piés, exclamó uniendo las manos:

—¡Señor, tened piedad de mí! ¡Respetad mi soledad!

—No temáis, señora,—repuso el guerrero:—nada he de haceros que sea indigno de un caballero: sois mujer, y eso me basta para respetaros. Levantaos.

—¡Gracias, señor!—exclamó ella—¡gracias! Decidme vuestro nombre para bendeciros.

—Otón—repuso él, fijando en la joven su mirada apasionada y dulce;—¿y vos?

—Adelaida, la hija del conde Godofredo.

—Nuestros padres son enemigos—dijo el joven después de meditar algunos momentos:—¿nosotros lo seremos igualmente?

—No—repuso Adelaida con prontitud:—vos sois un ser noble y generoso y yo os estimaré siempre.

—¿Eso es cierto? ¿No me engañáis?

—No os engaño—exclamó ella;—y en prueba de la verdad de mis palabras, guardad en memoria mía este anillo, que era de mi madre.

Tomó el joven la prenda que le presentaba, y después de depositar un beso en ella, se la colocó en su dedo.

—La guardaré mientras viva—dijo, y agregó quitándose del cuello una cadena de oro, de la que pendía un rico medallón, también de oro, con las armas de su familia:—Dignaos, señora, aceptar este relicario en prueba de mi lealtad: enseñándoselo á mis soldados, nada tendréis que temer de ellos.

Dióle Adelaida las gracias y se separaron, no sin antes prometer verse al día siguiente á una hora determinada.

Durante dos meses las entrevistas se sucedieron sin interrupción, hasta que terriblemente mermado el ejército del conde Godofredo, tuvo este que pedir una tregua á su enemigo. El conde Alberto sabedor de la pasión de su hijo, respondió pidiendo

una entrevista para tratar de un asunto que á todos interesaba.

Reuniéronse en asamblea todos los nobles de las cercanías, ansiosos de conocer el asunto que allí los había llamado.

El conde Alberto se levantó del sitial que ocupaba y dijo, dirigiéndose á los que estaban presentes:

—Caballeros: veinte generaciones hace que nuestras familias están en contínua guerra; veinte generaciones que nuestros soldados perecen por nosotros víctimas de un odio á que son ajenos; el rencor que nuestros antepasados despertaban en sus hijos, transfiriéndose así sentimiento tan ruín hasta nosotros, debe ya cesar, terminando de una vez y para siempre: ¿no lo creéis vosotros?

Uno á uno fueron respondiendo todos afirmativamente: hasta el mismo Godofredo inclinó la cabeza en señal de asentimiento. El conde Alberto continuó diciendo:

—Al desear que cese esa lucha encarnizada y bárbara no me refiero á una paz que sólo sea efectiva en unas actas con nuestras firmas, no, sino que nuestras familias, separadas por el odio, se unan por amor en sus últimos herederos: ambas ramas deben enlazarse y formar una sóla de aquí en adelante....

La asamblea acogió con un murmullo de agrado estas palabras: únicamente el conde Godofredo frunció las cejas en señal de disgusto.

—Señores,—continuó el conde Alberto—yo, el más fuerte de los dos, el vencedor, soy el que propongo la paz: sed vosotros testigos. Vecino y amigo, ¿queréis hacerme el honor de darme á vuestra hija Adelaida para esposa de mi hijo Otón?

Un solemne silencio siguió á estas palabras. El conde Godofredo lo cortó por fin para responder:

—Por mi parte, no tengo inconveniente; solamente temo que el paso que damos resulte inútil, pues nuestros hijos no se avendrán á realizar plan tan contrario al sentimiento en que han sido educados.....

—Mi hijo lo desea.

—¿Y si mi hija rehusa?....

A una señal del conde Alberto, Adelaida, que estaba presente como heredera del condado, se adelantó hasta llegar á su padre, y dijo:

—Señor: yo no me niego á ser la esposa de Otón, pues hace tiempo es todo suyo mi corazón.

El conde Godofredo se quedó más blanco que la nieve; aquellas palabras habían sido para él más crueles que una puñalada.

—Entonces—repuso con aparente calma, aunque en realidad le costaba el mantenerse comedido gran trabajo—que se anuncie la boda.

La alegría de los herederos fué grande y también la de los soldados, que veían de esa suerte terminarse un largo período de guerra.

Mientras llegaba el tiempo fijado para la boda por el conde Godofredo, Otón venía todas las noches á este castillo á ver á su amada, que lo esperaba en aquella ventana que allí véis, hasta que una vez que se encontraban los amantes hablando de su amor, apareció el rostro severo y cruel del conde Godofredo.

Mudos se quedaron los sorprendidos jóvenes, hasta que Otón, sobreponiéndose á su turbación,—pues no comprendía aquella sorpresa cuando era el mismo conde el que había señalado el tiempo y lugar de las entrevistas—saludó al anciano con el respeto debido á su edad; pero éste, sonriendo sarcásticamente, le repuso con voz estridente:

—Ah! miserable y maldito ser! Tu padre y tú

queríais obligarme á ceder ante vuestro poder.... pero yo puedo más que vosotros!.... Adelaida gemirá hasta la muerte en una de mis prisiones, y tú morirás ahora bajo mi acero vengador....

Al decir esto, brilló á la luz de la luna la hoja de un puñal que se sepultó en el corazón de Otón.. El noble caballero cayó sin decir una palabra.

Adelaida, que permaneció muda, se precipitó sobre él, llamándolo con los más dulces nombres; pero en vano: Otón había muerto.

Al comprenderlo, dejó escapar un grito desgarrador y quitó el puñal de aquel corazón que momentos antes latía lleno de vida y de amor, aplicando sobre la herida que sangraba, sus labios, con un ademán desesperado, de demente....

—Vamos, hija,—dijo el conde Godofredo—es inútil lo que hacéis: está bien muerto: lo he matado yo!

Llamó á su escudero, que levantó en sus brazos el inanimado cuerpo de Adelaida, y en el momento en que se ponía en marcha la triste comitiva, resonó en el silencio de la noche una carcajada que repitió el eco....

....

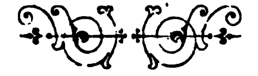
Grande fué el asombro y mayor la indignación que este hecho causó en el pueblo. Buscóse al conde Godofredo por todas partes sin encontrarle en ninguna: tal parecía que la tierra se lo había tragado.

El conde Alberto, con sus soldados, registró este castillo en todas direcciones sin encontrar en ninguna parte á Adelaida.... Solamente años después unos aldeanos por casualidad encontraron en los sótanos una mómia que tenía al rededor del cuello una cadena de oro de la que pendía un medallón con las armas de la casa del conde Alberto.

Por las indagaciones que se hicieron y por las declaraciones del escudero del conde Godofredo, que aun vivía, se supo que era la de Adelaida, que había muerto de hambre, condenada por su padre, por el amor que la había unido al noble Otón.

Cuando se puso todo en claro, se abrió una sepultura á la salida de la cueva y en ella se la enterró con su amante: pusieron sobre ella una cruz de hierro con sus nombres, Adelaida y Otón, perpetuando así la memoria de hecho tan cruel.

Cuentan los aldeanos que en cierto día del año se escuchan en estas ruinas voces, suspiros, lamentos y risas, de eco siniestro, y se ven cosas horribles, que no se pueden repetir ni tampoco olvidar!....



XV

IMPRESIONES

ESTA es la leyenda del castillo de Argemunde—dijo Adelfa, momentos después de haber terminado la narración, á la que había seguido el más absoluto silencio.—Como véis, es una historia triste, de un pasado sombrío....

—Es en verdad un hecho que horroriza—repuso el conde, que había escuchado la narración de Adelfa con más atención que nadie.—Afortunadamente, los tiempos han cambiado....

—Suceden cosas parecidas, sin embargo—interrumpió Lucía:—es natural en nuestros días que los padres casen á sus hijas por el dinero sacrificando los sentimientos de éstas.

—Es cierto; pero convendréis conmigo en que las hijas no se hacen de rogar mucho, si se les ofrece, á cambio de su amor, grandes trenes y magníficas joyas....

—Sois excéptico, conde.

—Un poco, marquesa, desde que ví á una prima mía dejar al hombre que amaba, que era uno de mis compañeros de la escuela naval, para casarse con su tutor, que era inmensamente rico: sacrificando, pues, ante los millones del viejo, la felicidad del pobre muchacho.. Pero—agregó Hugo viendo un gesto de disgusto en Adelfa—no quiere esto decir que yo

niegue en absoluto el sacrificio de las mujeres, su constancia en él amor, la firmeza de sus sentimientos, nó; solamente hago notar que es cosa rara.... La hisotria que habéis tenido la bondad de referirnos me ha encantado y al mismo tiempo conmovido. Y decidme, vos que habéis visitado estas ruinas con frecuencia, ¿conocéis el lugar en que pereció Adelaida? Desearía conocerlo.

—Nada más fácil, pues me es muy familiar, tanto más cuanto que fué en él donde pasé la noche terrible de que os he hablado—respondió la joven. Vamos á verlo.

Levantáronse todos y se pusieron en marcha guiados por la joven española, que era la encargada de enseñar el castillo á aquella sociedad compuesta de alemanes que desconocían los recuerdos históricos de su país....

Adelfa, Hugo, Lucía y Orfok iban delante, formando grupo aparte de la señora de Reed, su hija Hada y Stemoy; Berta, Mancer y Dent y varios oficiales los seguían conversando entre sí. Esta división sucede en todos los lugares en que se reunen varias personas, que cada cual se une á aquellos que más les agradan.

Visitaron primero las partes altas del edificio, que era una obra maestra de arquitectura, lo que pasaba inadvertido para la mayor parte de ellos, que no encontraban belleza más que en un bien adornado salón. Cuando todo fué visitado, Adelfa dijo en alta voz:

—Ahora vamos á los sótanos: advierto que es un lugar obscuro, de penoso descenso: el que tema, pues, que no se aventure, y el que quiera, que me siga....

—Yo voy con vos al fin del mundo—repuso el conde—considerándome dichoso de ir con tan bue-

na compañía. Pero habéis dicho que es de penoso descenso: apoyaos en mi brazo para no caer; yo os serviré de sostén, hoy en esta situación y quiera Dios que toda la vida sea igual.

Estas palabras, tan sencillas, llenaron el corazón de Adelfa de pura alegría, y llena de confianza, aceptó el apoyo que tan generosamente le ofrecía el oficial de marina, no solamente para aquel día, sino para la vida entera. Orfok hizo lo propio con la marquesa y los cuatro se internaron en las sombrías cuevas de triste memoria. Stemoy, que iba con Hada Reed y Berta con Dent, y los otros romeristas los siguieron, no sin algún temor á aquellas tinieblas que parecía iban á sepultarlos.

—Oh!—exclamó el cronista—nunca había soñado que existieran cosas parecidas en Alemania: yo creía que ruinas como estas sólo se encontraban en Roma, Grecia ó Egipto.. ¡Qué dirían mis habituales lectores si yo dedicase una de mis próximas crónicas á referir estas cosas!

—Deberíais hacerlo—repúsole Hada—con eso, á más de tratar de un asunto nuevo, les haríais pensar en lo mucho que nos divertimos los huéspedes de Villa Alegre....

Respondió algo Stemoy que debió ser del agrado de la señorita Reed, porque en las sombrías cuevas resonó una alegre carcajada que el eco repitió como extrañado sin duda de que alguien se permitiese estar alegre en lo que había sido la morada del dolor y sólo se habían escuchado desgarradores sollozos.

—¿Dónde nos encontramos?—preguntó Berta Mancer á Dent.—Tengo miedo de perderme y morir aquí....

—Pues yo me alegraría de ello, señorita—repuso el sobrino del cajero—porque así tendría el gusto de morir á vuestro lado.

—¿No sería mejor vivir?—preguntó la joven por toda respuesta.

La conversación se hizo general: daba cada cual su parecer sobre lo que veía: todos compadecían á los prisioneros, y renegaban de la memoria del conde Godofredo, cuando Adelfa, que iba siempre delante, se volvió, diciendo:

—Atención! hemos llegado al lugar en que encerraron á Adelaida: como podréis comprobar, es el más húmedo y sombrío del sótano.

Detuviéronse los romeristas, admirados de la refinada crueldad del padre que tal cosa había hecho.

—¿Aquí pasásteis la noche aquella?—preguntó Hugo extremeciéndose al comprender cuáles serían las congojas de Adelfa.

—Sí; aquí fué—repuso ella.

—Pero ¿sabíais entonces la leyenda?

—Era precisamente lo que causaba mi terror: parecíame escuchar los lamentos de Adelaida, y me parecía también sentirla á mi lado, espirando..

Callose la joven extremecida con aquel recuerdo. Pasados algunos momentos, agregó sonriendo:

—Vamos: venid todos á ver la sepultura de Otón y Adelaida.

Dió algunos pasos y se detuvo abriendo una puerta de hierro.

Mirad la cruz de que os hablé. Aquí reposan los dos amantes.

Sobre los alegres romeristas pasó como una nube de tristeza: los caballeros se descubrieron al recuerdo de aquellos desgraciados seres, y la misma Berta Mancer, con ser tan frívola como era y no vivir más que para el mundo y sus diversiones, se quedó mirando la histórica tumba con atención.

—Vamos, salgamos de aquí—exclamó Lucía

pasándose una mano por los ojos, después de un largo rato de silencio—estos lugares dan ganas de llorar.

—Sí, vamonos—repuso Hugo.

—Ahora voy á enseñaros la puerta de salida que encontré al día siguiente.

—Salida que yo bendigo.

—Y que usaremos ahora para volver á la esplanada, en que nos aguarda Tomás.

Un momento después se encontraban todos al aire libre, medio ciegos por la vivísima luz del sol. Montaron nuevamente á caballo y se pusieron en camino hacia Spandan: después de una hora de penosa marcha, el camino era fácil y llano, por lo que las amazonas y ginetes pusieron los caballos al paso para gozar de una de las vistas más hermosas del mundo.

—La historia que habéis contado ha causado en mí grande emoción—dijo Hugo á Adelfa, que iba á su lado. He llegado á sentir celos de ese Otón, que fué tan amado por Adelaida.... ¿ Seríais vos capaz de hacer el sacrificio de vuestra vida por mi amor?

—Sí—repuso ella con sus grandes ojos negros, fijos en el rostro del oficial de marina, que se inclinaba á su lado para mejor verla:—sí: daría mi vida por el amor que os profeso....

—¿De manera que nada tengo que temer? ¿seréis mía ó de la muerte?

—¡Vuestra ó de Dios!—rectificó la joven con un acento tal de verdad, que convenció á Hugo, que agregó verdaderamente emocionado:

—Perdonadme, Adelfa mía, perdonadme; no es mía la culpa: vuestra amiga Lucía se muestra tan temerosa, que me asusta. Yo no he dudado nunca de vuestro amor....

—Ni dudaréis jamás! Si algo se interpone entre nosotros, si la suerte nos quiere separar, recibiréis una prueba de mi amor, tan grande, que os convenceréis de mi sinceridad. Empéñese quien se empeñe y suceda lo que suceda, os juro que reconoceréis siempre mi amor en todas mis accciones—repuso la joven con acento solemne.

Casi había cerrado la noche cuando llegaron á *Villa Alegre*, donde esperaban el señor Landebeg y el barón Ismael Davit con los huéspedes que no habían ido de romería.

La comida se sirvió, y durante ella refirió cada cual lo que más le había sorprendido ó agradado en el paseo. La velada se pasó sin accidente alguno digno de ser notado. A causa de la fatiga producida por la larga jornada se disolvió la tertulia temprano.

Adelfa, después de despedirse de todos, se asomó á una de las ventanas de la galería. Era feliz, completamente feliz. Ni la más ligera sombra cubría el sol de su dicha, que parecía iba á iluminar su vida entera. Mas ¡ay! que aquella dicha debía terminar pronto y para no volver á sonreir nunca!

Largo rato hacía que se encontraba allí á solas con sus ensueños de ventura, cuando ligero ruido de pasos que se acercaban la hizo volver la cabeza.

Era la marquesa de Iven, que se aproximaba.

—Te buscaba, querida—díjole.—Tengo algo que decirte.

—¿Qué es ello?

—¿No te ha parecido extraño que Davit no asistiese hoy á la romería?

—No, en verdad; tenía algunos asuntos urgentes que lo llamaban imperiosamente en Berlín....

—Era un pretexto! Es un hombre de quien hay que desconfiar; yo creo que esos asuntos no los hacía

urgentes más que él mismo, que se relacionan contigo, que piensa hacerte algún mal hiriéndote en Hugo.... Su mirada era terrible esta noche!

—¿Estás loca, Lucía? ¿que le importo al barón y qué le importa Wolff?

—Le importa y mucho.

—¿Cómo?

—¡Ismael Davit te ama!

—¿Me ama?

Sí: mi marido me lo había dicho y yo lo he descubierto en las miradas tiernas que te dirige y en las de odio que fija en el conde. Tengo motivos para dudar.

—Te agradezco tus buenas intenciones y deseos, pero encuentro tu miedo fuera de lugar: no hay para tanto. ¡Qué podrá contra mí el banquero, aunque! me ame, como dices, si yo no le he prometido nada

—Eres una niña, Adelfa, y no sabes lo que es el amor en un hombre como ese.... Hay que temerlo todo de él; es un enemigo poderoso. Ya estás prevenida.

—Dejemos ese enojoso asunto—exclamó Adelfa, rodeando con sus brazos el cuello de la marquesa, con una sonrisa llena de confianza y alegría—y hablemos del conde. ¡Qué simpático es! ¡qué bueno, y cuánto le amo! Su amor es mi vida, y creo que me moriría si me impidiera amarlo—El también me quiere mucho, sí, mucho: lo leo en sus ojos, en sus palabras, en todas sus acciones. ¡Qué hermoso se me presenta todo! Risueña la vida, encantador el porvenir. Oh! Lucía querida, qué feliz es tu amiga!

La marquesa la besó en la frente con ternura maternal, al mismo tiempo que decía suspirando.

—Quiera Dios que ese hombre nada pueda contra tu felicidad.

La luna enviaba sobre la tierra su poética luz: la brisa susurraba entre los árboles; en el reloj del salón sonaron lentamente doce campanadas.

—Vamos, adios, Adelfa; voy á acostarme, estoy cansada—dijo la marquesa.

—Hasta mañana, Lucía; que descanses—repuso la huérfana, y sin saber cómo, sin explicarse el por qué, empezó á cantar en voz baja esta melodía tan de moda en aquel tiempo en Alemania.

Dejadme amarlo en silencio....
dejad que mí corazón lo ame.
Amarlo, aunque esté ausente....
amarlo siempre, siempre
sin volverlo á ver!....



XVI

ALEGRÍAS.

> El corazón de la mujer es un abismo de amor.
>
> *Saint Foix.*

HABÍA olvidado Justina cerrar las cortinas del lecho de Adelfa, como de costumbre, así como la de las ventanas. La consecuencia fué, que cuando el sol se alzó á la mañana siguiente, hermoso y lleno de explendor, sus rayos fueron á herir los cerrados ojos de la joven y la despertaron.

El primer sentimiento de Adelfa fué de alegría y satisfacción, aunque, como sucede á menudo, al pronto no recordó ni el paseo de la víspera ni las amenazas que según Lucía se cernían sobre su cabeza; pero luego, y poco á poco, á medida que las brumas del sueño se desvanecían y se despejaba su cerebro, de esa neblina que de noche lo envelve, la verdad la fué hiriendo, mezclando á su natural alegría un sentimiento de amargura. Ella también en otro tiempo había temido á Ismael Davit, creyendo encontrar en él un poderoso enemigo que había de ocasionarle en el transcurso de su vida grandes males; pero ya todo había pasado, pues nada en el viejo judío indicaba que obrase en la

sombra. Indudablemente Lucía, en su inquieta ternura, veía visiones y soñaba peligros allí donde no los había....

Satisfecha á medias por aquellas respuestas que se daba á sí propia, procuró conciliar nuevamente el sueño, cerrando las cortinas del lecho: inútil empeño; el sueño interrumpido no quiso volver: además, no tenía mucho empeño en dejar de sentir. El sueño es bueno cuando se sufre, cuando las penas invaden el corazón, cuando hay frío en el alma y se está en la estación del invierno, que es la ancianidad del año. Pero en aquella esplendorosa mañana de verano, en que la brisa movía las hojas de los verdes y frondosos árboles y las aves cantaban cruzando en su rápido vuelo el espacio, no era preciso dormir para olvidar, no; era mejor sentir, porque sentir era reir....

Se levantó: se vistió sin llamar á Justina, con un sencillo traje de mañana, dejando para más tarde su tocado elegante, y se lanzó al jardín, solitario á aquella hora de toda mirada curiosa, y en el que las mariposas volaban de flor en flor como mujer mundana y caprichosa.

Adelfa, como en los tiempos de su felíz adolescencia, corría por las amplias avenidas del parque, respirando con placer, felíz de su libertad. El fresco aire matinal movía sus cabellos: á sus piés, la hierba, húmeda aún por el reciente rocío que los rayos del sol no habían podido secar todavía por no haber llegado hasta ella, crugía y se doblaba bajo la pequeña planta que la humillaba. Reinaba una atmósfera de perfumes que llenaba el alma de dulces sensaciones; las rosas, los rojos claveles, las mimosas, las lilas de todos colores que abrían á la vida sus frescas corolas no tenían la belleza y el encanto del rostro de Adelfa, flor también, pero

flor más hermosa, flor perfeccionada, flor animada por un corazón que se abría á la vida del amor, como aquellas otras flores, sus hermanas, se abrían á las caricias de la brisa y á los besos de fuego del astro Rey, que orgulloso de su soberanía absoluta se elevaba en Oriente, llenando de luz y de vida todo lo creado.

Adelfa, contemplando aquel cuadro vívido, aquel cuadro espléndido de la naturaleza en todas sus galas, pensaba en Hugo, que se encontraba allí tan cerca, y tan lejos de sus miradas.

La habitación que se le había destinado daba á la parte Norte ó sea á la derecha de la vivienda, al lado de la que ocupaba Ismael Davit.... ¡Ironías de la suerte! Separados tan solo por una pared los que estaban tan lejos de sentir simpatías uno hacia el otro, tan lejos, como lejos están los dos polos, como lejos están el hambre y la hartura......

Ligero ruido que sintió á su espalda hizo que la joven volviera la cabeza, creyendo que sería algún jardinero que iba á cuidar de los sembrados, y como quería unas flores especiales para su tocador iba á encargárselas. Pero el que había hecho ruido, el que se encontraba tan cerca de ella no era ningún servidor de la quinta. Era el conde Hugo, vestido de uniforme y calzándose el guante de la mano izquierda con esa soltura y elegancia natural en él, que era lo que constituía su distinción... Los azules y los negros ojos se cruzaron, y sus miradas igualmente manifestaron una vivísima alegría.

—¡Ya levantada, Adelfa! cuánto lo celebro—exclamó él, cogiendo entre las suyas las pequeñas manos de la española: ¡Tengo tantas cosas que deciros!

—Muchas?—preguntó sonriéndose—hace acaso un mes que no nos vemos?

—Escasamente ocho horas ¿verdad? pues es ya demasiado cuando se trata de estar separado de vos. Además, no os riáis; tengo algo nuevo que deciros....

—Siempre decís lo mismo.

—Pero hoy con razón. He recibido carta de mi padre.

—¡Qué gusto!

—Sí, y sobre todo os alegrará cuando conozcáis su contenido. Autoriza mi matrimonio con vos: promete abandonar su castillo para venir á pedir vuestra mano al señor Landebeg, y apadrinar la boda.... Ya véis si tenía yo razón al alegrarme tanto de encontraros levantada.. Delante de los indiferentes tendría que contener mi felicidad: solo con vos, puedo reir, reir, porque si nó tendría que llorar.... Yo no sabía que el corazón humano resistía tanta dicha....

Y efectivamente, reía con risa nerviosa, mientras estrujaba entre sus manos uno de sus guantes.

Adelfa, en vez de reir, estaba seria y como contrariada: sus facciones, contraídas y sus miradas, habitualmente plácidas y serenas, estaban sombrías.

Notó Hugo, cuando cesó de hablar, el cambio que sus palabras habían producido en la joven.

—¿Qué os pasa?—exclamó con asombro, fijando en sus ojos una mirada escrutadora.—¿No os alegra lo que os he dicho?

—Si, Hugo....pero....

—¿Qué? Acabad!

—¿Le habéis dicho á vuestro padre que soy huérfana y que mi tio me recogió por *caridad?*...

Pronunció estas palabras fuertemente, como para

hacerle comprender al oficial la importancia que revestía para ella.—¿Le habéis revelado mi situación? ¿le habéis enterado de todo? ¿Sabe qué me llaman Adelfa Landebeg, pero que mi verdadero nombre es Adelfa Cea?

—¿Eso es lo que motiva vuestro pesar? repuso el conde sereno ya y sonriéndose. Reíos sin temor. Se lo he dicho todo, y no sólo consiente, sino que se muestra muy satisfecho de mi elección. Dice que ha tomado sus informes y que éstos le satisfacen: que piensa el mismo colocar en vuestra frente la corona condal que llevaba su esposa, mi madre, á las recepciones de la corte....Leed, si gustáis: veréis qué contento está el pobre viejo.

Tomó Adelfa el papel que Hugo le presentaba, y recorrió con interés su contenido. Cuando terminó la lectura su rostro había recuperado toda su alegría y una sonrisa dulce y llena de felicidad y promesas vagaba por sus labios.

—Perdonad, Hugo, este desfallecimiento—dijo con su suave y melodiosa voz—pero os amo tanto, que me parece mentira que nada se oponga á nuestra felicidad.

Caminaban uno al lado del otro; satisfechos y contentos, hablando del porvenir que se les presentaba tan risueño como encantador, cuando unas carcajadas que resonaban entre la verde arboleda y una fuerte voz que los llamaba desde lejos les hizo comprender que Lucía se acercaba.

—Buenos días, marquesa,—dijo Hugo, adelantándose á su encuentro—en verdad que no necesitáis heraldo, pues vuestra risa os anuncia.

—No me aduléis, conde,—repuso la de Iven—que nada habéis de lograr, si os figuráis que no he de decirle al señor Landebeg que os encontré paseando con su sobrina. Y tú, Adelfa, ¿piensas que

he de guardarte el secreto, haciéndome tu cómplice?

—No os tememos, querida amiga: vuestro aviso llegaría con el anuncio de la llegada de mi padre.

—¿Y eso qué explica?

—Que viene á pedir esta pequeña mano para vuestro humilde servidor, que tiene el honor de saludaros.

—No os creo: me parece mucha casualidad que ..respondió la marquesa mirando ya á uno ya al otro para ver qué había de broma ó de verdad.

—Leed—dijo el conde riéndose y presentándole la carta del almirante.

—Oh! gracias á Dios!—exclamó al terminar la lectura—así podréis tal vez escapar á los tiros de ese barón Davit.

—¿Siempre sigues en tus dudas? ¿sostienes tus creencias?

—No son creencias, son convicciones, desgraciadamente. Mi marido vé las jugadas que está haciendo para perder á tu tío, que cree que Davit es su mejor amigo....Lo que se propone lo ignoro; pero te aseguro que algo está tramando contra tu matrimonio.

—No lo creo, vuelvo á repetirte; además, que no le dejaremos tiempo; ¿verdad, Hugo?

—Cierto. Dentro de un momento marcho á Berlín para pedirle al ministro quince días de licencia; que emplearé en ir á buscar á mi padre. Cómo habéis visto, me lo manda en su carta. Enseguida que llegue hablará con el señor Landebeg, que creo no se negará, y para el otoño todo estará terminado y nosotros nos encontraremos paseando por España.

Hablaron los tres durante media hora, siempre de lo mismo, hasta que el criado anunció que el caballo esperaba en la verja. El conde montó en

él, después de despedirse de las dos amigas, que se dirigieron á la casa para tomar el desayuno, en tanto que el marino se dirigía á Berlín para dar los primeros pasos en un asunto tan grato para su corazón.

No hay placer igual al de amar y ser amado. Quince días transcurrieron en la calma más perfecta y en la felicidad más completa. Nunca había lucido el sol tan hermoso como en aquél tiempo para Adelfa y Hugo, ni nunca tampoco se habían amado tanto como entonces.



XVII

LA DESPEDIDA.

> No hay dolor comparable al que siente un alma enamorada cuando se ausenta por más ó ménos tiempo del ser amado.

CONTRA lo que se esperaba, el ministro no concedió al conde Hugo Wolff la corta licencia que había solicitado, para ir en busca de su padre, que lo llamaba para luego dirigirse los dos al señor Landeberg, pidiéndole su autorización para el matrimonio que desde el invierno anterior tenían concertado los jóvenes. Pero lo que más sorprendió á todo el mundo fué el traslado de destino que por aquellos días se le participó, y que lo separaba de Adelfa sin reunirlo con el almirante, pues se le enviaba á Rusia en un servicio particular del gobierno.

Inútil fué que Hugo protestase al ministro de tal injusticia y suplicase que cambiara de resolución. Hargle permaneció impasible, negándose á satisfacer la curiosidad del oficial cuando preguntaba qué motivos había para tratarlo con tanta rudeza.

El hecho no tenía remedio y se hizo preciso ordenar los preparativos para el viaje, pues la orden era terminante y no admitía demora alguna.

Casi todos los huéspedes de *Villa-Alegre* se habían despedido y alejado en aquel corto espacio de tiempo; los únicos que aún habitaban la casa del señor Landebeg eran el conde Wolff, el barón Davit y los marqueses de Iven, que se consideraban como de la familia.

Lucía no había querido abandonar á su amiga en aquellas tristes circunstancias porque atravesaba. Su instinto de mujer, de mujer de mundo, le advertía que la amenazaba un gran peligro, y que por desgracia no se había equivocado en sus funestos presentimientos, porque aquel cambio tan brusco, tan repentino en el ministro, que hasta entonces había mirado al conde, más que como á un ayudante, como un hijo, no era cosa natural sino que por el contrario, indicaba una mano oculta, mano poderosa y temida, que lo conducía todo á su antojo.

Y andando el tiempo, tuvo la marquesa de Iven la completa certeza de que aquella mano, de que aquella voluntad que lo doblegaba todo á su antojo, era la del barón Ismael Davit.

Este continuaba, como de costumbre, siempre de comensal en *Villa-Alegre*, donde observaba á Adelfa, hablaba de cosas indiferentes con Lucía y negociaba con Federico Landebeg. Nada en él indicaba preocuparse por asunto alguno. Su rostro permanecía impasible, sus miradas tranquilas y serenas y su fina y helada sonrisa vagaba sobre sus delgados labios.

En una larga tarde del estío en que el sol había desaparecido detrás de una montaña y el horizonte parecía cubierto de nubes rojas como sangre, las dos amigas se encontraban sentadas en uno de los bancos rústicos del parque, hablando con esa dulce intimidad que es el único placer que se pue-

de sentir en ciertas ocasiones de la vida. Tomás se les acercó para decirles que el conde Wolff había llegado de Berlín hacía un momento y que les suplicaba tuvieran la bondad de recibirlo en el jardín. Lucía respondió por las dos que no tenían inconveniente, y encargó al anciano servidor que lo condugese hasta ellas.

Un momento después el conde saludaba á la marquesa y á Adelfa, diciéndoles:

—Mucho os agradezco vuestra bondad en consentirme llegar hasta aquí, pues debiendo marchar mañana, necesitaba hablar en confianza, y no como en el salón, donde tendría que impedir, reprimiéndolos,los sentimientos que me dominan, cuando mi pecho está lleno de suspiros y penas que lo ahogan.

—Tenéis razón, Hugo, repuso Adelfa, grandes como el mar son nuestras penas, ¿qué habremos hecho para merecer tal castigo? Hace tan poco tiempo que reíamos de felicidad y ya hoy lloramos....

Su voz se nubló por los sollozos.

—¡No seáis tontos!—exclamó la marquesa con prontitud.—Hoy lloráis es cierto, pero pronto reiréis......

—Ciertísimo: mi ausencia durará tan solo hasta el otoño, en que regresaré y realizaremos nuestras esperanzas. No os oculto que este viaje á Rusia me resulta antipático; pero ¿qué queréis? Aventuras son estas propias de mi carrera....

Continuó la conversación algún tiempo sobre el mismo asunto, hasta que Lucía, pretextando haber olvidado una sortija en el tocador, se alejó, dejando solos á los novios.

Estos se miraron con tristeza.

—¿Me amas?—preguntó él, tuteándola por pri-

mera vez, fijando en Adelfa sus apasionadas miradas.

—Bien lo sabes—repuso ella. Su voz temblaba de emoción.

Siguió un momento de silencio. Hugo lo cortó diciendo:

—Yo no sabía lo triste que es una despedida. Niño aún perdí á mi madre, y cuando ya hombre me separaba de mi padre, no sentía esta pena terrible que me domina hoy. ¡Ah! durante muchos días han sido mutuos nuestros sentimientos, nuestras alegrías y nuestras penas.... Yo, bien lo sabes, no amo en el mundo á nadie más que á tí; jamás podré olvidarte: te amo, y aunque tú pagases mi amor con tu desvío, mi pasión con tu indiferencia, seguiría amándote: hay en mi alma un lugar inviolable para los profanos, que ocupan la sagrada memoria de mi madre y tú, Adelfa mía.... Te juro que volveré pronto para no separarnos más en la vida: ¿me aguardarás constante y fiel?

—¿Dudas de mí, Hugo?—repuso Adelfa, alargándole su mano derecha con ademán encantador.

—No es que dude—respondió el conde estrechando aquella blanca y pequeña mano entre las suyas—no es que dude! pero eres tan bella ¡tanto! que miles de peligros te amenazan y te envolverán cuando yo no esté aquí para defenderte.... ¡Ah! prosiguió el oficial llevándose una mano á la frente: ¿qué pensamiento es este que me asalta? ¿qué temor el que me invade? No lo sé; pero me parece que me amenaza un gran peligro.... ¿Cuál puede ser este que no sea el de perderte á tí, Adelfa mía, que eres para mí más que mi propia vida?

—Si esa es tu pena, deséchala, Hugo—dijo ella. —Yo te amo con toda mi alma, y por este amor me siento capaz de arrostrarlo todo, ¡todo!.... No

temas perderme; soy tuya, tuya en absoluto. Suceda lo que suceda, pase lo que pase, soy tuya; te pertenezco; aunque estés mirando lo contrario, aunque te parezca perjura y falsa, puedes estar segura de que cumpliré mi promesa. Tuya ó de Dios. Nosotros los españoles no tenemos más que una palabra.

—¡Oh! gracias! gracias!—exclamó el oficial besando la mano de la joven con pasión.—El mundo sabe lo bella que eres: yo solamente conozco la bondad de tu corazón, la nobleza de tu alma. Bendita seas y la tierra en que nacistes.

En esto llegó la marquesa.

—¿Habéis hablado bastante?—preguntó sonriendo. Yo no quisiera interrumpiros, pero ved, cae la noche y notarán en el salón una ausencia tan prolongada. Vamos, entremos en casa: allí continuaréis....

—Allá vamos; pero antes, marquesa, tengo algo que pediros.

—¿Qué es ello? Estoy pronta á todo para complaceros.

—Lo sé, sois la mejor, la sola amiga que tiene mi Adelfa, ¿no es cierto? Pues á esa amistad acudo para confiaros mi único tesoro sobre la tierra. Sed vos su protectora en mi ausencia.

Al decir esto, el conde puso en la de Lucía la pequeña mano de Adelfa, que guardara entre las suyas.

Las dos amigas se confundieron en un estrecho y prolongado abrazo.



VIII

LA TEMPESTAD

> Los amantes pretenden labrar toda la felicidad, ó si tal no pueden, las dichas todas del ser amado.
>
> *La Bruyere.*

Un nuevo capítulo en una novela es algo así como un nuevo acto en una representación de teatro.

Cuando vuelvo á presentar al lector á los diferentes personajes que toman parte en esta verídica historia, han pasado tres meses, que transcurrieron al parecer para los habitantes de *Villa Alegre* en una calma y una monotonía desesperante, aunque en realidad durante ellos se realizaron en parte los tristes presentimientos que algunas veces asaltaban la mente de Lucía.

Todo parecía continuar lo mismo: nada á la simple vista había cambiado. Los indiferentes seguían designando la quinta del señor Landebeg por su nombre de *Villa Alegre*, que bien pronto debía trocarse en el de *Villa Triste.*

Periódicamente Adelfa recibía cartas de Rusia, causándole esto una viva satisfacción y alegría, pues no podía dudar del amor del marino mientras la correspondencia continuase tan activa como exten-

sa. En medio de su melancolía, se sentía feliz, pues esperaba en breve ver á su lado á su amado Hugo.

Como toda mujer verdaderamente enamorada, durante la ausencia del conde guardaba una casi absoluta clausura, no presentándose en el mundo más que de tiempo en tiempo en el paseo ó en la reunión familiar de algunas de sus amigas. La coincidencia de encontrarse en el verano hizo su retiro menos notorio, pues no habiendo en esa estación grandes fiestas, ni el mismo Federico Landebeg notó el retraimiento repentino de la joven, que en tiempo no muy lejano sólo vivía para el mundo y sus diversiones.

La verdad es que el señor Landebeg estaba demasiado preocupado para fijar su atención en el cambio de costumbres de su sobrina. Hacía algunas semanas que sus asuntos marchaban bastante mal: sus negocios, aun aquellos que más seguros parecían, habían sufrido de repente un cambio, que el banquero no sabía de que provenía, ni de dónde, pero que daba por resultado que su firma, antes tan respetada, se viese con desconfianza y no fuera ya aceptada por nadie. El señor Landebeg había tenido siempre más crédito que capital; así es que aquel golpe lo dejaba paralizado, sin acción.... El público que había confiado su capital á la honradez del banquero, se apresuró á retirarlo, temeroso de una quiebra.

Esto fué para el desventurado Federico Landebeg un nuevo choque, más grande y terrible que el primero.... poco más, y se vería señalado con el dedo y sumido en la miseria....

Pero eso no sucedería.... Aun contaba con un amigo sincero y leal, que le tendería su mano protectora: este era el barón Ismael Davit, cuya for-

tuna fabulosa lo ponía á cubierto de esos cambios que comprometen á los demás negociantes. Ni por un momento pensó llamar en su socorro al marqués de Iven, que tantas veces se le había ofrecido para cosas así, pues no creía en la amistad del marido de Lucía hasta el extremo de facilitarle dinero estando casi seguro de perderlo.

—Ismael Davit es otra cosa—se dijo:—estoy tan seguro de su amistad como de mi vida, y esa amistad me salvará!

No esperó más: una vez tomada su resolución, se dirigió al Rey del Hierro, exponiéndole su situación, tal cual era de angustiosa, terminando por manifestarle sus pretensiones.

El banquero lo escuchó con atención hasta el final.

—Estoy dispuesto á hacer lo que pedís—repuso el judío:—solamente deseo en cambio alcanzar otra cosa de vos.

—Oh! ya sabía yo que érais mi amigo!—exclamó el señor Landebeg loco de alegría—Pedid lo que gustéis: todo lo que tengo os pertenece!

Ismael Davit acercó su butaca á la de su amigo y empezó á hablarle en voz baja. A juzgar por la expresión del rostro de Landebeg, debía ser algo extraordinario lo que le pedía el barón.

Cuando, momentos después, se despedían, Juan, el criado de confianza de aquel moderno Creso, escuchó estas palabras que se cruzaban y cuyo sentido no comprendió hasta pasado algún tiempo:

—Convenido?

—Convenido.

—¿Me dáis vuestra palabra de honor?

—Os la doy.

—Pues cuando me notifiquéis el resultado cumpliré yo la mía.

—Quedaréis satisfecho de mí.

....

....

....

Encontrábase Adelfa sola en su gabinete, sentada al lado de la ventana abierta, por la que penetraba una brisa recia de otoño: el parque ya no presentaba el aspecto alegre de la pasada estación, sino que sobre el terreno se levántaban espesas montañas con las hojas secas que se desprendían de los árboles. La joven parecía sumida en un ensueño encantador, pues por sus labios vagaba una dulce y placentera sonrisa: conservaba aún entre sus manos una carta recién abierta, en cuyo sobre se veía el sello de la embajada alemana y el cuño de Rusia. No era, pues, dificil adivinar de quien venía aquella carta.

Justina entró en el gabinete, diciendo:

—Señorita, el señor os manda llamar.

—¿A mí? Dile que voy al momento—repuso la joven.

—Es que me ha recomendado que os diga que no demoréis un instante. Os aguarda en su despacho privado.

Algo extrañada Adelfa, se levantó del asiento, y después de haber guardado la carta de Hugo, se dirigió con paso rápido al lugar en que se encontraba su tío. Descendió la escalera, atravesó la hermosa galería del Este, solitaria en aquella hora, las tres de la tarde, y alzando la espesa cortina que cubría la puerta de entrada, se encontró frente á frente del señor Landebeg.

—Buenas tardes, tío—dijo con tono jovial:—¿me habéis mandado llamar?

—Sí, y te agradezco que hayas venido sin demora. Siéntate. Tenemos que hablar.

El tono solemne que empleaba y su grave fisonomía indicaron á la joven que se trataba de un asunto serio. Tomó asiento como se la mandaba y esperó que hablase su tío.

Este tosió, pasó repetidas veces la mano por su calva frente, como quien teme abordar un asunto demasiado grave.

—Yo he sido siempre para tí un verdadero padre: ¿verdad, Adelfa?—dijo por fin.—En mi encontrastes una protección grata, un amor tierno. He sabido hacerte feliz ¿no es cierto? Responde.

—Oh! tío mío! no me hagáis esas preguntas!—repuso ella asombrada de lo que oía.—Yo no tengo palabras para manifestaros todo lo que hay en mi corazón para vos, tan bueno, tan generoso y noble!

—No es eso lo que quiero saber...... Dime: ¿sientes algún afecto por este pobre viejo?

—¿Afecto decís? no! Yo no siento afecto por vos. Os quiero, os amo como si fuérais mi propio padre.... No! así no! Os quiero mucho más que lo hubiese querido á él. Un padre que educa á su hija no hace nada de más, porque cumple su deber.... pero un hombre que, como vos, recoge á su sobrina, y salvándola de la miseria, la lleva á su casa y le da un hogar y un puesto en la sociedad y la cubre de sedas y encajes y joyas costosas, y le proporciona coches para que pasee, y después de todo esto, como si fuera poco, le da su corazón, su cariño, considerando á la huérfana como á su hija; ese hombre es digno del aprecio de la sociedad, de las bendiciones del cielo, y de la eterna gratitud de la niña, que derramando su sangre toda, no habrá aún pagado deuda tan grande como sagrada!

—Divagas! Lo que yo he hecho lo hace todo

el mundo. Yo soy el que gané con ello, pues tuve á mi lado un rostro joven y una mujer que con sus gracias y talento me puso en evidencia en la sociedad, que por tal motivo me conoció y depositó en mí su confianza. No me repitas pues esas cosas que ahora has dicho....

La mirada del señor Landebeg se obscureció, su voz temblaba. Adelfa lo miraba sorprendida de aquella extraña emoción.

—Hija mía—continuó el banquero después de un polongado silencio—te he mandado llamar para pedirte un favor que no sé si podrás concederme....

Contúvose nuevamente.

—¿De qué se trata?—preguntó la joven.

—De algo muy serio.

—Hablad: tío, os lo ruego!

—Hija mía! es espantoso!.... Estoy arruinado!

—¿Vos? ¡arruinado!

—Completamente!

—Pero ¿cómo ha sucedido eso?

—No lo sé: cuando yo estaba más satisfecho de mis negocios, me he encontrado en vísperas de una quiebra!

—Pero ¿no tenemos amigos que nos salven? Tantos como os rodeaban hace poco.... Ese Ismael Davit ¿no podría?....

—De él iba á hablarte: tengo necesidad de tí para lograr lo que deseo.

—¿Queréis que yo le hable?

—Le he hablado ya.

—Entonces ¿qué falta?

—Falta que tú quieras....

—¿Qué yo quiera? pero ¿cómo, si nada soy ni nada valgo, ni nada puedo?

—Eres mucho y puedes más.... Davit consiente en salvarme, pero....

—¿Qué?

—Pone un interés muy grande.

—Yo le haré ver que eso no es bueno: voy á verle ahora mismo y....

—No es preciso; el interés que pide no es dinero.

—Acabad, tío: no os entiendo.

—¡Pobre Adelfa mía! ¡Qué has de comprender! Ismael Davit quiere que te cases con él.

Un rayo que hubiese caido á los piés de la joven la hubiera sorprendido ménos que las palabras de su tío.

—¡Cómo! ¿Qué? ¿Pretende ese viejo que yo me case con él? ¿He oido bien?

—Desgraciadamente.... Te ama, y como es uno de los hombres más ricos de Alemania, puede pretenderlo, á pesar de sus sesenta años cumplidos.

—¿Y vos le habéis respondido?

—Que hablaría contigo.

—¿Acaso no sabíais cuál sería mi respuesta?

—Dudaba.

—¿Pero esperabais que yo accediera á su osada pretensión?

—Estoy tan necesitado de dinero, que, perdóname, Adelfa: desearía consintieses en ser su esposa.

—¿Vos me lo pedís?

—No, te lo ruego.

—Me lo rogáis ¡ah! ¡qué desgraciada soy!.... Yo no puedo darle mi mano, porque he dispuesto ya de ella.

—¿Qué dices?

—Que he dado mi corazón y promesa de matrimonio....

—¡Si yo no sabía nada!
—Debíais saberlo dentro de un mes.
Hubo un momento de silencio: el señor Landebeg se paseaba con desesperación por la pieza, como quien busca una resolución. De repente se detuvo delante de Adelfa, que seguía todos sus movimientos ansiosamente.
—Bien sabe Dios que no quisiera hacer lo que hago; pero es preciso—dijo—Mi deseo era hacerte feliz, solamente la quiebra es la que me hace dar este paso.... Adelfa, hija mía, ¿qué harías si tu madre te mandase obedecerme?
—¡Mi madre!—exclamó la joven poniéndose de pié—¿mi madre vive acaso?
—¡No, no! pero guardo en mí poder una cosa que me dió la pobre (parece que lo presentía), para usarlo en un caso extremo como este.
—¿Qué es ello?---gritó Adelfa temblando de emoción---dádmelo, os lo ruego. Yo prometo obedeceros; pero dadme eso que os entregó, quiero ver algo suyo, lo quiero ¡ah! una reliquia de mí madre para oprimirla contra mí corazón, yo que llegué á creer que nunca había tenido madre.
—Miedo tengo de complacerte: me parece una profanación lo que hago sirviéndome de ese testamento de tu madre para lograr tu sacrificio. ¡No! nunca cometeré semejante cobardía!
—Ya es tarde para retroceder---repuso la joven más serena.---He podido morir tranquila ignorando que guardábais esa.... carta, pero ahora con mi vida pagaría el placer de leerla.... Dádmela, pues, tío mio; no me hagáis padecer tanto tiempo la impaciencia que me devora.
El señor Landebeg se dirigió á su escritorio, y haciendo saltar un resorte, abrió una gabeta secreta, dentro de la cual había un papel amarillento. Lo

cogió con respeto, como si fuera una reliquia de iglesia, y después de vacilar un momento, se lo entregó á Adelfa, que la cogió con mano temblorosa.... Por un momento la joven la mantuvo entre sus manos sin abrirla, temerosa, asustada, hasta que por fin rompió el sobre y sacó el pliego de papel que contenía; en un momento de apasionado amor la llevó á sus labios, y después de haber depositado un ardiente beso sobre los caracteres que ya el tiempo comenzaba á borrar, empezó á leer con la vista empañada por las lágrimas:

"Hija de mi alma: Cuando recibas esta carta, que será para tí como el testamento de tu desventurada madre, hará muchos años que ella duerma el sueño eterno. La escribo en el lecho de muerte, conociendo que mi fin se acerca, tanto que ya siento por mís venas correr el frío del no ser. Tú, pequeña y débil, reposas tranquila ignorando la desgracia que te amenaza con mí desaparición de este valle de lagrimas. Dos años hace que has venido á este mundo ¡pobrecita! á este mundo que Dios quiera te reserve mayor felicidad que á mí; á este mundo en el que si no fuera por un hombre generoso y noble que se me ha ofrecido para recogerte, habías de ser una pobre huérfana abandonada de todos, expuesta á todos los peligros, ó una de esas pobres niñas asiladas, sostenidas por la caridad pública.

Y sin embargo, hija mía, soy la heredera de una gran familia alemana. Mi padre, el duque Jorge Landebeg, es poderoso en su país.... ¿Pero he dicho mi padre? ¡qué error! Ya no lo es, no: tu madre, Adelfa de mi corazón, no es la hija de su padre, porque él ha renegado de tal hija.

¡Qué de pensamientos tristes me asaltan ahora que voy á morir! ¡qué de remordimientos invaden

mi alma! No te referiré mi historia, por que me faltan las fuerza para ello; pero algún día la conocerás y te ruego me perdones.

Un loco amor me condujo á contraer un matrimonio que mi padre maldijo, y esta falta es la que me mata. Por ese amor he sufrido todas las penas humanas; por ese amor, en vez de ser tu la nieta del duque Landebeg, no eres más que una criatura expuesta á morir de hambre ó de frío en la calle, ó á ser una de esas desventuradas que causan lástima á las mujeres honradas.

Pero eso, gracias á Dios, no sucederá, no. El ha inspirado á un hermano mío que está aquí á mi lado, y ese hombre generoso, expiando una falta que no ha cometido, consiente en compartir conmigo la maldición paterna: admite que se le desherede, consiente también en abdicar sus derechos de duque de la casa Landebeg, título que le pertenece como único heredero, y se declara tu protector: sobre la cuna en que duermes, jura ser tu padre, ampararte, darte un lugar en la sociedad, concederte ternura y también su nombre, y yo, después de haberlo oido hablar, podré ya morir tranquila, sosegada.

Ese hombre magnánimo y generoso es mi hermano y tu tío, Federico. ¡Bendito sea!

Antes de cerrar esta carta, pues ya las fuerzas me faltan, no me queda más que recomendarte que si un día tu protector necesita algo de tí, aunque sea la sangre de tus venas, la viertas gota á gota, y que el último instante de tu vida sea para bendecirlo, como lo hago yo....

Ahora ¡adios! hija del alma, ¡adios! Recibe mi bendición y ora por el eterno descanso del alma de tu madre!

Eugenia.

XIX.

UNA HISTORIA ANTIGUA

CUANDO Adelfa terminó la lectura de la carta, permaneció muda, como aturdida, dejando correr por sus pálidas mejillas lágrimas de verdadero dolor.

El señor Landebeg, que la observaba, se le acercó, y colocándole una mano sobre la frente, dijo, moviendo la cabeza de un lado á otro con tristeza y conmiseración:

—Desventurada Adelfa, ¡cuánto sufres!

La voz de su tío la sacó de su abstracción.

—No hablemos de mi—exclamó—ocupémonos de mi madre, y después haré todo lo que se necesite....Ella me dice aquí que algún día me contarán la historia de su vida, y yo creo que nadie más que vos la conocerá.

—Y tú también la conocerás al momento. Sosiégate, y escucha—repuso el señor Landebeg. Hubo un momento de silencio.—Mi padre—comenzó diciendo, después de dar un largo suspiro—mi padre, como ya sabes, era el duque Jorge Landebeg, un hombre inmensamente rico y también muy orgulloso y soberbio: tenía cuando enviudó, dos hijos: yo, el primogénito, y Eugenia, tu madre. Naturalmente nos quería á los dos con toda su alma, pero especialmente á su hija, que era

una joven tan bella que deslumbraba; tú eres su viva imágen; solamente que en vez de tener los cabellos negros, era rubia como las mieses. Mi padre que era diplomático, por no separarse de ella, temeroso de que le sucediera alguna desgracia en sus necesarias y repetidas ausencias, la llevaba siempre consigo, á todas partes en que lo obligaba su carrera oficial. Eugenia paseó, pues, su belleza por todos los salones y cortes de Europa, solicitando su mano muchos hombres célebres de su época; pero para nuestro padre nadie era digno del honor de concedérsela, y ella, dúcil y sumisa, lo obedecía siempre y despreciaba á sus pretendientes todos.

Así las cosas, su gobierno lo destina á Madrid, y allí fué él con Eugenia, como siempre. Yo entonces me encontraba en Londres, estudiando. La corte madrileña recibió á los huéspedes con señaladas muestras de simpatía, disputándose su amistad toda la aristocracia. En medio de aquellos afectos, ellos vivían felices y contentos, como es natural.

Un día Eugenia fué nombrada madrina en una corrida de toros que se efectuaba á beneficio de una institución de caridad. Esta distinción la puso muy alegre, y para manifestar su satisfacción, eligió como sus colores los de la bandera española; esto causó buen efecto, y cuando apareció en su palco, se le tributó una verdadera ovación. Era un espléndido día meridional. El sol alumbraba en toda su hermosura....No me detendré en referirte todos los pormenores de la corrida; sólo, si, te diré que tu madre quedó deslumbrada de la belleza fisica del entonces tan célebre diestro Angel Cea.

—¡Mi padre!—exclamó Adelfa.

—Sí, tu padre; era uno de esos tipos varoniles que se encuentran muy á menudo en España, y.

sobre todo, en Andalucía. Tu madre le ofreció su casa, y desde aquél día Cea figuró entre los tertulianos del duque.

Por tres meses continuaron las cosas de esta suerte, hasta que Eugenia declaró á su padre que quería casarse con el diestro. El anciano se quedó mudo de asombro....Pero por grande que fuera éste, mayor fué su enfado, y más que todo el amor de su hija por Angel Cea....La pasión que la dominaba era superior á su propia voluntad, como ella misma me confesó tiempo después.

Una noche se fugó de su suntuosa morada y se casó en secreto con Cea. La ceremonia se celebró en una pequeña iglesia parroquial: yo guardo en mi poder los papeles que lo acreditan.

El duque Jorge Landebeg maldijo por tal motivo á su hija y renegó de ella, pretendiendo olvidarla al abandonar á España; pero en vano.... El cariño sin límites que sentía por Eugenia y su gran orgullo, heridos ambos, le causaron un efecto tal, que su naturaleza desfalleció: una grave enfermedad le sobrevino: conociendo entonces que llegaba su última hora, me mandó á buscar á Inglaterra. Yo acudí presuroso....¡Ah! aun me parece verlo: estaba pálido como la cera y había adelgazado tanto que parecía la sombra de sí mismo. ¡Cuánto había sufrido! Me contó todo lo que te llevo referido, y me hizo prometer que jamás reconocería á Eugenia como á hermana mía. Yo traté de responder evasivamente, pues amaba demasiado á mi hermana para renunciar á ella; pero respetaba más á mi padre para manifestárselo francamente....Parece que él lo comprendió así, y me dijo que si lo desobedecía incurría en la misma falta que ella y me maldecía también, privándome no solamente de su fortuna, sino de su título nobi-

liario....Murió....Yo asistí á los funerales. Despedí el duelo, y cuando lo dejé en la última morada, al lado de sus nobles antepasados, dí orden de preparar mi maleta y partí para España.

Ya era tiempo. Tu padre había muerto á consecuencia de la cogida de un toro, dejando á su esposa viuda y madre, y en una espantosa miseria, que los compañeros de Cea remediaban como podían......

La maternidad habíala pagado Eugenia á muy subido precio, pues de resultas de ella le sobrevino una gran debilidad que degeneró en una tísis, que había de terminar su vida en muy breve plazo.

Cuando me vió creyó volverse loca de alegría. Ya tenía á quien confiarle su hija.

—Mira—solía decirme cuando las fiebres la dejaban—mira, Federico, qué bonita es!—Y lloraba y reía la infeliz, orgullosa de tí; y humillada y dolorida de la maldición que sobre ella pesaba.

—Si mi padre la hubiese visto, también la hubiera amado y perdonado mi falta,—decíame luchando siempre con su idea fija......

Yo guardaba silencio, no queriendo decirle que el duque había renegado de ella hasta su último aliento.

Así transcurrieron dos meses; tiempo que empleó la enfermedad en postrarla. Días antes de morir me pidió avíos para escribir su testamento, que es ese papel que acabas de conocer. Más de una hora estuvo escribiendo, pues ya las fuerzas le faltaban, y luego que terminó me lo entregó, diciéndome:

—Toma. Te entrego á mi hija, á mi Adelfa, cuando sea ya una mujer y pueda comprenderte, dile que le he puesto ese nombre porque así se llama la flor del dolor, y ella es el fruto de mi falta y de mi llanto.

La emoción le embargó la voz; luego continuó.

—Esta carta que te entrego encierra mi última voluntad, que le doy á mi hija......Si algún día quieres conseguir algo de ella, por muy difícil que sea, creo que será digna de mi, y con su lectura, sabrá obedecerme, obedeciéndote á tí, que eres su Providencia......Y si no necesitas servirte de este medio, se la entregarás el día que se case como el único regalo de boda que pueda hacerle su pobre madre......

A la caída de la tarde de aquél día, después de confesarse y recibir los Sacramentos, entró en la agonía, y al amanecer del siguiente entregó su alma á Dios, purificada por el dolor y el arrepentimiento. Yo creo que el señor habrá perdonado las faltas que un loco amor le hiciesen cometer.



XX

POR ELLA....!

ESA es la historia de mi desgraciada, madre?—preguntó Adelfa, cuando su tío dejó de hablar.—¡Cuánto debió sufrir!

—Sí, mucho.

—Pero vos, tío mío, fuisteis su ángel protector: ¡bendito seáis!—Yo os amaba porque creía que me habíais protegido y recogido; pero ahora que conozco la verdad toda, lo que siento por vos es veneración. ¿Qué queréis de mí?

—¿Qué quiero de tí? ¡Nada!

—Es inútil que os volváis atrás: necesitáis de mí..... ¿Qué debo hacer?

—¡Casarte con el banquero!—repuso el señor Landebeg, después de algunos momentos de vacilación.—Yo nunca pensé valerme de esta carta para nada; pero mi mala suerte lo ha querido. Adelfa mía, lo que te pido es demasiado, pero va en ello mi honor y mi vida; perdóname, pero no te niegues á casarte con Davit: no me acuses, como me acuso yo, de cobarde y miserable; es la necesidad la que me obliga....

—Nada debéis decirme: soy feliz devolviéndoos algo de lo mucho que por mí habéis hecho: así lo siente mi corazón, así me lo dicta mi conciencia y

así me lo manda mi madre. No hay, pues, más que hablar de ello. Solamente—agregó—desearía deberos un último favor.

—¿Cuál? Tú dirás.

—Que me concedáis un poco de tiempo de libertad.

—Yo bien quisiera, pero.... repuso vacilando el señor Landebeg.

—¿Urge mucho el asunto?

—Más de lo que piensas. Me repugnaba tanto dar el paso éste, que lo he retrasado cuanto fué posible.

—Entonces, no hay nada más que hablar. Deseaba tan sólo algunos días, algunas horas para hacerme á la idea.

—¿Se trata de poco tiempo? Puedes tomarte el que gustes. Creí que deseabas para tí algunas semanas ó meses.

—No: de mañana á pasado estaré lista para la obra; quiero acostumbrarme: resulta tan brusco el cambio!

—Lo comprendo, Adelfa mía, pero no lo hagas por mí, sino por ella!....

—Sí, lo haré por ella.... repuso la joven.

Tío y sobrina se miraron con tristeza y cayeron uno en brazos del otro. Adelfa sepultó su cabeza en el hombro del señor Landebeg y dejó libre curso á sus lágrimas. La emoción largo tiempo contenida la fué ganando; sollozos convulsivos desgarraban su pecho y subían á su garganta.... El tío lloraba también, mirando aquel dolor tan agudo y violento, torturando su imaginación, buscando un medio con que poderle volver á la amada joven su pasada alegría.

—Hija mía—exclamó de repente:—no tengo valor para verte sufrir así.—Sosiégate: no serás la esposa del barón Davit.

—¿Qué decís? repuso ella, alzando sus ojos hasta los del banquero con un rayo de esperanza en la mirada.

—Que eres libre, que no quiero hacerte mi víctima.

—Pero.... ¿de dónde sacaréis el dinero que os precisa?

—De otros amigos ó no pagaré mis deudas.

—Eso, nunca, mientras yo viva! Tendréis el oro que necesitáis; yo os lo proporcionaré.

—¿Podrás?

---El cariño que me une á vos y la memoria de mi desgraciada madre me darán fuerzas.

—¡Triste Adelfa! Cuánta razón tuvo mi pobre hermana al ponerte este nombre, que significa dolor. Tu sacrificio es muy grande.

—Mayor fué vuestra generosidad! No hablemos más del asunto.

—¡Gracias.... por ella!....

Y al decir esto, el señor Landebeg besó la pálida frente de su sobrina.

....

....

Demasiado agitada Adelfa para permanecer encerrada en la casa, después de hablar con su tío, se dirigió al parque para dar un largo paseo.

El cielo estaba, desde las primeras horas de la mañana, cambiadizo: soplaban los primeros nortes en aquella fuerte brisa otoñal que reinaba. Las hojas de los árboles caídas de las ramas que las sostenían, formaban sobre el camino una espesa alfombra. Negros nubarrones cubrían el horizonte que de vez en cuando, al rasgarse, dejaban ver los rayos de un mortecino y pálido sol de ocaso.

Caía la tarde del día más triste que pasó en su breve vida Adelfa Cea.

Esta, mientras caminaba, iba pensando en el giro que habían tomado sus asuntos. Ah! ¡cuán desgraciada era! ¡cómo parecía que iban á saltar, hechas pedazos, las fibras de su corazón, como saltan las cuerdas demasiado tirantes de una lira! Su dolor era mudo y sombrío: su alma, vagando en un mar de negros pensamientos, se perdía entre los planes que su mente creaba para rechazarlos luego, al chocar con la realidad implacable que se levantaba ante ella, mostrándole el único camino que le tocaba seguir en este mundo, que antes se le presentara tan risueño y encantador.

Erale á la desventurada joven menos difícil ser la esposa del viejo judío, á pesar de la antipatía cercana al odio que ya le profesaba, que abandonar á su Hugo, á quien tanto amaba y de quien era tan amada.

Adios, días risueños y llenos de luz que su mente acariciaba horas antes: adios, encantador oásis de ternura y afecto: adios, satisfacciones puras é íntimas del alma, que se tenía prometidas; adios, todo lo que amaba; adios todo lo grato de la tierra; y en cambio, salud, tesoros, riquezas y poderíos que su futuro enlace le ofrecían; salud, orgullo y vanidad satisfechas. Sería rica, muy rica cuando fuera la baronesa de Davit, la esposa del Rey del Hierro. Y su corazón, al latir, estaría acompañado por el ruido del oro al chocar entre sí....

Caminaba mientras pensaba, recorriendo las amplias avenidas del parque en todas direcciones; las hojas que yacían sobre el terreno desprendidas de los corpulentos árboles, crugían bajo su pequeña planta, que las doblaba con indiferencia....

Adelfa se fijó en este detalle, como nos sucede cuando estamos preocupados que algo muy pequeño ó insignificante se posesiona de nuestra

mente, y no reparamos en otras cosas de mayor interés.... Un suspiro de tristeza salió de su pecho.

—Yo soy en este mundo—se dijo—lo que son estas hojas: ayer elevadas y lozanas, llenas de esperanza y vida, soñando con la felicidad; hoy, caídas, mustias, secas, á merced de la brisa.... También el vendabal de las pasiones pesa sobre mí, y como á ellas, la fuerza del poder me lanza á rodar sobre la tierra, soportando que un hombre de barro como todos, más rico solamente, doblegue mi voluntad, gusto y amor, ante su amor, gusto y voluntad!

Ya de noche, regresó á la vivienda; como de costumbre, estaban encendidas todas las piezas; la mesa, puesta con la elegancia de siempre, esperaba; los criados, aguardaban en sus respectivos puestos.

Adelfa atravesó todo aquello, disgustada de la luz y del aspecto cotidiano que presentaban las cosas, cuando en su corazón todo había cambiado. Ah! que ya no volvería á ver á Hugo en aquellas piezas, como en no remotos tiempos: ah! ya nunca más sus ojos azules, tan leales y francos, iluminarían su alma de celestiales resplandores!

—Tomás,—dijo la joven al pasar al lado del viejo servidor—dí á mi tío que me dispense hoy en la comida; pero me retiro á mis habitaciones un poco indispuesta.

Y Tomás, que nada sabía, no dudó que fuera verdad, pues estaba pálida y con el rostro desfigurado.

Ya en su habitación tuvo un sentimiento de descanso y placer: en medio de su dolor le fué grata la penumbra que en ella reinaba, así como el silencio y la quietud que encontró. Los muebles, todos los adornos de las mesas y hasta la alfombra misma parecían recibirla con gusto....

Varias veces, durante la velada, Justina, inquieta del cambio operado en su señorita, se asomó á la puerta del gabinete con deseos de hablarle y ponerse á sus órdenes; pero no se atrevió....

Adelfa, reclinada en un sillón, permanecía inmóvil, como dormida, solamente, de vez en cuando sus labios se abrían como en sueños y su doncella la oía murmurar debilmente:

—Por ella!.... Por ella!....



XXI.

EL SACRIFICIO.

Hay algo en la abnegación que se asemeja á la divinidad.

La marquesa de Iven no podía creer las nuevas que su amiga, entre lágrimas, le refirió; y cuando, con el transcurso de los días, se le impuso la triste realidad, no podía resolverse á dejar que se sacrificase así la felicidad de su querida Adelfa.

Pero en vano buscaba un medio para evitarlo: sus planes se quebraban ante las categóricas respuestas de la hija de Angel Cea.

—Es inútil tu afán, Lucía: ó mi sacrificio, ó el de mi tío: creo que no es dudosa la resolución.

A la marquesa le parecía atroz todo aquello y sufría viendo á su amiga romper las cartas de Hugo sin leerlas siquiera.

—Yo, en tu lugar, referiría al conde lo que ocurre para pedirle consejo—le dijo un día estando solas las dos amigas.

—No haré tal—respondió Adelfa:—el amor no razona, y el conde, obedeciendo á sus sentimientos, se opondría á lo que me obliga á hacer la memoria de mi madre.

—¿Por qué no le llamas nunca Hugo, sino que le das su título?—preguntó Lucía á quién chocaba aquel tratamiento.

—Así me acostumbro más á la idea de alejarlo de mi corazón; devolverlo á la categoría de un ser extraño—dijo la joven.—Su voz sonaba como empapada en lágrimas al pronunciar estas palabras.

De esta suerte transcurrieron tres días y luego una semana entera. En todo ese tiempo, mientras Adelfa se resolvía á dar su consentimiento, la marquesa estaba á su lado tan pronto animándola, poniéndose de ejemplo y esforzándose en hacerle ver que en ciertas ocasiones la amistad puede sustituir bastante dignamente al amor que se siente por el esposo, como llorando con Adelfa su felicidad tronchada en flor.

Así las cosas, una mañana, durante el almuerzo, la joven observó que el señor Landebeg la miraba fijamente como quien suplica: esto la hizo comprender que se demoraba demasiado, prolongando su consentimiento más de lo que los negocios permitían. Su resolución quedó formada desde aquel momento. Continuó, empero, almorzándo, al parecer sin haber notado la ansiedad de su tío, y cuando ya sola se encontró en su habitación, escribió á Lucía, encargándole pasara á buscarla aquella misma tarde, en traje de paseo, como en otros tiempos. Entregó la carta á Tomás para que la llevara á su destino y dió orden á Justina para prepararle un traje de los más lujosos que tenía.

La doncella se quedó viendo visiones, porque hacía tiempo que la señorita no le hacía encargos de esa clase.

A la hora señalada llegó la marquesa.

—¿Qué hay de nuevo?—preguntó saludando á su amiga que ya en traje de salir, se ponía los guantes.

—Qué estoy resuelta.

—¿A qué?

—Pues á casarme con el barón Davit. He pensado que el amor del conde pasará pronto y que en cambio el dinero del banquero quedará, proporcionándome todo lo que embellece la vida....

Repuso Adelfa: al hablar su voz era ya segura; solamente que sus palabras carecían de animación, como si repitiese una lección aprendida.

—¿Cómo has cambiado tan pronto?—preguntó Lucía, no creyendo lo que veía y oía.—Ayer estabas tan triste y hoy......

—Comprendo que haría una tontería.. Figúrate cómo llamará la atención mi matrimonio con Davit: como me envidiarán: seré millonaria: mis trenes superarán á todos los del imperio. Ah! querida Lucía, ¡cómo me burlo ahora de mí misma por haberme considerado desgraciada!

—¿Hablas en serio?—demandó la marquesa dudando todavía.—Vamos; mírame de frente: yo descubriré la verdad en tus ojos.

Y cogiéndole las manos, colocó su rostro á la luz del día, pretendiendo escudriñar en él la verdad toda; pero en vano: las bellas y correctas facciones de la joven habían perdido en breve tiempo su antigua movilidad y permanecían, ante el riguroso exámen, impasibles é inmóviles, como las de una estátua.

—¡Me engañas!—exclamó Lucía soltándola con disgusto, después de haber esperado algunos momentos una señal siquiera de dolor en aquél bellísimo rostro.—Nunca creí encontrar en tí tanta perfidia y doblez.

—¡Qué cándida eres! ¿Crées qué voy á morirme de amor por ese Wolff?

—Pero, ¿no le amabas?

—Sí.

—¿Y ahora?

—Ya no le amo.

—Mientes! mientes! Tratas de engañarme: no era eso lo que esperaba yo de tí: te creía mi única y verdadera amiga, pero veo que estaba equivocada.

—Déjate de frases dramáticas, Lucía, y créeme: soy sincera al decirte que he olvidado al conde y que me casaré contenta con el banquero.

—No me convences, pero cedo y no dudo ya: solamente te encargo que si sientes repulsión hacia ese viejo, me lo digas á tiempo.

—Así lo haré....

—¿Pero no me preguntas para qué lo quiero saber?

—Se me olvidaba.... ¿qué piensas hacer?

—Yo, nada; pero te advierto que mi marido me ha dicho hoy que él puede salvar á tu tío.

—¡Cómo!

—Exponiendo la mitad de su fortuna.

—Dile que no haga tal cosa: que yo estoy contenta y feliz, pensando en la fortuna que me cae del cielo, casándome con ese banquero.... Y ahora, vamos al paseo.

Al trote largo de sus magníficos caballos, las amigas íntimas, Lucía, Adelfa, llegaron á Berlín y se internaron en el paseo concurridísimo en aquella hora, donde se comentó su aparición en la sociedad, en el mundo, después de tan prolongado encierro.

Días hacía que corrían rumores de la próxima quiebra de la casa de banca del señor Landebeg: rumores que crecían y aumentaban en vista del silencio en que permanecían los habitantes de *Villa-Alegre.* Ya el público los suponía abatidos por la pobreza y hacía todas clases de comentarios sobre la movible fortuna, hablando todos como seguros de permanecer siempre en los puestos que ocupaban, cuando apareció Adelfa en su coche, formando fila

en el paseo de moda, alternando con las más ricas damas del imperio y distinguiéndose por su elegancia y lujo, satisfecha, al parecer, y tranqnila como si no estuviese amenazada de peligro alguno.....

Esto causó extraordinaria sensación. Todo el mundo comentaba lo sucedido, y saludaban á la joven con ese respeto servil tan natural en cierta parte de la humanidad, que se inclina ante todo lo que se le sobrepone. Adelfa respondía con su natural amabilidad, pareciendo satisfecha del éxito obtenido.

—Mira,–dijo á su amiga, con cierto desdén–mira como llamamos la atención. Me creían abatida, y nadie se tomó la molestia de ir á hacerme una visita, ni aun aquellos que meses pasados recibían la generosa hospitalidad de mi tío.... ¿Ves como tengo razón en quererme casar con Davit? ¡Estúpida sociedad, que rindes vasallaje al oro, á la fortuna, al poder, yo me colocaré sobre tí; yo te devolveré, humillándote con mis riquezas, la conducta que observastes conmigo! Yo reinaré sobre tí!

—Calma, querida mía, la sociedad es muy falsa, ¿pero vas tú á cambiarla?

—No: ¡pero ya te he dicho que me le impondré!

La conversación continuó así algunos momentos, dejando Adelfa escapar toda la amargura de su alma, herida por el dolor y el infortunio, hasta que varios amigos se le acercaron, formando alrededor del coche una especie de escuadrón volante, tan corriente en las mujeres hermosas y elegantes.

La bella española fué la reina del paseo aquella tarde; pero ¡ay! que su corazón no podía gozar del triunfo, porque pensaba en medio de aquel animado paseo, que allá, lejos, muy lejos, existía un ser que la amaba, á quien ella amaba, y de quien se veía separada, no por un tiempo, sino por toda la

vida. El recuerdo de otra tarde tan bella como la presente, tan hermosa y plácida, ocupaba su mente, recreándose en reproducirla hasta en sus menores detalles....

Hacía un año, el invierno anterior. Su corazón entonces despertaba á las primeras promesas y gratísimas emociones del amor, de aquel amor que había llegado á formar parte de sí misma y del que era preciso despedirse, arrancándoselo brutalmente, aunque dejase de latir su corazón.... ¡Hugo! Fantasma vano: sombra de una esperanza no realizable: ilusión amada y bendecida, hallada para morir al momento, convirtiéndose en fría ceniza. El dedo helado de la razón se había encargado de tronchar en flor el árbol de su ventura. Era joven, muy joven ¡no tenía veinte años! pero le parecía que entraba de lleno en el invierno de la vida, como entraba en el invierno del año.

Ligero extremecimiento recorrió su cuerpo: instintivamente buscó un abrigo para envolverse, pues las primeras ráfagas invernales la molestaban; Lucía, que la observaba atentamente, extrañada de un mutismo prolongado:

—¿Estás mala?–le preguntó.

El acento de aquella dulce y querida voz la despertó.

—No, repuso con prontitud:–la tarde está un poco fría y salí sin abrigo.

—Volvamos, que es ya hora de retirarnos, pues cae la noche.

Después de despedirse de dos ginetes que marchaban escoltando el coche, la marquesa dió orden al paje para que abandonase el paseo: las luces estaban ya encendidas: la ciudad de Berlín presentaba el animado aspecto de las primeras horas de la noche: la temporada de invierno comenzaba; los

teatros se abrían: los salones de la nobleza prometían bailes y conciertos; regresaban del extranjero y de sus castillos las acaudaladas familias, después de un otoño pasado en el animado *sport* de la cacería.

Adelfa lo miraba todo con indiferencia y extrañeza al mismo tiempo: ante sus ojos desfilaban por aquel panorama tantas veces visto y siempre nuevo, asombrada de que la capital recuperase su habitual esplendor de invierno cuando en su corazón había muerto toda esperanza de felicidad.

Al llegar á *Villa Alegre*, animado y encendido como en otros tiempos pasados, para no volver más, las dos amigas encontraron en el salón, reunidos al señor Landebeg, Ismael Davit y el marqués de Iven, que según costumbre, hablaban de negocios.

—Os aguardábamos—dijo el banquero.

—Perdonad, tío mío, pero estaba tan animado el paseo, que se hacía difícil abandonarlo—repuso Adelfa, dirigiéndose á la campanilla, que tiró repetidas veces.

Tomás se presentó.

—Que sirvan la comida, ordenó.

Todo rastro de emoción había desaparecido de ella: su rostro, su voz, su actitud, todo era natural y como en otros tiempos, no indicando ni preocupación ni sufrimiento.

Un momento después entró nuevamente Tomás, anunciando que la comida estaba servida.

El señor Landebeg ofreció su brazo á Lucía, Ismael Davit á Adelfa, y seguidos del marqués, se dirigieron al comedor.

La comida empezó hablándose de cosas indiferentes, contándose anécdotas y chismes de sociedad, como de costumbre; pero á los postres, cuando los criados se retiraron, Adelfa dijo, dirigiéndose á su

tío, después de tomar una copa del espumoso *champagne.*

—Querido tío, hace días me dijistéis que el señor barón Ismael Davit os había hecho el honor de pediros mi mano de esposa, ¿no es cierto?

—Sí....–repuso el señor Landebeg–pálido de emoción.

—Recordaréis que solicité de vos unos días para meditar mi respuesta, pues no me ha gustado nunca fiarme de la primera impresión.... Pues bien: mi resolución está ya formada; estoy resuelta.... Señor Ismael Davit, agradezco infinito la distinción que de mí hacéis, y en prueba de mi gratitud os entrego mi mano y os juro ser una fiel y afectuosa esposa.

El Rey del Hierro, sumamente emocionado, pues amaba á Adelfa con loca pasión, se levantó y estrechó entre las suyas, con respeto y alegría, aquella pequeña y blanca mano que se le entregaba con tanta gracia y nobleza.

—¡Oh, bendita seáis!–exclamó:–¡Bendita seáis una y mil veces, querida niña! Yo agradezco en el alma el honor que me concedéis al aceptarme por esposo: lamento no ser joven; pero os juro á mi vez que sabré haceros feliz con mi afecto y mi fortuna, que pongo humildemente á vuestras plantas.

—Acepto ambas cosas–repuso ella sonriendo.

El señor Landebeg, que había permanecido mudo desde entonces, se acercó á su sobrina.

—Permíteme que te abrace, Adelfa!–exclamó rodeando con sus brazos el talle de la joven; y bajo, muy bajo, para no ser oído, agregó.—Gracias hija mía; en nombre de tu madre, que desde el cielo te bendice: gracias; me salvas!—Lágrimas de emoción rodaron por sus mejillas.

Lucía vió aquellas lágrimas, y no queriendo que

su amiga se emocionase, exclamó con aparente aturdimiento:

—¿Cuándo es la boda?

—Cuando Adelfa disponga, repuso el barón.

—Hoy es 28 de Noviembre, dijo Adelfa, reprimiendo un suspiro de desagrado y pesar, si no os parece mal, se efectuará el 25 de Diciembre.

—Sobra tiempo para preparar vuestra canastilla de desposada, que si no tenéis inconveniente, tendré el gusto de ofreceros.

—Gracias, amigo mío, sois muy bueno y yo os aprecio mucho, gracias.—Fué la respuesta de la futura desposada.

Pero el eco de su voz y la expresión de cansancio del rostro de Adelfa Landebeg nunca los pudo olvidar el barón Davit.

Momentos después pasaron al salón donde, según costumbre, se sirvió el café. La velada se pasó en familia hablándose de la boda y del viaje por el extranjero que emprenderían los novios. Visitarían Francia, Inglaterra, Italia, deteniéndose más tiempo en España, patria de Adelfa. A las doce se despidieron los marqueses de Iven y el señor Landebeg se retiró á su despacho con Ismael Davit.

Al verse sola en su gabinete, Adelfa Cea rasgó con sorda rabia el rico traje que vestía, y cayendo de rodillas, abatida, desfallecida, dejando curso libre á sus lágrimas tanto tiempo contenidas, exclamó desesperada llevándose ambas manos al corazón:

—¡Hugo! ¡querido Hugo, perdoname, á tí es á quién amo yo, á tí solamente amo y amaré toda mi vida!



XXII.

DUDAS.—REALIDAD.

En amor, la víctima es siempre la que se acusa y humilla.

J. Sandeau.

LAS causas que pudieran motivar el prolongado silencio de Adelfa Landebeg tenían al conde Wolff intranquilo y nervioso, no sabiendo á qué atribuirlo; unas veces le parecía que la joven lo había olvidado, y entonces una gran tristeza se apoderaba de su alma, haciéndole entrever un porvenir desprovisto de todo encanto, y otras acusaba al viejo banquero, figurándose que era el que sustraía la correspondencia para conseguir los fines que se proponía, según la opinión de la marquesa de Iven.

Este estado de ánimo excepcional acabó por alterar su sistema nervioso de tal manera, que los médicos consultados le prescribieron los aires de la patria. Hugo dudó al principio en seguir los mandatos facultativos, pues le asustaba lo que le aguardaba á su vuelta; pero en vista de que su salud se debilitaba cada día más, resolvió abandonar á Rusia.

Escribió, pues, al ministro con este fin, solicitante una licencia, ó si se le negaba, como poco tiem-

po atrás, pediría su dimisión. La carta era enérgica, y el tono que empleaba de esos que no admiten réplica. El duque Hargle, comprendiéndolo así, resolvió acceder á la petición del conde, aunque de esa suerte no complaciese al Rey del Hierro....

Fué grande la alegría de Hugo al recibir la orden de traslado y la licencia. Mandó al criado preparar el equipaje y doce horas después se encontraba camino de Berlín.

El viaje fué bueno y durante él no ocurrió ningún incidente notable.

A las cinco de la tarde de un domingo llegó á su destino; en la estación nadie le esperaba, ningún amigo; había telegrafiado á su casa para que le mandasen el coche, que efectivamente encontró. Montó en él y se hizo conducir á su morada.

Durante el camino se entretuvo en mirar las calles de la gran ciudad, sin sentir en su corazón ningún sentimiento de placer; por el contrario, le parecía que era extranjero en su propia patria, que los edificios, el Cielo, el aire mismo le preguntaban con sorna: ¿qué buscas aquí? En vano procuraba pensar en Adelfa y en su amor; el recuerdo del pasado se le presentaba tan solo para aumentar su tristeza. Sí, había muerto en su alma la flor de la ilusión....

Ya de vuelta en su casa, cambió el traje de viaje que vestía y se dirigió al club, lleno aquellas horas por sus más asíduos concurrentes. Jugaban algunos al ajedrez, otros al tresillo, otros leían los periódicos, aquéllos conversaban....

Su presencia fué recibida con alegría. Stemoy, que estaba escribiendo, se levantó al verlo y corrió á abrazarlo, haciendo lo mismo el joven Grach. Extrañaron todos su repentina é inesperada vuelta, y como le hicieran varias preguntas sobre el moti-

vo que lo volvía á Berlín, repuso que solo era por causas de salud. Nadie lo puso en duda, pues efectivamente, estaba desfigurado.

Hiciéronle los sócios del club referir algo de su viaje, y el conde, después de señalar las cosas que más habían llamado su atención y los cambios que había encontrado de su viaje anterior, acabó diciendo con un tono al parecer indiferente:

—Rusia es un país hermoso; pero creedme; amigos míos, no volveré á él por mi gusto.

—Mas decidme, ¿qué sucede de nuevo por aquí? Vos, Stemoy, que lo sabéis todo, ¿qué tenéis que contarme?

—Lo de siempre,—repuso el cronista;—teatros, paseos, banquetes, conciertos y algunas bodas concertadas....

—¿Escribíais la revista? permitidme que lea esas cuartillas....—preguntó el conde.

—No, amigo mío—repuso Stemoy procurando fingir indiferencia—no me gusta adelantar las novedades.

Al hablar así el cronista recogía y guardaba con prontitud las cuartillas. A Hugo le molestó aquello.

—¿Pero acaso eso puede rezar conmigo, que vengo del extranjero y deseo saber lo que ocurre?—preguntó.

Stemoy nunca se las había visto mayores; parecía un delincuente en juicio, un ladrón sorprendido en falta.

—¡Bah!—exclamó Grach riéndose burlonamente—todos esos aspavientos los hace por una gran noticia que dá en esa crónica sobre el matrimonio próximo á celebrarse de la sobrina del señor Landebeg con el barón Ismael Davit.

El golpe lo recibió así, bruscamente, de repente, sin esperarlo, desprevenido.

Stemoy, que tenía muy buen corazón, trató de amortiguar el golpe, diciendo con precipitación:

—No, no lo creáis; es una noticia que corre, pero bien sabéis que el mundo es muy novelero y no busca más que noticias de sensación.... por eso dicen.... eso que repite Grach, sin creerlo él mismo.... Me parece que tenéis edad para conocer lo cierto de lo dudoso.... y dudoso es que Adelfa se case.... con ese viejo.

Bien hubiera podido estar Stemoy un año hablando, que Hugo Wolff no lo hubiera interrumpido con seguridad. El pobre oficial de marina pensaba, meditaba en lo que acaba de oir. El barón Davit vencía.... vencía, sí, una vez más, el dinero, el poder, el nombre del banquero millonario, sobre todas las voluntades humanas.... Adelfa se casaba con el viejo judío, seducida por el brillo y el fausto, prometiéndose reinar sobre Alemania como había reinado en el corazón del conde.... Pero no, no lo podía creer! Posible era que la joven se preparase para ser la esposa del banquero; pero lo hacía impulsada por la necesidad. ¿A caso no corrían rumores de que el señor Landebeg iba á presentarse en quiebra? Luego ¿no era posible que su sobrina se sacrificase y sacrificase al hombre á quien amaba también, para salvar el honor del que le había servido de padre?

Iba á salir de dudas al momento.

—Por supuesto, dijo en alta voz y al parecer tranquilo, por supuesto que será un verdadero acontecimiento esa boda. El novio se comprende que estará satisfecho, pero, ¿y ella está contenta ó aparece resignada?

—En un principio, repuso Stemoy, encantado de la calma del novio, no se le veía en parte alguna; podía creerse que se había ausentado de Ale-

mania.... lo que prueba que no estaba muy contenta....

—Bien pudo ser eso en un principio, interrumpió Grach, pero ahora en cambio, se presenta en todas partes, lujosísima, deslumbradora, tal parece que tiene el diablo en el cuerpo.... y lo tiene en efecto; el diablo de la vanidad la posee por completo: siempre ha sido de un orgullo insoportable; por eso aceptó á ese viejo: se promete hacer uso de sus riquezas humillando á las demás mujeres...

Hugo dejó caer la conversación y un momento después salió del salón y del club. Llevaba el corazón herido en sus fibras más sensibles.

—A casa, dijo al cochero.

Extender la vista por el valle, por la montaña, por el horizonte, y recorrer la vida toda hasta el fin, es grato, si se percibe amor, familia, ternura; entonces se deja uno adormecer por la luz de la dicha, el fuego del entusiasmo del alma se comunica á todo lo exterior; y se lanza uno por la vida sin miedo; sin temor, sin dudas siquiera.... pero ¡ah! pasar los ojos por ese valle mismo, por esa montaña y por ese horizonte y verlo todo vacío, hueco, no encontrando más que el eco á las tormentas del corazón, á los suspiros del alma, la nada.... Que todo desaparezca cuando precisamente se creía iba á realizarse, contemplar convertido en humo el fuego que creíamos ver arder; saber que la dicha toda fué soñada, que la esperanza ha muerto en flor, que todo lo que se deseaba es ya nada, sin haber sido nunca otra cosa que una quimera de la fantasía, ¡ah, eso es horrible!

El conde Wolff se encontraba en esa situación: en un momento veía caer roto en pedazos el edificio de su felicidad. Había que darle un adiós largo, eterno á todo lo que había creído lograr. ¡Ah,

sí! la mujer amada se alejaba de él y con ella, el venturoso porvenir, el soñado hogar, las alegres veladas en el castillo de su padre, anciano ya, y que esperaría en vano aquel dorado rayo de sol que había de darle calor á sus últimos días; los paseos por los campos, la vida tranquila y dichosa de la familia, alternando con la mundana y atolondrada de la capital.... Adiós, quimeras forjadas y acariciadas durante un año entero; adiós todo lo hermoso, todo lo bello y agradable, adiós para siempre!

Esto pensaba Hugo mientras que el coche se deslizaba al trote largo de sus caballos; desesperado, loco de dolor, con deseos de morir.... La vida le parecía insoportable después de lo que acababa de saber.

En vano quería acusar á Adelfa de desleal y pérfida, pues una voz en su interior le hacía disculpar á la joven, que sin duda sería tan desgraciada como él.

Así transcurrieron algunos días; al cabo de ellos se verificó un encuentro en una de las academias de música más renombradas. Habiendo recibido una invitación acudió á ella, para ver algo nuevo, para distraerse. Después de haber pretendido en vano seguir las divinas armonías del más divino arte, salió del salón y se puso á pasear por una galería. Un momento hacía que estaba en la galería, cuando en una de las vueltas se encontró con la marquesa de Iven que abandonaba también el salón.... Hubiera querido retirarse sin ser visto, pero cuando iba á realizar su propósito, Lucía levantó los ojos y se encontró con el conde....

—¿Ya de vuelta, Hugo?—exclamó con una alegría no disimulada. ¿Y cómo no habéis ido por casa?

—Os suponía, señora, muy ocupada con los preparativos de la boda de vuestra amiga, repuso.

Se había propuesto no hablar primero de este asunto y, sin embargo, era lo que hacía.

—¡Ah! ¿Ya os han dicho?.... Veo que se apresuran siempre mucho en dar las noticias desagradables.

—¿Noticias desagradables, decís? No, por cierto; me ha sido muy grato saber que la señorita Landebeg ha encontrado para casarse una fortuna digna de su hermosura.

—Sois cruel, conde, y hacéis mal en hablar así de mi desventurada amiga.

—¿Váis á intentar su defensa? Pues sería inútil....

—Tenéis razón, sería completamente inútil. Deciros la verdad no impediría que el mal se realizase.

—Ella, es seguro, no se avendría á perder la fortuna que....

—No se avendría, porque no puede disponer de sí misma; negándose á casarse con el banquero, su tío quedaría en la ruina más completa, lo que ella no puede consentir.... El señor Landebeg le ha servido de padre, como sabéis; justo es que Adelfa se muestre su digna hija, ahora que se presenta la ocasión de devolverle en parte los favores que ha recibido....

—Todo eso que decís sería bueno, marquesa, siendo cierto; pero ¿creéis que al cabo de vivir algunos años en sociedad se puede estar conforme con esas ideas y sentimientos hidalgos? Adelfa, os lo aseguro, estará encantada de lo que sucede, pues se ve en vísperas de contraer un brillante matrimonio, que será, estoy cierto, envidiado por todas las jóvenes casaderas del imperio. Para lograr ese fin no se preocupa ni poco ni mucho del efec-

to que en mi pueda causar, pero para no pasar á vuestros ojos como inconstante é infiel, finge esa conformidad y resignación en recuperarle al tío la fortuna próxima á perderse.....

—Cómo la calumniáis—exclamó la de Iven. ¡Desgraciada amiga, cuán grande sería su dolor si escuchara vuestras palabras! Aunque no, tal vez permanecería indiferente: después de los combates que ha librado consigo misma, entre el amor y el deber, ha quedado sin energías para luchar de nuevo, parece que no siente, que no vive; hasta sus facciones se han petrificado. ¡Si la viérais, conde, no la conoceríais!

—¿Estará enferma tal vez?—preguntó vivamente Hugo, más emocionado de lo que quería aparecer, á la idea de los sufrimientos de Adelfa.

—No, á Dios gracias, aunque creo no tardará su salud mucho tiempo en quebrantarse.

—Lo sentiré—repuso el oficial, volviendo á cubrir su rostro con la máscara de hielo de la indiferencia que había adoptado.

Lucía fijó en él sus ojos azules, llenos de reconvenciones.

—¡Ah!—exclamó—así os importa la vida de la mujer que decís amar! La veréis morir, sin verter una lágrima!

—Ella es la culpable, no yo.

—Os equivocáis.

—De su parte ha cesado la correspondencia.

—¿Pero no véis en ello una prueba más de su amor? Las cartas vuestras, que recibía, después de decidido el matrimonio, las quemaba sin abrirlas.

—¿Eso hacía? ¿Puede, pues, caber mayor indiferencia?

—Y cada vez le costaba un mar de lágrimas, lágrimas que yo procuraba en vano enjugar; yo que-

ría llevar á su alma un rayo de esperanza, pues aquel dolor mudo y sombrío me hacía daño.... Ella no escuchaba mis palabras, y seguía llorando. ¡Cuántas veces la ví sollozar, murmurando vuestro nombre, que pronunciaba con desesperación!

—¿Es cierto eso, marquesa?

—Sí, amigo mío, como lo es también que vos sois un ingrato acusándola. Ella me encargó que nunca os refiriese sus sentimientos, tan buena es, que prefiere aparecer perjura á vuestros ojos, á que vos sufráis por causa suya. Si me cree culpable—suele decirme cuando yo trato de buscar un medio para unirla con vos—me olvidará fácilmente: que sea él feliz y yo desgraciada, ¿qué importa?

El rostro de Hugo manifestaba una violenta emoción; parecía que en su interior se libraba una lucha entre dos ideas opuestas.

Lucía, que lo observaba atentamente, dijo después de un momento de silencio:

—Ya me retiro, es tarde: ¿queréis mandar algún recuerdo á mi buena amiga?

El conde vaciló un momento; luego repuso:

—Sí, decidle que soy siempre el más fiel admirador de su belleza; que le deseo toda clase de venturas, y que si me será permitido colocar en su canastilla de desposada, mi regalo de boda.

Todo rastro de emoción había desaparecido de su rostro; como de costumbre, era tranquila y plácida la mirada de sus azules ojos, y su voz, al hablar, era de un hombre sereno y resuelto.

—Está bien—repuso la marquesa;—se lo haré presente; pero tened cuidado, señor conde! Dios quiera que no lamentéis, cuando sea ya tarde, vuestras crueles palabras.

Hugo ofreció su brazo á Lucía, pero ella, haciéndose la que no lo veía, lo saludó cortés, pero fría-

mente, y empezó á descender la ancha escalera de la Academia.

En la puerta esperaba su coche; montó en él, diciendo al cochero:

—Á *Villa-Alegre.*

El conde permaneció inmóvil, mirando á la marquesa, con ganas de detenerla para confiarle las penas que lo devoraban; pero la dama había desaparecido de su vista y aun no había tomado ninguna resolución. Un suspiro levantó su pecho, y considerando perdida toda su ventura, continuó como si tal cosa su interrumpido paseo.

Pero el recuerdo de aquella tarde se le presentó muchas veces durante el curso de su vida, y conservó siempre el arrepentimiento de no haber abierto su corazón á aquella amiga.



XXIII.

CONSUELOS.

En el elegante gabinete de recibo en casa del señor Landebeg, en que se reunían los amigos íntimos para pasar las veladas en grata conversación, se encontraba Adelfa sola, sentada al lado del fuego, leyendo en un libro que parecía de oraciones; cuando abriéndose la puerta, apareció la marquesa de Iven. Al ver á su buena y fiel amiga, el rostro de la joven se animó con una plácida sonrisa.

—Buenas tardes, querida,—dijo la recién llegada—¿cómo te encuentras hoy?

—Perfectamente, gracias; ¿y tú?

—¿Yo? muy bien; tengo una salud inquebrantable. No te sucede á tí lo mismo, que hace días vienes padeciendo, ya una, ya otra dolencia....

—Es cierto, pero ya esto pasará.

—Sí, cuando respires los aires de la patria....

—Á propósito. Ahora que hablas de mi patria; he tenido carta de allá. Sor Francisca me escribe tan cariñosa como siempre. Yo le participaba en mi última, todo lo que me sucedía, y ella me responde dándome ánimos para lo que yo creía que era un sacrificio.... ¡Madre mía, bendita seas! ¡cuántos consuelos debo á tu amor, cuánta esperanza despiertan en mí tus dulces palabras!

La voz de Adelfa temblaba de emoción. La marquesa se aproximó más á ella y la llamó tiernamente. La huérfana levantó la cabeza, que doblara con abatimiento; una sonrisa iluminó su rostro bañado en llanto, como un rayo de sol después de la lluvia.

—¡Oh, querida Lucía!—exclamó abalanzándose á ella—cuan buena eres, y cuan mal te he juzgado; perdóname!

—¿De qué?

—Ah! yo creía que tú no me amabas tan verdaderamente; yo pensaba que tu carácter alegre y bullicioso te alejaría de aquellos que sufrían, y veo, hermana mía que en tales momentos muestras tu amistad.

Conociendo la marquesa que la emoción que dominaba á la joven podría dañarla, repuso sin responder á sus últimas palabras.

—¿Vas esta noche al té del general Rud?

—No; es probable que ni aun reciba á Davit: pasaré la noche aquí, á solas conmigo misma: á veces gusto del retiro.

—¿Pensarás mucho en Hugo?

—No, amiga mía; Hugo ha muerto en mi corazón—repuso Adelfa. De su rostro había desaparecido la expresión de desesperación que hasta entonces y desde la entrevista sostenida con su tío revestía.

—Muerto! ¿y por qué?—preguntó la marquesa.

—No lo sé; pero casi no me acuerdo de haberlo conocido—respondió la hija de Cea con indiferencia—y agregó, como si para ella fueran asuntos del mismo interés:—¿Sabes que miss Lowe se ha marchado esta tarde, con el pretexto de tener enfermo á uno de sus sobrinitos?

—Que cambio más notorio observo en tí, Adel-

fa mía!—dijo Lucía, después de mirarla fijamente y cogiendo entre las suyas las dos manos de su amiga.

—No te reconozco! ¿Eres tú la mujer amante y apasionada que llamaba á la muerte como único remedio á su dolor, cuando se veía obligada á abandonar al ser amado? ¿Eres tú la mujer enamorada hasta la pasión? ¿Eres tú, también, la misma que se me presentaba hace poco convertida en una estátua, fría, altiva y desdeñosa?....¿Qué sucede en tí? ¿Qué debo pensar? Háblame! soy tu amiga! Tengo el derecho de saber lo que sientes. Si te ocultas de mí y permaneces en una injuriosa reserva para quien tanto te ama, me marcharé de tu lado para siempre....Adelfa, querida Adelfa, ¿qué piensas?

Al hablar, la voz de la marquesa se había vuelto, de suplicante, imperiosa. Tenía la vista clavada en el rostro de la huérfana, por el que vió dos lágrimas silenciosas deslizarse por sus pálidas mejillas.

—Oh¡ perdóname!.perdóname!—exclamó Lucía arrodillándose al lado del asiento de Adelfa, con ese acento conmovido de la amistad, cuando es verdadera.—Perdóname si te he ofendido, pero son tan dolorosos á mi corazón esos misterios que guarda el tuyo!

—Tienes razón—repuso la sobrina del señor Landebeg—tienes razón, pero no me culpes; no te participo mis pensamientos, porque son obras de un cerebro enfermo!......No me culpes; conpadéceme; llora conmigo!......Qué desgraciada soy! Lucía, ten compasión de mí: tu cariño de hermana es mucho para mí, pero perdóname! no me basta! no me llames ingrata: la idea de casarme con otro que con mi Hugo me vuelve loca de dolor y deses-

peración, y como tengo que rendirme ante la necesidad, siento la muerte aquí, en el corazón!

Con una de sus manos se golpeaba el pecho, en tanto que ocultando el rostro en el hombro de su amiga, dejaba libre curso á sus lágrimas.

—Así quería yo verte!—respondió la marquesa; —así, natural y franca. Yo te conozco bien, y sabía que no eras capaz de olvidar tan pronto á Hugo......Me engañabas. ¡Ingrata!

—Sí, te engañaba á tí para engañarme á mí también: quería aturdirme, olvidar....Ya lo sabes toto; le amo hoy más que nunca!

Su voz se enronqueció: sollozos desgarradores salían de su pecho.

—Pobre amiga mía! cuánto sufres!

—No tanto, puesto que te tengo al lado para consolarme; pero ¡hay! ¡cuán doloroso me es recordar el pasado!

—El pasado en que ves á Hugo?—preguntó Lucía.

La joven hizo con la cabeza un signo afirmativo.

—Y si yo te dijera que el conde ha vuelto, que yo lè he visto, que he hablado con él?—agregó la marquesa observando á su amiga.

Sus palabras causaron el efecto presagiado: levantó Adelfa la cabeza inclinada.

—Hugo! ya de vuelta? ¿Aquí él, en Berlín? Oh! quiero verlo, quiero verlo!—exclamó con pasión.

—¿Para qué?

—¿Para qué? ¡Para morir contenta!

—Si no me prometes tener calma no sabrás nada.

—Sí, la tengo.

—...... Verdaderamente .... no me atrevo. Temo....

—Qué? habla, por piedad! ¿No ves que me matas de impaciencia? ¿Qué puedo escuchar que

me produzca efecto? Es que me odia? que me desprecia tal vez?

—No: ni lo uno ni lo otro; yo creo que te ama mucho, por el contrario, y que te respeta tanto como mereces; pero él también sufre, y te calumnia creyéndote una mujer interesada, capaz de rebajarte hasta casarte por dinero, sacrificando los sentimientos de tu alma....

—¿No es más que eso? Hiciste mal en temer que me molestaría esa opinión suya....Lo preveía, lo esperaba, lo deseaba....Si, lo deseaba: así me olvidará más pronto!.... Pero, Lucía, deseo verlo, tengo que hablarle, quiero decirle que no me he olvidado el juramento que le he hecho, y que lo cumpliré aunque me cueste la vida....

—¿Qué intentas hacer?—demandó Lucía.

—¿Lo sé yo acaso? Lo ignoro tanto como tú. Amiga mía ¿quieres ayudarme?

—Siempre estoy dispuesta á ayudarte: ¿qué pretendes?

—Por ahora, casi nada....Verlo; ¡hablarle!.... Se dice que el ministro de marina ofrecerá su baile anual la semana próxima ¿no es cierto?

—Sí, un gran baile, para el que reina mucha animación.

—Hugo asistirá, pues por lo mismo que está político con el ministro, la buena educación exige que se presente en sus salones ...Yo iré también y le veré....¿Ves que sencillez?

—Pero ¿y luego?

—¿Luego?....seguirán los preparativos para mi boda, y salvaré á mi tío.

A la marquesa no le agradaba el programa: el acento de su amiga, al hablar, era enigmático: tenía miedo á su carácter enérgico y arrebatado; ¿sería bueno lo que se proponía?

Pensó dirigirle algunas preguntas sobre el asunto, pero al volver los ojos se encontró con la suplicante mirada de Adelfa, que parecía mendigar su consentimiento...No tuvo valor para negarse temerosa de ver aquél rostro tan bello y dulce, iluminado en aquel momento por un rayito de esperanza, contraído de nuevo por el dolor y la desesperación.

Contentose de besarla en la frene, diciéndole al mismo tiempo con acento cariñoso:

—Nada de tonterías ¿eh? sobre todo mucho cuidado con ocultarme algo: yo quiero estar al tanto de todo para protegerte, si lo necesitas: ¿entendido?



XXIV.

EL BAILE.

¡Qué triste está el alma cuando está triste por el amor!

Víctor Hugo.

EL gran salón principal del palacio del duque de Hargle se veía completamente invadido por la mejor sociedad alemana, que á él había acudido llamada por la amable invitación hecha por el general, para celebrar el baile de etiqueta que ofrecía todos los años á sus amigos, y que tenía fama de ser uno de los mejores del imperio.

El señor Landebeg era siempre uno de los primeros en recibir la esquela de invitación; toda Alemania sabía lo que Adelfa había ignorado muchos años, que su tío era por derecho propio duque de Landebeg, que detrás de la personalidad del banquero, que de sí era muy importante en el mundo mercantil, existía la del noble de primera clase, último descendiente de una de las primeras casas del imperio, y la corte le recibía siempre con la deferencia que merecía por su nombre y por sus riquezas.

Cuando el hermano de la desventurada Eugenia fué anunciado por un criado con la ceremonia de costumbre en el salón del baile, el ministro se ade-

lantó á su encuentro, y después de saludarlo afectuosamente, ofreció el brazo á Adelfa Cea.

Esta estaba más bella que nunca lo había estado con un lujoso traje de terciopelo azul celeste, bordado de perlas; había adornado su cuello, brazos y cabellos con magníficos brillantes, lo que le hacía parecer una reina....

Había adelgazado en el espacio de tiempo que permaneció encerrada en *Villa Alegre*, y en su rostro se había ya apagado el sello de alegría y animación juvenil que antes formaba su mayor encanto. Sus facciones parecían como petrificadas; nada de movibles se observaba en ellas; de sus hermosos ojos negros partían miradas sombrías, que parecían indicar crueles luchas sostenidas entre el amor y el deber: en sus mejillas, pálidas como la cera, se quebraban las luces del salón, dándole el aspecto de una estátua de mármol, de esas obras perfectas de la escultura clásica, en que el cincel del artista pudo darle forma pero no le fué posible dotarla de vida.

Su llegada produjo el efecto acostumbrado, y más de una mirada se fijó en ella con envidia y celos, al ver la distinción con que la recibía el duque.

Berta Mancer, que aun no había podido olvidar el desaire recibido en *Villa Alegre*, cuando pretendiera conquistar á Hugo Wolff, se volvió hacia el joven Grach que estaba á su lado.

—Ya llegó la española—dijo con sorda enemistad.—Ved como se vuelve todo el mundo á su paso, cual si fuese una reina.

—Y todo eso por los brillantes que carga—repuso el hijo del general recordando también la indiferencia manifestada por Adelfa cuando él le exponía sus pretensiones amorosas.

En aquel momento la señorita Landebeg salu-

daba á la esposa del ministro, que la acogía sonriendo afectuosamente.

—¿Es cierto lo que se dice?—preguntó la anciana y amable dama, después de cruzado el saludo. —¿Es cierto que os casáis con el barón Davit?

—Así es, señora......

—Os felicito, hija mia; haréis el mejor matrimonio de Berlín, pues el barón es uno de los hombres más ricos de toda Alemania. Permitidme que os felicite anticipadamente; creo que seréis felíz......

—Y yo también lo creo—repuso la joven alejándose.

El acento que empleó Adelfa en estas palabras dejó sorprendida á la duquesa.

—¡Ah!—exclam óvolviéndose á una señora que estaba á su lado.—Parece que la señorita Landebeg no está satisfecha.

¡Satisfecha! ¿Acaso podía estarlo la joven? No; pero era preciso al menos aparentar que era felíz, ocultar que sufría; había estado demasiado franca con la duquesa....Al pasar por delante de un espejo se miró en su luna y ella misma se quedó asombrada de la expresión de dolor y cansancio que manifestaba su rostro.... Sonrió con amargura al mismo tiempo que dejaba escapar un suspiro de su pecho.

El ministro la miró sorprendido.

—¿Estáis mala, señorita?—preguntó.

—Hace algún tiempo sufro algunas dolencias ligeras, pero molestas como todos los males—fué la respuesta.

Preludió la orquesta en aquellos momentos unos de esos valses de Straus que tienen el privilegio de agradar siempre.

—¿Entonces no podréis bailar? ¡Lo siento! Que-

ría presentaros á un amigo mio que desea tener ese honor hace mucho tiempo.

—Sí que puedo bailar-respondió Adelfa.-Bailar ha sido siempre mi pasión y creo que moriré valsando.

El ministro hizo una seña á un joven que estaba á algunos pasos de distancia.

—Mi amigo el marqués de Valle Florido, paisano vuestro, señorita: la sobrina del banquero Landebeg—dijo el duque Hargle, y la presentación quedó hecha.

—Bendigo este momento que considero el más bello de mi vida—dijo el marqués inclinándose.—¿Seréis tan buena que me concedáis el honor de bailar conmigo esta noche?

Adelfa Cea respondió afirmativamente, y al compás de la delicada música comenzaron primero con alguna lentitud, con extraordinaria velocidad después.... Aquel vals fué el último que bailó en su vida Adelfa Landebeg.

Cuando terminó la música—porque todo termina en la vida—el joven ofreció el brazo á su hermosa compañera, diciéndole al mismo tiempo con la natural amabilidad de los de su país.

—Señorita, valsáis como una hada: vengo de Madrid, donde he tratado á las más bellas damas, pero no he conocido allí ninguna que se asemeje á vos. ¿Sois de la corte?

—No: he nacido en Sevilla—repuso ella al mismo tiempo que pensaba que hacía un año que había conocido al conde Wolff en aquella misma fecha, en aquella hora misma....

—¡Oh, qué dichosos son los sevillanos! Yo, desde hoy, dejo de ser madrileño y me considero paisano vuestro. ¿Me admitís?

—Ciertamente que sí; me congratulo de ello.... ¿Habéis llegado hace poco?

—Dos meses y medio.

—Justo, el tiempo que hace no frecuentaba yo el mundo....

La llegada de Ismael Davit, cortó la conversación que ámbos jóvenes seguían en castellano.

—¿Cómo os encontráis, hija mía?—preguntó el banquero á la joven después de saludar ligeramente al marqués.

—Perfectamente, amigo mío; ya lo véis... Aquí hablábamos de mi país. ¿No conocéis al señor? pues tengo el gusto de presentároslo: el marqués de Valle Florido, español.... el barón Ismael Davit, mi futuro esposo.

Los dos caballeros se saludaron cortésmente, ofreciéndose su amistad.

La conversación continuó entre los tres, versando sobre viajes, literatura y estudios de lenguas: hablaban en francés, que es el idioma universal hasta que se acercó el marqués de Iven, recordando á la sobrina de Landebeg que tenían aquella pieza concertada desde la víspera.

—No lo he olvidado—repuso ella levantándose y apoyando su enguantada mano en el brazo que le ofreció Iven. Hizo un gracioso saludo en señal de despedida al marqués y al banquero, que volvieron á ocupar sus puestos continuando la conversación.

Adelfa se alejó con paso de reina.

—¿Está él aquí?—preguntó cuando se hubo alejado algunos pasos del barón, sin hacer mención de nada, como cosa ya convenida entre ambos.

—Sí,—repuso el marqués de Iven con acento confidencial—ha llegado ahora mismo.

Adelfa tuvo que imponerse para no dejar conocer la emoción que la dominaba.

Nervioso temblor recorría su cuerpo, haciéndose

dificultoso continuar su paseo por el salón. Sus ojos buscaban ansiosamente entre la concurrencia el querido rostro de Hugo, al que vería por última vez en este mundo. La ansiedad había coloreado un poco sus pálidas mejillas y su corazón al latir con apresuramiento, hacía mover las ricas pedrerías, que ornaban su busto escultural.

Iven pareció comprender la emoción que era presa su pobre amiga:

—Seguid andando—le dijo con bondad —pronto llegaremos á él . . . pero tened calma—agregó al ver la palidez que cubría nuevamente las mejillas de la joven.—Lucía me encargó os dijese que no os emocionarais mucho, que eso puede enfermaros.

—¿Dónde está Lucía?

—En el otro salón.

—¿Y Hugo, se encuentra sólo?—preguntó ella, volviendo á su idea fija,—sintiéndose morir á la idea de verse frente á frente del conde.

—No temáis, lo haréis todo á medida de vuestros deseos: yo permaneceré cerca de vos, de manera que tendréis al lado un amigo. Mi esposa, que os ama como á una hermana menor, me ha hecho varios encargos para el efecto, encargos que ya sabré cumplir. Tened calma.

—La tengo, la tengo de sobra. ¿Teme ella un arrebato de mi parte? Que descuide, no haré nada que pueda motivar un disgusto. . . .

Aun hablaba Adelfa cuando se encontró con los ojos de Hugo.

—¡Valor!—murmuró á su oído el marqués al verla más blanca que la nieve.—¡Valor!

Lo tenía de sobra la pobre joven, solamente que su salud estaba quebrantada para resistir impasible tan rudo golpe.

Dió algunos pasos más hasta llegar al lado del

conde, que hubiera dado su nombre por encontrarse todavía en Rusia.

—Buenas noches, conde—dijo el marqués finjiendo naturalidad—¿dónde os metéis que no hay quien os vea ni de léjos? Tal parece que huís del mundo.

—No tal,—repuso Hugo después de saludar á Adelfa con esa soberbia distinción, que era la nota característica de su génio—yo no huyo del mundo; es el mundo que huye de mí.... Veo que en Alemania corren ciertos airecillos de olvido, que sepultan en algunos ¡muy pocos! meses de ausencia á aquellos amigos que se han visto contra su voluntad precisados á abandonar sus afectos por obligaciones de la carrera á que pertenecen.

La intención de sus palabras era demasiado directa para que Adelfa y el marqués no la comprendieran.

—¿Quién sabe si no tenéis razón al hablar así?—respondió el primero con acento dolorido.

—Las pruebas son convincentes—repuso el oficial de marina.

—¿Á qué pruebas aludís?

El conde se quedó sin responder: no esperaba una pregunta tan derecha. Creíase con razones para quejarse y no suponía en las otras fuerzas para provocar un ataque del que, á su juicio tendrían que salir derrotados.

—¿No me respondéis, querido conde? ¿Es qué sin duda pensáis que estoy demás aquí? ¿No es cierto? Pues me retiro: seréis más comunicativo con la señorita de Landebeg. Hasta luego.

Hugo Wolff ofreció entonces su brazo á la mujer que tanto había amado y á quien amaría toda su vida con igual pasión, con marcado disgusto.

—¡Ah!—exclamó ella fríamente—si os molesto, podéis estar seguro que será breves momentos.—

La emoción que momentos antes embargaba toda su acción, había desaparecido.

Habíase supuesto á Hugo, triste ó desesperado, y la idea de ver sufrir por su causa á quien tantísimo amaba le era insoportable; pero se lo encontraba airado y ofendido, desdeñoso, sarcástico.... después de todo, como debía estar, y esto le volvía el valor y la calma; unas palabras bastarían para entenderse y ponerse de acuerdo.

—Entremos aquí,—dijo la joven—después de dar un corto paseo, señalando uno de esos pequeños gabinetes tan usuales en Alemania, que rodean los grandes salones de baile y que parecen invitar al espíritu á tomar descanso de las luchas morales y al organismo debilitado por el vals, ofrecen un cómodo y delicioso retiro para reponerse....

—Como gustéis; estoy á vuestras órdenes—repuso el oficial.

Adelfa se dejó caer en una otomana con abandono; como á quien es todo es igual en el mundo entero. Repetidas veces pasó su diestra por la pálida frente, como quien desea despertar de un sueño demasiado penoso.... Por fin alzó la cabeza que tenía inclinada, fijando sus grandes ojos negros en el rostro del marino, que frente á ella permanecía de pié, recostado en el mármol de una mesa-consola sobre la que descansaba una gran luna veneciana, que copiaba la actitud de los dos amantes.

—Señor conde,—dijo Adelfa lentamente,—vuestra actitud me indica que nada soy ya para vos. El amor que me profesásteis ha muerto en vuestro corazón.... No protestéis!.... yo no os acuso.... expongo simplemente nuestra actual situación, para luego reducirnos á la realidad, por triste que esta sea....

—Me parece—interrumpió Hugo— que esa situa-

ción de qué hablais no ha sido motivada por mí...

—Queréis decir que la única culpable aquí soy yo, ¿no es cierto? A eso vengo precisamente. Escuchadme.....—La voz de Adelfa se enronqueció, se detuvo; luego continuó. Yo he roto, sí, yo he roto con mis manos los lazos de nuestros amores.... Yo he dejado de responder á vuestras cartas: yo, que al parecer, quería recuperar la libertad mía, que voluntariamente os había enajenado, para entregársela.... á otro hombre.... Todo esto es así: no trato de cambiar los hechos.... soy culpable, bien lo sabéis vos y el mundo.... Ahora bien: un día me jurásteis que aun teniendo las pruebas de mi perfidia ante vuestros ojos, no creeríais en ella ¿lo recordáis? Yo no lo he olvidado y vengo á preguntaros ¿cómo habéis cumplido vuestro juramento?

—Al hacerlo, repuso el oficial de marina con la voz reposada de la razón, no creía yo posible que sucediera lo que estoy viendo.... Yo también he recibido de vos otro juramento que permitiréis os recuerde á mi vez. ¿Qué queríais decir cuando me repetíais con un acento que yo creía sincero ¿vuestra ó de Dios?

—Yo cumpliré mi promesa, y si no pongamos al tiempo por testigo: él os hará ver la verdad.

—Así respondéis siempre vosotras las mujeres.. Si yo no supiese por experiencia que esa es costumbre entre las que, siendo infieles á las promesas hechas, quieren aparecer inocentes, tal vez os creería.. mas..en fin..hablad: estoy diciendo tonterías!....

—No, en verdad, conde: vuestras palabras me han abierto un camino que permanecería de lo contrario cerrado para mi penetración. Veo que creéis á todas las mujeres iguales á vuestra pri-

ma.... á aquella que vendió su amor por dinero.. Yo no sé si eso sucederá á menudo en Alemania, aunque creo que no.... Mi madre había nacido aquí, y por amor sacrificó rango, fortuna y familia.... Yo me enorgullezco de ser su hija y pienso imitarla.... Ahora bien; tengo que cumplir un juramento hecho por ella en su lecho de muerte, y esto me llevará algún tiempo.... He querido hablaros, conde, para suplicaros que antes de culparme, esperéis los acontecimientos, os aseguro que no os arrepentiréis....

La voz de Adelfa temblaba de emoción: toda ella parecía transfigurada por un dolor agudo é insoportable. Hugo la miraba fijamente asombrado de aquella escena que tan poco había previsto.

—Volved en vos, señorita—repuso, conteniendo las palabras de afecto y reconciliación, prontas á escaparse de sus labios—ved que tal vez estáis diciendo lo que no queríais decir.

—Cuidáis bien de mis conveniencias señor.... pero.... despreocupaos: no tengo nada que guardar, ni nada que temer en el mundo...... Breves días me faltan para verme libre, completamente libre......

—¿Qué pensáis hacer?—demandó Wolff

Ella le miró fijamente queriendo adivinar los pensamientos que se ocultaban bajo la frente del marino: pero del rostro del joven había desaparecido aquella expresión de interés que lo iluminara un momento y había vuelto á ser el hombre impasible é impenetrable, que no mostraba ni emoción, ni interés. Era el mismo que el mundo conocía: avaro de sus pensamientos, indiferente, frío, con sus azules ojos de mirar franco, noble y generoso, con sus correctas facciones enérgicas y severas. No: no era aquel que tenía delante el Hugo, apasiona-

do y amante, que ella sola conocía; todo amor había muerto en el corazón aquel que se ocultaba detrás del brillante uniforme de gala de la marina militar alemana. ¡Todo había concluído entre ellos! Toda comunicación de ideas, de deseos, de ensueños; separábalas un lago de hielo que el sol mismo, con sus rayos, no sería capaz de infundirle calor!

Era preciso responder algo ¿pero qué? Decirle la verdad, que lo amaba siempre, no le parecía admirable, puesto que entonces su vanidad quedaría herida, su papel resultaría ridículo, desairado .... El orgullo pudo más que el amor.

—Ya lo sabréis á su tiempo—repuso con afecta naturalidad.

A Hugo le pareció que las paredes del invernadero se desplomaban sobre su cabeza. Había esperado por parte de Adelfa un arrebato de pasión; una palabra desesperada, un gesto de protesta, una lágrima, algo, en fin, que manifestase amor, y él hubiera caído á sus piés, loco de alegría y hubiesen recuperado el pasado aquel tan hermoso que los dos habían gozado.... ¡Pero el pasado estaba perdido! La señorita Landebeg, fría como una estátua, orgullosa, reservada, respondíale con ese acento helado que no encerraba ni amor, ni ternura, ni aun tristeza. No: estaba equivocado: ella no lo amaba ya: era un sueño pensarlo: una demencia esperarlo!

Y así fué como se rompió definitivamente el lazo de amor que había unido y aun unía á aquellos dos seres nacidos para comprenderse.

Hugo no olvidó jamás el momento supremo para su vida; fué, por decirlo así, el que más trascendencia tuvo en su existencia.

La música del salón de baile llegaba hasta ellos debilitada por la distancia. Tocaban un vals. Con esa particularidad de las grandes crisis de la vida

que nos hace reparar en los más pequeños detalles, puso atención Adelfa: era el mismo que un año antes había bailado con Hugo la noche que se conocieron y empezaron á amarse.

Sueños de venturas entonces gustados: ideales de un porvenír risueño, notas de color de rosa, ¿dónde estaba todo aquello? La realidad, como el hielo del invierno se había encargado de secar todas las flores que se abrieran en su alma.

Levantose el seno de Adelfa en uno de esos suspiros que descargan el corazón de la pesada losa que los oprime. El conde la miraba en silencio. Hubiera ella pronunciado una palabra, una sola palabra que el conde esperaba con impaciencia y.. Pero los labios de la hermosa hija de Andalucía permanecieron cerrados y los párpados caídos ocultaron al oficial de marina el rayo de esperanza que brillaba en aquellos hermosos ojos negros.

—Como gustéis, repuso Hugo, completamente desconcertado.

—Os repito que todo lo sabréis á su tiempo, continuó la joven. Por ahora tan sólo he querido pediros un plazo bien breve, durante el cual no juzgaréis mis acciones. Concedido, ¿no es cierto? También quería veros así, con entera libertad para.. entregaros.. este brazalete que me distéis con cierto carácter; y que no debe permanecer en mi poder en las actuales circunstancias....Comprenderéis....

Hablaba con dificultad, como si el último aliento de su vida se escapase por momentos, mientras trataba de soltar el broche de la prenda con una de sus manos; pero era tal el temblor que la dominaba, que para esa tan sencilla operación empleaba un tiempo bastante largo.... Por fin, se abrió el brazalete, y Adelfa, después de mirarlo fijamente,

se lo presentó al oficial de marina, diciéndole con acento que pretendía ser indiferente, pero que resultaba desgarrador:

—Tomad.... es una bella joya que he usado con mucho gusto algún tiempo, pero que no debo ya conservar en mi poder..

Hugo se negó á aceptarla.

—Vuestra es, repuso, guardáosla, lo que dí á la señorita Landebeg, puede continuar siendo de la baronesa Davit.

La hija de Cea pareció vacilar: y el conde atribuyendo esa duda á una causa muy diferente, en verdad, á la real, tuvo el mal gusto de agregar:

—Recibidla como mi regalo de boda.

—Muchas gracias, repuso Adelfa, irguiéndose con altivez.

Hasta entonces había sido posible un acuerdo entre los dos, que los reconciliase para siempre, como era el deseo de ámbos; pero la distancia que cada nueva palabra pronunciada hacía más enorme, llegó en aquél momento á su colmo, y ya ningún poder humano hubiese logrado acortarla.

—Esto es todo lo que tenía y quería deciros—continuó diciendo la joven poniéndose en pié, aparentando un valor que en realidad estaba muy léjos de sentir. Perdonad si os he molestado un momento que creo no habrá sido muy largo.

El conde se inclinó y le ofreció el brazo en silencio.

—No—repuso ella, acercándose al espejo y componiéndose distraídamente su tocado, no; tal vez sería para vos una molestia: tened la bondad de decir á Stemoy que lo espero para la próxima cuadrilla.

Cuando el conde Hugo Wolff se alejaba del invernadero, después de hacer á la joven un ceremo-

nioso saludo, le pareció oir una voz que murmuraba en voz muy queda, pero apasionada:

—Hugo, mi querido Hugo!

Tuvo el marino intenciones de volver atrás, para declararle á la joven su deseo de volver al pasado; pero quiso su mala suerte que en aquél momento se cruzase su mirada con la del barón Ismael Davit: á la sola vista del banquero despertó nuevamente su orgullo herido y siguió hácia adelante confundido entre los concurrentes del baile, buscando á Stemoy, pero en todo el resto de su vida pudo olvidar aquella dolorida voz que le llamaba con toda la pasión de un alma enamorada.

—¡Hugo, mi querido Hugo!



XXV

MORIBUNDA!..

A la mañana siguiente del baile Adelfa no pudo abandonar el lecho. Sobrevínole una violenta fiebre, que el médico, llamado con urgencia, calificó ser el resultado de algún grave disgusto.

El señor Landebeg, que amaba á su sobrina con amor paternal, no sabía á quien encomendarse en aquellos críticos momentos. Su conciencia le reprochaba el haberle impuesto el deber de casarse con el barón Davit, y se creía ser el causante de la enfermedad de la pobre joven, que yacía en su alcoba devorada por unas fiebres que la ciencia se consideraba impotente para eliminar.

Se avisó á la marquesa de Iven, que no tardó una hora en trasladarse á la quinta, para permanecer en ella todo el tiempo que su amiga tuviese necesidad de sus cuidados.

Vanas fueron las recetas que el doctor Bohk prescribió para procurar á la enferma alivio en sus males; éstos fueron rebeldes.

Durante el día se notaba en ella alguna calma; pero cuando el sol empezaba á descender, las crisis nerviosas se sucedían casi sin interrupción, haciendo temer, primero por su vida, y luego por su razón, que se había obscurecido completamente, de tal manera que ni la voz de su amiga Lucía, ni

la de su fiel Justina, lograban encontrar eco en su cerebro, sumido en las sombras espantosas del delirio.

La noticia de la enfermedad de Adelfa cundió rápidamente por Berlín, donde se la quería, admiraba y envidiaba; todos los amigos de la casa, que eran muchos se dieron prisa en dejar tarjeta en *Villa Alegre*, en señal de visita.

El señor Landebeg estaba verdaderamente alarmado y triste, pero su dolor por grande que fuese, no podía tan siquiera compararse al de Ismael Davit, que llegaba á la desesperación. Sin ocuparse para nada de sus asuntos mercantiles que siempre había dirigido por si mismo, se trasladó á la quinta abadonándolos todos á su encargado.

Ya en *Villa Alegre*, su vida, su ocupación toda se redujo á expiar en los rostros de las enfermeras las distintas impresiones que manifestaban.

Once días transcurrieron de angustia y peligro, al cabo de los cuales, una tarde en que Lucía, dejando á su amiga al cuidado de Justina, se paseaba por la galería del sur, el banquero judío se acercó á ella con un aire tan abatido que la marquesa no tuvo valor para alejarse sin hablarle, como pensara hacer. El desventurado Davit había envejecido mucho, y su rostro, enflaquecido, atestiguaba grandes y profundos sufrimientos.

—¿Cómo encontráis á nuestra querida enferma? —preguntó.

—No se que deciros—repuso la de Iven, con amabilidad—algunas veces creo que va mejor, otras......

—¿Qué?

—Temo por su vida.... por su razón. La pobre joven ha sufrido mucho y tantas emociones seguidas han acabado por producir esta enfermedad con que luchamos...... tal vez en vano......

—¡Oh!, callad, callad!—exclamó el barón haciendo un ademán de espanto—no digáis eso otra vez; ¿no véis que me matáis?

La marquesa dió un paso más, acercándose al banquero y clavándole la vista con imperio.

—¡Ah!—murmuró con amargura—¿sois vos el que creéis morir de pena, y no pensáis que son vuestras imposiciones las que matan á Adelfa? ¿Vos, que queriéndola hacer vuestra esposa cometéis el crimen más horrendo que se puede concebir?.....

—No me culpéis, marquesa; yo mismo estoy avergonzado de mi conducta; me acuso de malvado, de cruel; pero no puedo renunciar á ella, porque la amo locamente...... Mientras permanezca soltera no atentaré contra su vida, pero si veo que va á casarse con ese...... Hugo Wolff...... no seré dueño de mí, no, y la mataré!......

¡No me culpéis! Disculpadme vos, que sois su amiga. ¡Si supiérais lo que es esta pasión que me devora! ¡Mis sufrimientos al ver que me detesta! ¡Mi desesperación al verme viejo é incapaz de hacerme amar de ella, á quien adoro! ¡Ay de mí, miserable que soy! Lo comprendo todo, pero no puedo sobreponerme á esta pasión que me devora!

—¿Es verdad todo eso?—demandó Lucía, asombrada de aquellas confidencias que no esperaba y admirada de saber que era por amor verdadero por lo que Ismael seguía una conducta que hasta entonces le había parecido mezquina y miserable. ¿Es cierto que vos mismo os acusáis como os acusaba yo? ¿Por qué no me lo habéis dicho antes? ¡Cuántas penas tal vez se hubiesen evitado!

—¿Qué, marquesa?...... ¿Tendré la suerte de ser apreciado por vos? ¿Por vos comprendido y tal vez compadecido? Yo siempre os había considerado como á una enemiga......

—Y lo era en realidad—respondió la de Iven con su habitual franqueza:—lo era sí, pero yo creía entonces...... que....

—Que era el capricho de un viejo el que me llevaba Adelfa ¿no es cierto? ¡Ah, qué razón tendréis en ese caso para odiarme, para aborrecerme...... Ella cree lo mismo, ¿no es verdad? Si, todo el mundo me juzgara igual, pero ahora señora, que Dios os ha conducido aquí para mi sosiego, permitidme que os abra mi corazón...... que os muestre sus heridas.

Yo no he amado nunca antes de conocer á Adelfa. Mi vida, mi afán, mi dicha, mi ternura, todo, en fin, en el mundo se condensaba para mí, en mis millones. Era rico y quería serlo más, mucho más: ¿para qué? Yo mismo no lo sabía; quería oro, oro para humillar, para mandar y verme obedecido... Para conseguirlo no he retrocedido más que ante las infamias: nunca he arruinado á sabiendas á ningún prójimo: jamás he retenido en mi poder un centavo que no me perteneciese legalmente, os lo juro......

Así he vivido diez, veinte, treinta, muchos años, sin sentir en mi corazón un sentimiento de afecto por mujer alguna, hasta que llegó á mis oídos el nombre de Adelfa Landebeg, que sonó en mi alma dulcemente; sin conocerla, pensaba en ella constantemente.... Una vez saliendo de mis costumbres pedí á su tío me presentara á ella. Al verla me quedé estático; era la imagen de mis ensueños: el ideal convertido en realidad, la mujer soñada, en fin.... Un gran amor se posesionó de mi corazón.... Ella siempre me recibió con ese afecto desinteresado que se le concede á los amigos sin sospechar siquiera lo que pasaba en mi interior. Yo cada vez que la vía más la amaba. ¿Qué hacer? Lo

demás, lo conocéis; habéis presenciado mis maquinaciones para atraerme el afecto de Adelfa, pero lo que ignoráis es que he estado á punto de arruinar al señor Landebeg para ver si así lograba hacerla mi reina: ya véis qué acción más miserable pero todo fué por amor. Sí yo la quiero á ella, aunque siendo su esclavo, besando el polvo del camino que ella pisa, obedeciéndola en todo; llegar al heroismo á la degradación, al poder ó á la ruina, pero todo para ella, siempre con ella, todo por ella!......

—¡Cuánto debéis haber sufrido!—exclamó la marquesa, observando el cambio que la emoción había operado en las facciones del barón, convirtiendo al hombre frío y ceremonioso, duro y despótico, en el ser apasionado y amante.

—Nunca lo podréis saber, repuso él con desaliento, llevándose una mano á la frente, mis penas eran terribles y nadie ha tenido compasión de mí..

—Nadie os comprendía; pero ahora yo os prometo haceros ver tal cual sois; yo, que era vuestra enemiga. En cuanto Adelfa mejore, le hablaré de vos y......

—Gracias, gracias, marquesa, me salváis de la desesperación. Vos solamente conocéis mi interior y podéis hacer que ella me acoja con afecto, no con amor; deseo tan solo estimación, ternura, afecto......

—Los tendréis; amigo mío, yo os lo prometo.

—Y en cambio yo os bendeciré todo el resto de mi vida.

Justina entró en la galería diciendo á Lucía que su señorita había despertado y que el médico aguardaba para saber detalles de la enfermedad. La marquesa salió detrás de la doncella, quedándose solo Ismael Davit con el alma despejada de un gran peso. El pobre y desdeñado amante sonreía

de gozo á la idea de ver algún día en los ojos de Adelfa una mirada cariñosa para él.

Media hora después sintió pasos en la galería y dos voces llegaron hasta sus oídos:

—¿Qué decís, doctor?—Lucía preguntaba.

—Que esta noche se resuelve el caso. Volveré sobre las diez, para lo que pueda ocurrir; espero una crisis que ha de ser muy violenta, de la cual ha de resolverse el fin, que no se puede presentir si ha de ser feliz ó funesto.... Mañana estará fuera de peligro de cualquier modo, concluyó el médico con enigmático acento.

A medida que caía la tarde la enferma empeoraba; pero de manera tan visible, que los de la quinta creían había llegado el término de aquella vida tan querida para ellos, y que el mundo tanto había envidiado.

En la habitación contigua á la alcoba de la joven había algunas personas reunidas, que trataban de calmar la desesperación del señor Landebeg, que creía ya perdida á su sobrina. Por orden terminante del médico no se le permitía estar al lado de Adelfa, de donde se le había sacado á la fuerza.

El doctor Bohk iba y venía, se paseaba ó detenía al lado del lecho, daba órdenes que la marquesa Iven, el ángel de la amistad, se encargaba de hacer cumplir.

El barón Ismael Davit, solo en uno de los salones, lo observaba todo con los ojos desmesuradamente abiertos; sin atreverse á acercarse á la habitación, temeroso de lo que podía suceder.

Entre tanto, Adelfa permanecía en el lecho, más blancas sus mejillas que las almohadas sobre las cuales reposaba su artística cabeza con la espléndida cabellera negra destrenzada... Devorábala una fiebre terrible; sus manos se movían convulsivamente, como

rechazando unas sombras que la rodeaban, en tanto que sus labios pronunciaban palabras incomprensibles.

Así pasó la mayor parte de la noche hasta que sobre las dos de la madrugada, la joven se incorporó en el lecho y paseó sus miradas tantos días extraviadas por el delirio, por las personas que la rodeaban. Fué un momento de solemne ansiedad.

—Habladle—ordenó el médico, después de cerciorarse de que la fiebre la había abandonado.

La marquesa se acercó al lecho.

—¿Me conoces?—preguntó.

La sobrina del señor Landebeg se la quedó mirando con alguna fijeza.

—Soy yo—continuó la amiga fiel y cariñosa; dándole á su vez una dulce entonación.—Yo, que te quiero y velo tu sueño: yo, Adelfa mía ¿no me conoces?

—¡Ah!.... Lucía.... dijo por fin la enferma.

—¡Salvada!—exclamó el médico.

—¡Salvada!....repitió una voz en el gabinete próximo y un hombre penetró en la alcoba. Era el barón, que cansado de no tener noticias y asustado del terrible silencio que reinaba en la casa, se había decidido á acercarse á la habitación en el momento en que el doctor Bohk pronunciaba la ansiada sentencia.

El señor Landebeg, que no podía dar crédito á lo que le decían.

—¿Es cierto?—preguntó penetrando también en la pieza.

—¡Sí, es cierto! ¡Bendigamos á Dios. El nos la ha salvado!

Repuso Davit. Y aquellos dos hombres, vencidos por la emoción, cayeron uno en brazos del otro y las lágrimas de la alegría sucedieron al pasado angustioso silencio.

XXVI

ABNEGACIÓN.

Hay algo en Dinamarca
que huele á podrido......

Shakspeare.

ADELFA entró rápidamente en el período de la convalescencia.

El doctor Bohk, creyéndola en vías de una curación tan cierta como segura, se despidió dejando en un plan indicada la conducta que había de observarse con la querida enferma. Consistía esta en algunas indicaciones que se relacionaban tan solo con la parte moral de la joven, la única en peligro, á juicio del doctor.

Al marcharse de la que todos creían última visita, dijo á Lucía:

—Tened cuidado de que no den á vuestra amiga ninguna mala noticia; que no reciba emociones violentas; que no se la contrarie abiertamente. Es todo lo que recomiendo para obtener el pronto y total restablecimiento.

—Descuidad entonces, doctor—repuso la marquesa:—yo velaré por ella.

Bohk saludó y descendió la escalera que ¡ay! había de volver á subir tan pronto y por un motivo tan triste como desesperado.

Después de su enfermedad, Adelfa miraba á Is-

mael Davit con más afecto que antes, y hasta parecía gustar de su compañía. El pobre barón no cabía en sí de gozo. Era para él tan nuevo verse saludado por la joven con muestras de alegría, y tan grato á su corazón el verla sonreir cuando le dirigía uno de esos cumplidos á su belleza ó á su tocado, que antes no hubiesen obtenido de ella ni un signo de asentimiento.

Sin embargo, Davit no era del todo feliz, según manifestaba su fisonomía: una expresión de tristeza se notaba en ella. Sus ojos grises, tan brillantes siempre, se veían como empañados por una nube de pesar. Algo pasaba en su interior, algo grave, algo grande.

El señor Landebeg sonreía á la vista de su sobrina, como á la de sus negocios; después de violentas crisis veía á sus dos amores salvos de todo peligro. Adelfa volvía á la vida: su firma recuperaba de nuevo su pasado crédito, con dinero facilitado por el barón. Era en verdad un hombre felíz, completamente felíz.

En cuanto á la marquesa de Iven, se mostró en aquella ocasión la amiga fiel y generosa de siempre. Sus cuidados con Adelfa no pudieron ser más exquisitos; eran los de la madre cariñosa para con la hija enferma.

Cuando consideró á la joven fuera de todo peligro, habió de volver á ocupar su casa de Berlín. La tristeza de Adelfa fué grande y se manifestó en una ligera recaida que asustó á todos.

—Dime querida mía—preguntó un día la enferma—¿se te trata tan mal en esta casa que no quieres prolongar tu estancia en ella algún tiempo más? ¿ó es que ya no me quieres?

—Ni lo uno ni lo otro, Adelfa mía—repuso la de Iven:—lo que sucede es que hace muchos días que

falto de ella: quien sabe como andarán las cosas; necesito volver, poner orden, y por último, ¿olvidas que soy madre y que mis hijos reclaman mis cuidados?

—Más los necesito yo, Lucía.

—Mientras duró tu enfermedad no pensé abandonarte un solo momento; pero una vez restablecida tu salud, mi presencia te puede ser grata, más no precisa.

—No me abandones, Lucía; quédate á mi lado, ¡será por tan poco tiempo!

Y como Lucía le objetase que tenía otras personas á su lado que también la querían y velaban por ella, la joven repuso con entereza:

—Tu eres la única que me comprende.

En vista del decidido empeño de Adelfa, Lucía participó á su marido lo que sucedía y éste consintió en que demorara su estancia en *Villa Alegre*.

Las dos amigas pasaban los días en el pequeño gabinete de invierno, cuya construcción especial impedía llegar hasta allí lo riguroso del frío.

A aquella pieza había hecho Adelfa trasladar todo lo que le era grato: sus muebles predilectos, sus libros favoritos, sus adornos más queridos.... con objeto de verse rodeada de todo lo que le era útil y agradable. Allí recibía á los amigos más sinceros, que como siempre eran pocos; á aquellos que se interesaban de veras por su restablecimiento.

Todo el tiempo que los negocios dejaban libre al barón, pasábalo éste en aquel *boudoir* que encerraba para él toda la felicidad de la tierra y el único amor de su alma.

Siempre llevaba á las dos amigas algún recuerdo de Berlín, flores raras, libros nuevos, artísticas bomboneras; abanicos de los que lanzaba la moda; algo en fin, que aunque pequeño, mostraba el constante deseo de complacerlas que lo animaba.

Complacíase el banquero en alegrar á Adelfa refiriéndole anédoctas ocurrentes, percances de su juventud, recuerdos de viajes, procurando, en fin, alegrarla, y considerándose, si lo lograba, suficientemente pagado con verla sonreir y con escuchar su voz de timbre tan armonioso, preguntándole detalles que escuchaba con interés.

Una tarde en que el señor Landebeg anunció que comería en casa de un amigo para tratar de un asunto de interés, Ismael Davit, que se encontraba acompañando á las dos damas, manifestaba en su rostro una gran tristeza. Adelfa lo notó, y le preguntó la causa que se la producía.

—Es, repuso el banquero,—que cada día que pasa me hace más viejo.

—Eso sucede á todo el mundo—repuso Lucía riéndose.

—Sí, pero yo necesito mucho valor para comprenderlo y decir y hacer lo que debo hacer y decir.

—No os comprendo.

—Pues pocas palabras os pondrán al corriente—repuso el barón.—Adelfa—continuó haciendo un esfuerzo para aparecer sereno,—vos sabéis que os amo con toda la pasión, con toda la ternura de mi corazón; que á vos sola pertenece.... Hubo un tiempo en que soñé haceros mi esposa y, para lograrlo, no retrocedí ante nada: he sido un miserable, bien lo sabéis, pero mi amor me enloquecía y no me dejaba serenidad para juzgar el mal que causaba.... Todo eso lo sabéis, verdad? pues bién, lo que quiero y debo deciros, es que renuncio á los derechos que el dinero facilitado á vuestro tío me dá sobre vos, y que os devuelvo la libertad, comprometiéndome á haceros dichosa, uniéndoos con Hugo Wolff.

Su voz espiró en la garganta.

—¡Que escucho!—exclamó Adelfa incorporándose en su asiento.

—No me despreciéis; querida niña; he sido para con vos un ruin, cobarde.... Mi egoista pasión no me permitía pensar en otra cosa que en su satisfacción; pero estoy arrepentido de todo corazón de mis pasadas faltas, y considerando que aún es tiempo de remediar el mal causado, os devuelvo vuestra palabra, la palabra de vuestro tío y os juro haceros la esposa del conde Wolff......

—¿Y qué tiene que ver ese hombre con mi felicidad?—preguntó la española con un tono de orgullo que asombró al banquero.

—Pero.... ¿no lo amáis?

—¿Yo amarle? ¿Yo amarle?.... ¡No, no! Mientras le creí fiel, amante leal.... dispuesto á morir por mí, pude sentir por él, afecto, ternura, amor... pero ya véis como me ha abandonado; con que indiferencia me ha dejado.... ¡No! Yo no le amo: no puedo amarlo!

—¿Será verdad?—exclamó el barón Davit, sin atreverse á dar crédito á lo que oía,—¡Decidme otra vez que no lo amáis; que yo lo oiga; si me parece que sueño!

—Pues bien, querido amigo, escuchad: yo no amo al conde Wolff, no lo amo!

Lucía que hasta entonces permaneciera callada, se levantó, y acercándose á su amiga, le puso una mano sobre la blanca frente, diciéndole al mismo tiempo.

—¿Es cierto lo que has dicho?

Su voz era imperiosa, su acento severo, sus ojos fijos en los de Adelfa, reclamaban la verdad entera: toda entera.

—Ciertísimo—repuso la convaleciente con serenidad,

—¿Entonces?......

—Lucía—interrumpió la señorita Landebeg incorporándose.—Lucía, escuchame. Yo he querido al conde mientras creí que me amaba, pero he comprendido que me ha olvidado. Ya no me ama; porque el hombre verdaderamente enamorado, mata á la mujer que lo abandona ó al hombre que se la roba, pero no se le deja así tranquilamente.... No se despide de ella con un frío y ceremonioso saludo, sin volver hacia atrás la cabeza una sola vez, sin un arranque de pasión ó de desesperación!

—Vuestras palabras me permiten entonces esperar un franco y general perdón de vuestra parte?—dijo David.—¿Seréis tan buena que disculpéis todas mis culpas, comprendiendo que no me impulsaba á cometerlas más que mi amor ardiente y apasionado?

—Porque así lo he creido, es por lo que he traido la conversación á este terreno....—repuso la joven con acento tranquilo.—Sí, David, os perdono de todo corazón, y no ya por deber, sino por amistad y afecto, os entrego esta mano que os pertenece.......

El banquero se inclinó, y sin coger la diestra que Adelfa Landebeg le tendía, repuso con tristeza:

—Renuncio á tan grande honor: no quiero ser más el tirano que hasta ahora he sido: libre sois, haced de vuestra libertad lo que mejor os plazca.

—Sois verdaderamente generoso, amigo mío. Y os estimo en lo que valéis. Aquí tenéis mi mano de esposa, os la ofrezco espontáneamente. Aceptadla.

—¡De todo corazón!—exclamó el banquero, después de vacilar unos momentos, estrechando con ternura aquella mano entre las suyas.

Pasado que fué el primer momento de delirante

alegría por parte del banquero, y de tranquila y sosegada por parte de Adelfa, que se sonreía satisfecha del placer que sus palabras habían causado en aquel corazón, que por entero le pertenecía, Lucía, siempre desconfiada, preguntó cuando se efectuaría la boda.

—Cuando todos los preparativos estén terminados, que no tardarán mucho: ¿verdad, barón?

Éste, que permaneciera callado hacía buen rato, levantó la inclinada cabeza.

—Será cuestión de días—repuso, y agregó mirando á su prometida esposa con mirada llena de ternura—¿no tenéis nada qué mandarme, vos que sois mi reina?

—Nada, Davit.

—¿No os disgustan mis costumbres, ni mi carácter, ni nada en mí? Mi religión, por ejemplo, ¿no es un obstáculo para vos, que sois católica?

—No, señor, pues supongo que me dejaréis practicar la mía en todas sus faces—respondió ella.

—¿Acaso no preferís uniros á un hombre que profesase la misma religión que la vuestra?

—Confieso que me alegraría, pero no hablemos más del particular....

—Al contrario, debemos hablar. Yo no quiero que os caséis conmigo más que satisfecha y contenta.... ¿Por qué no me mandáis que renuncie á mis creencias para abrazar las vuestras?

—No me gusta ser tirana.

—Conmigo nunca lo seréis.... Yo, pensando que con ello tal vez lograría satisfaceros me he hecho bautizar por un sacerdote católico.....

Era demasiada generosidad.... Adelfa no supo que responder al barón; pero una lágrima brotada por la más grande de las emociones, la que hace verter la gratitud, salió de sus ojos y rodó lentamente por sus pálidas mejillas.

Ismael Davit se consideró recompensado.

Dos días más tarde, la marquesa, después de almorzar abandonó *Villa-Alegre*, dirigiéndose á Berlín para ir á casa de su modista y hacer algunas compras para el matrimonio de Adelfa.

A la caída de la tarde regresó á la quinta. Se dirigió al gabinete de su amiga, á la que encontró esperándola con impaciencia. Después de saludarla, comenzó á referirle en lo que había empleado el tiempo que habían estado separadas.

Había encontrado en una perfumería á Berta Abancer, que se casaba con Orfork, ascendido á capitán: Stemoy había pedido la mano de Hada-Reed, que le había sido concedida: el conde de Hayhartk, había muerto repentinamente la noche anterior, dejando libre á su esposa para casarse nuevamente.

Todo esto lo decía la marquesa con aturdimiento, como quien no se preocupa de nada grave, dando vueltas delante del espejo.

—A propósito—dijo de repente como recordando algo, y dejando caer sus palabras con indiferencia al parecer, pero en realidad observando atentamente el rostro de Adelfa para sorprender en él alguna emoción, que delatase sus sentimientos; á propósito: el conde Hugo Wolff ha dejado de pertenecer al ministerio, pidiendo en cambio formar parte en la comisión hidrográfica del Japón, y habiéndole sido concedido, ha abandonado á Alemania hace tres días.

—A lo que parece vuelven á renacer en él sus antiguas aficiones por los viajes largos — repuso Adelfa sonriendo dulcemente, y guardó silencio.

Y ésta fué la última vez en el mundo que se pronunció entre las dos amigas el nombre del conde Hugo Wolff.

¡Triste, triste Adelfa!

XXVII.

FRENTE Á FRENTE....

Adelfa Landebeg á la Reverenda madre Sor Francisca de San José, en España.

Es un hecho, y sin embargo, me niego á creerlo: lo he visto, lo he presenciado todo, y aún me parece mentira: he firmado el contrato de bodas, he firmado también un papel ante el juez, el notario y los testigos, delante de muchas personas que habían sido invitadas precisamente para el acto y aun me parece un sueño que esté yo casada ante la ley, con el barón Ismael Davit.

Y aunque no lo crea, ya yo no puedo ser, mientras ese hombre viva, la esposa de ninguno otro.... Nó. Sólo falta el matrimonio canónico, que se celebrará en la noche del 25, para convertirme en la baronesa Davit, para ser la esposa del acaudalado banquero Ismael Davit y tener que habitar en su casa....

Me niego á creerlo, pero ¡ay madre mía,! que la realidad está ahí, que todo lo que me rodea se encarga de advertirme que se ha realizado el acto, que no hay ya poder humano ni divino que logre deshacer lo que está hecho...

Yo estaba sin duda loca cuando he consentido en que hicieran todas esas cosas; sí, debí estarlo, porque si estuviese por hacerse, yo gritaría, yo diría á todo el mundo que se me ha violentado para obtener mi consentimiento, y me parece que los hombres no serían tan malos que habrían de consentir en mi sacrificio, y ellos me salvarían y me pondrían en libertad....

¿Pero qué haría yo con la libertad? ¿Para qué la quiero? ¿De qué me serviría? ¡Ay! no haría nada: nada lograría. ¡Qué con ella no recuperaría mi amor perdido ni mi Hugo volvería á amarme.

Mas noto que divago: os hablo del fin y nada sabéis de lo ocurrido. Perdonadme, madre del alma; pero creo que me estoy volviendo realmente loca.

El caso es el siguiente. Que Hugo se ha marchado, abandonándome sin ocuparse de mí, dejándome entre la vida y la muerte; enferma de gravedad; que no cree en mi inocencia; que piensa que yo lo sacrifico á él ante los millones del barón; que cree que eso de la ruina de mi tío ha sido una farsa; que yo no soy digna de su amor; que... Yo no sé cuántas acusaciones más que dan por resultado que me ha dejado y no quiere oir hablar de mí. ¿Comprendéis lo que es esto?

Nada. Después de todo, estamos en la tierra para llorar. Convengo en que exagero.

Pero no me resigno. Quiero morir, morir para olvidar. No puedo vivir entre las tinieblas, después de haber conocido la luz.

Y sin embargo, no he muerto; no muero; si parece que no se muere una nunca.

Cuando días pasados dí mi consentimiento para continuar los preparativos para la boda, interrumpidos varios días por mi enfermedad, creí que nunca llegaría el momento, que me moriría yo antes;

pero cuando vivo todavía es que no mata la pena y quizás me tenga que convertir realmente en la esposa de Davit.

Hace tres horas escasas que el gran salón principal, el que se abre muy pocas veces y sólo para grandes circunstancias, estaba lleno de luz y lo ocupaba la sociedad más distinguida de Berlín: la nobleza, la alta banca, el ejército, la marina, el cuerpo diplomático tenían dígna representación, y hasta el emperador mandó uno de sus ayudantes. Fué una verdadera recepción regia.

A las diez, justas, aparecí yo del brazo de mi tío: mi llegada produjo el efecto natural: se me esperaba con curiosidad: querían todos ver el cambio que se había operado en mí. Yo procuré revestir mi rostro de una falsa tranquilidad para evitar inspirar compasión; esa compasión cien veces más humillante que la ofensa franca. El mundo no puede consolar mi pena: me parece, pues, inútil, exponerla á la sociedad.

Creo que conseguí mi objeto, pues me pareció notar en los rostros de los concurrentes, especialmente en las damas, asombro y descontento, á la vez que viva admiración. Me habían puesto un rico traje de raso blanco, de gran gala: llevaba en el cuello un collar de brillantes que casi me cubría el busto. Es uno de los muchos regalos que debo al barón.

Al lado de una mesa, cubierta por un tapete rojo, esperaban algunos caballeros que se pusieron en pié, al verme aparecer. Vestían todos de negro. Conocí en esto que eran notarios, jueces y abogados. Es, por decirlo así, el uniforme que visten. Levita negra, corbata blanca, un guante puesto y otro quitado; sin cruces ni placas.

Los saludé sonriendo. Me señalaron un sitial

colocado con anticipación frente á la mesa, en la que había extendidos algunos papeles.

Mi futuro esposo, después de saludarme y de enterarse de cómo me encontraba, se reunió con los de la mesa y se dió comienzo á la lectura de los papeles.

Yo pensaba, viendo todo aquello, que me parecía ridículo á fuerza de pretender ser solemne, en lo distintas que son las fiestas del alma con las del interés.

La voz de falsete, aguda y pretenciosa, del que leía, llegaba hasta mí sin darme cuenta, hasta que de repente unas cifras que anotaba con claridad, y la tos con que procuraba hacer más estridente su voz, me hicieron prestar atención.

Me enteré entonces que mi tío, el señor Landeberg, á causa de sus recientes negocios, se veía obligado á privarme de los cien mil escudos de dote que me tenía destinados, aplazando su entrega para una fecha que no se acordó.

Era yo más pobre de lo que creía; pensaba tener una dote pequeña, y me encontraba que no poseía un centavo. Pensé en Hugo.—¿Me hubiera él hecho su esposa en esta situación?—me pregunté á mí misma.

No tuve tiempo de responderme, porque el notario, después de toser con más fuerza, que nunca, comenzaba á leer de nuevo. Presté atención.

Al principio no comprendí nada, pues comenzaba con muchas frases de rúbrica; pero luego empezó á citar las propiedades del barón, que llevaron bastante tiempo: tanto, que ya yo me iba cansando de tantas cifras y propiedades como estaba escuchando, hasta que el notario declaraba en nombre del señor barón Ismael Davit, que por propia voluntad hacía pública entrega de las tres

cuartas partes de su capital á la señorita Adelfa Cea, reservándose para él la otra parte. Y seguidamente citó las propiedades que pasaban á ser de mi pertenencia.

Un murmullo de admiración se levantó en el salón al escucharse esto.

Me presentaron una pluma para firmar unos papeles. Yo la tomé afectando una ligereza de espíritu que distaba mucho de la realidad; pero antes de poner mi nombre, me acerqué al banquero, y le dije que yo no podía admitir aquello, que ya era demasiado....

—No, hija mía!—me repuso con un acento tal de ternura, que poco faltó para que las lágrimas corrieran por mis mejillas, delante de todo el mundo.—No es generosidad, es pagar una pequeña parte de lo mucho que me concedéis, admitiéndome por esposo vuestro.

—Pero,—le respondí,—lo sería igualmente sin esas donaciones.

—Es mi gusto hacer lo que hago, querida niña; aceptadlo: si os negáis, me haréis renunciar á vuestra mano.

Dijo él. Yo, sin protestar más, firmé.

Después se celebró el matrimonio civil.

Recibí las felicitaciones de costumbre, sonriendo ....pero llevando en el alma un nuevo dolor, que hacía más dificil de lo que era mi situación.

La nueva faz con que me presentó el barón me disgustó, pues me hace reprocharme más y más el amor que le profeso al ausente....

Momentos después, me retiré á mis habitaciones: no podía más tiempo mantenerme serena y contenta. Pero todavía no estaba libre de la curiosidad. Mi buena amiga Lucía vino tras mí, y la doncella entró para desvertirme....

Delante de esas buenas y cariñosas compañeras, que me aman tanto como yo á ellas, fuéme preciso fingir con más cuidado que nunca. Ellas se mostraron pesarosas, y hasta las ví llorar, y tuve el valor de consolarlas......

Cuando por fin me dejaron y el silencio más absoluto reinó en la quinta; cuando me pareció que todos dormían, me levanté del lecho y me puse á calcular...... He llorado, rezado, maldecido; he ahogado contra los almohadones de la *chaise-longue*, los sollozos que me desgarraban el alma, y cuando la desesperación me volvía loca, cuando el suicidio se me presentaba como idea consoladora, y á pesar de mis ideas cristianas lo acariciaba, vuestra imagen se me ha presentado madre mía: vuestras palabras de amor y resignación han llegado hasta mi alma, y una vez más habéis sido vos la que me ha consolado en mis tributaciones. Bendita seáis!

Por hoy voy á dejaros: la reacción moral, ha venido; pero mi cuerpo está fatigado y me pide descanso. Voy á complacerle. Me parece que tengo fiebre. ¿Será que llega para mí la hora del eterno descanso?....

Orad por mí....

Adelfa.



XXVIII.

¡..................!

> Oh! Dios mío; sí, permaneció toda la vida fiel á su primer amor!

PODRÍA creerse que el barón Ismael Davit, al realizar el ensueño más querido de su corazón, habría de considerarse felíz, completamente felíz, y sin embargo, no sucedía así. Era por el contrario, profundamente desgraciado. ¿Por qué? Esto no se puede precisar. Las causas eran muchas: los efectos fueron, pues, muchos también. ¿Qué tiene esto de particular? Analizando los hechos y las cosas, se encontrarán muchos puntos negros en su conducta. ¿Sería el despertar de su conciencia? ¿Sería la fuerza misma de su amor lo que le haría experimentar el fenómeno de desear deshacer lo que había hecho? de abandonar la mujer que tanto amaba, como si le fuera indiferente? ¿Sería que al ver tan próximo lo que se había acostumbrado á ver desde lejos, la proximidad lo asustaba? Sería tal vez que, como Gilliatt, el personaje de la monumental obra de Victor Hugo, *Los Trabajadores del Mar*, después de haber vivido con un solo y único afán, se sentiría con fuerzas para entregárselo á otro que lo merecía menos? Sería que pensaba entregar á Adelfa

al conde Wolff, como Gilliatt entregara á Ebenezer su único tesoro, su adorada Deruchette?

Quizá fuera esto: quizá otra cosa: de cierto no se supo nunca nada, sino que al abandonar *Villa Alegre*, después del contrato de bodas y del matrimonio judicial, iba triste y pesaroso. Pasó la noche velando, inmóvil, sentado en una butaca al lado del fuego.

La inmovilidad en los caracteres resueltos indica una violenta crisis.

Ya ha visto el lector cómo una vez renunciara el barón á la señorita Landebeg; si en aquella noche —la de los desposorios,—que nunca jamás pudo olvidar el banquero, cuando se hallaba sumido en profundas cavilaciones se le volvió á presentar la noble y generosa, pero tardía idea de devolver al amor del conde á la que le pertenecía por medio de la intriga, la lucha sostenida entre el amor y la generosidad debió ser larga y reñida, pues al amanecer había envejecido veinte años.

Juzgar á aquel hombre fuera tarea imposible; había en él una extraña mezcla de angel y demonio que impedía conocer la línea divisoria que separaba el mal del bien y el bien del mál.

....

....

Desde el amanecer *Villa Alegre* estaba en movimiento. La llegada del día de la boda de la señorita metía en la casa un ruido y una animación extraordinaria. Los criados iban y venían sonrientes y como afanosos, á pesar de estar ya todo dispuesto para la ceremonia.

La capilla particular de Adelfa había sido tapizada de nuevo, y en el sencillo altar que la ardorosa fe de la bella española había levantado al llegar de su patria, hizo colocar el barón una soberbia imagen de talla de la Santísima Virgen que

aparecía entre artísticas ramas de flores naturales, y cirios encendidos que daban á la pieza el aspecto de una capilla ardiente.

Habíase preparado, sin embargo, para la celebración de la boda, que por la salud de Adelfa un tanto decaida, se había desistido de verificar en Berlín, como había sido la primera idea del barón, para revestirla de mayor solemnidad.

El deseo de la desposada era el que el acto revistiese la mayor sencillez posible, y que sólo asistieran á él los de casa, ó séase nadie más que los testigos y padrinos que formaban un total de diez ó doce personas. Era como invitar sólo á la amistad y desterrar á la curiosidad.

No eran aún las diez de la mañana. El día, de los más helados de aquel invierno, era sin embargo un bello día. Hay belleza en todo. No nevaba, pero soplaba ese aire sutil precursor de las grandes nevadas. La naturaleza estaba desnuda. Ni una hoja en las ramas. Ni un pájaro en los árboles. Ni una sonrisa en la naturaleza.

Lucía y Adelfa, sentadas una al lado de la otra, se encontraban en el gabinete de la segunda. Lucía hablaba, Adelfa guardaba silencio. Una lágrima cuajada entre sus largas pestañas negras vacilaba y no caía.

Había en la pálida frente de Adelfa la huella de la pasión y el desconsuelo, á la que se unía una desgarradora resignación; una resignación parecida á la desesperación. En su bello y angelical semblante había como el sello de la expresión de la fatalidad. Nada destruye tanto la naturaleza de una mujer como un amor desgraciado. Nubes negras sombreaban á Adelfa. En su pupila brillaba el fuego de la muda desesperación del que tendría que luchar contra el imposible.

Lucía le decía:

—No te casarás. No tengo valor para verte casar.

Adelfa respondió:

—Me casaré. ¿Has oido? Me casaré. Yo no puedo hacer otra cosa que casarme.

—Y yo no puedo hacer más que rogarte que no lo hagas.

En aquel momento oyeron una voz que decía en la galería:

—La señorita Adelfa se encuentra algo mala. Tened la bondad de pasar al salón mientras yo le mando á decir que habéis llegado.

Era la voz de Tomás.

Las dos amigas comprendieron que el que llegaba era el sacerdote católico que debía celebrar la boda.

—Me alegro que esté ya aquí—dijo Adelfa poniéndose en pié.—Voy á celebrar una conferencia con él.

Más de una hora pasaron en la capilla el sacerdote y la joven, pero nunca supo nadie con certeza lo que se dijeron. Es probable que Adelfa le abriera de par en par su corazón, mostrándole las heridas que en él habían causado lo que ya conocen mis lectores, y que el sacerdote le prestara todos los consuelos imaginables; lo cierto solo fué, que pasado que hubo un largo rato, la joven se quedó sola en el oratorio, rezando, y que, el sacerdote al salir, le dijo á Lucía:

—La encuentro muy calmada y pensando solo en Dios y en el cielo; es el principio de la reacción que ha de sobrevenir muy pronto. Conviene no molestarla.

Después de hacer servir al representante de Jesucristo el almuerzo, Lucía, cuya inquieta amistad

se preocupaba por el silencio de la joven en el oratorio, atravesó la galería, y subiendo la escalinata que daba á la capilla, alzó la colgadura, abrió la mampara y miró.

Tenía delante de sí á Adelfa.

Oraba fervorosamente, con las manos unidas.

Adelfa no era ya la misma mujer de la mañana.

Parecía profundamente tranquila. Su semblante no estaba pálido. A la luz de los cirios encendidos aparecía lívido.

Mármol que sufre: otra cosa no parecía su cara.

Tenía la mirada profunda de sus grandes ojos negros, fija en el rostro de la Reina de los Cielos. Su cuerpo no se agitaba; parecía que no pasaba la vida por él. Sus labios permanecían unidos y sin movimiento.

Lucía la contemplaba.

—Es una mártir—pensó—¡Cómo se bate contra sí misma! Tiene el corazón lleno de lágrimas y no llora. ¡Qué heróica es! ¡Cuánto la admiro!

De repente osciló el cuerpo de Adelfa. Lucía corrió hacia ella y llegó á tiempo para sostenerla.

Adelfa acababa de desmayarse.

....

....

—Está muy débil, muy débil—dijeron todos al enterarse de lo sucedido, y al mismo señor Landebeg, enterado como estaba del estado de ánimo de su sobrina le pareció que era efecto el desmayo de debilidad corporal.

Mandóse buscar al doctor Bohk, que acudió á toda prisa, encontrándose á la joven ya trasportada á su lecho: en él permanecía inmóvil, como dormida, con los ojos abiertos, aunque sin vista.

El doctor se acercó á Adelfa á la que reconoció en silencio; hizo algunas preguntas sobre la salud

de la joven en los pasados días y después se marchó sin dejar escrita ninguna receta, por no creer necesario medicamento alguno.

—Ha sido la parte moral la que ha vencido á la materia,—dijo antes de salir—mucha calma y mucho cuidado con no dejarla tanto tiempo en oración. Estas naturalezas apasionadas no pueden dejarse con entera libertad. Si me necesitan, mandadme á buscar, aunque yo creo que no seré preciso.

Como sucede en casi todas las grandes ocasiones de la vida en que más se necesitaría tener penetración, la de Lucía, con ser tan víva, no despertó ni al escuchar las palabras del médico, dichas sin embargo con un acento tan poco convencido que á cualquiera extraño hubiera chocado, ni en la ausencia de receta que indica generalmente que ya no hay nada que hacer por ser el caso extremo, ni mucho menos al ver la palidez de Adelfa. La marquesa tenía una venda sobre los ojos, y esta venda le impidió hacerse cargo de la verdadera situación en que se encontraban. No pensó en que los médicos suelen engañar, sino que por el contrario, le pareció natural que su amiga no tuviese nada, absolutamente más que cansancio, debilidad, fatigada......

No me refiero al señor Landebeg, porque obcecado con su idea fija en los negocios, había declinado toda su autoridad en su sobrina, que á su vez encargara á la de Iven los cuidados de la casa.

El barón Ismael Davit, avisado de lo sucedido, acudió á *Villa Alegre* á toda prisa; pero estaba dicho que nadie había de caer en que Adelfa se encontraba más grave de lo que parecía. El banquero se concretó á aplazar la boda, pero sin dudar ni un momento que ésta se celebraría en breve plazo, que solo se demoraría algunos días.

Y entre tanto Adelfa en su lecho se debilitaba de momento en momento. Qujábase de fatiga, pero no se lamentaba de dolor alguno: solo decía sentir cargazón en las sienes y pesadez en la vista.

Asi se pasó el día y parte de la tarde. La nevada que se anunciaba la víspera había caido en efecto y había sido grande. El invierno aquel año fué pesado en Alemania; reinaba un frío húmedo muy desagradable: todo lo que abarcaba la vista desde *Villa Alegre* aparecía blanco como un sudario. El cielo estaba casi oscuro: espesos nubarrones cubrían todo el horizonte, anunciando que las nevadas continuarían por aquel día y los siguientes.

Como á las cinco de la tarde la enferma se sintió muy mejorada, tanto que parecía haber desaparecido del todo el mal que la aquejaba. Se mostró alegre, contenta, rió, habló y mostró deseos de que hicieran la tertulia en su alcoba, en lo que se apresuraron á complacerla.

—Esta noche se celebra un baile en casa de la condesa de Haghark—dijo la joven—y hay concierto en casa de la marquesa de Stramp: serán dos fiestas espléndidas.

—Sí—repuso Lucía—quedarán espléndidas, gracias á que tus bodas se han aplazado, pues la de Haghark, que eligió esta noche para su baile, lo hizo con la sola idea de obligar á sus adictos á acompañarla, y lograr que tu matrimonio pasara casi inadvertido.

—Es una mujer antipática con su vanidad—dijo el barón.—La fiebre del mundo la posee por completo. Cuanto me alegro de ver que Adelfa no la imita......

—El mundo cansa, amigo mío.

—Es cierto......

—Pero, señor barón—dijo Adelfa interrumpién-

dolo, y con un tono jovial y encantador—parece ser que habéis olvidado una cosa.

—¿Qué es ello?—exclamó el Rey del Hierro, para quien una ligera observación de la joven equivalía á una orden terminante.

—Que hoy era el día marcado para recibir de Francia el abanico de nácar que me mandásteis á hacer por el dibujo que yo misma hice, y que como no me lo han traido, quisiera pasáseis por casa de Stephens, para saber el motivo de la tardanza.

—Voy en seguida á indagar la causa hija mía,—repuso.—Espero á vuestro tío, que me avisó marcharía en mi coche á Berlín.

—Aquí llega precisamente el señor Landebeg—dijo Lucía, riéndose.

—En marcha, pues. Adiós Adelfa, volveré dentro de una hora á traeros la respuesta del abanico.

—¡Ah! se trata de abanicos?—preguntó Federico Landebeg.—Las mujeres son siempre las mismas. Ya sabrá usted lo bueno barón, cuando se haya casado: lo tomarán por un lacayo de confianza á quienes encargan los asuntos delicados.

—Pero ¿os habéis casado vos alguna vez?—preguntó Ismael Davit burlonamente.

Todos rieron de la oportuna respuesta, y después de despedirse nuevamente, los dos banqueros abandonaron la pieza y luego la quinta. Nada los detuvo: nada les indicó que en aquella alcoba revoleteaba una mariposa negra que no se marcha nunca sola de las casas que visita; ni el más ligero presentimiento les hizo volver hacia atrás la cabeza, para contemplar los muros que guardaban su tesoro en el mundo, cuando el coche rodó sobre la nieve, por el ancho camino de Spandau, dirigiéndose á Berlín......

Pasó una hora en la más completa calma. Las

dos amigas hablaban con tranquilidad de cosas indiferentes cuando recibieron un magnífico ramo de flores blancas, azucenas, nardos y rosas, del que pendía una cinta, blanca también.

Era el *bouquet* encargado por el barón para Adelfa en la ceremonia nupcial, y que habían olvidado avisar al jardinero para que lo transfiriese.

—¡Qué cosa más bella!—exclamó Adelfa—tomándolo entre sus manos y aspirando el delicado aroma que exhalaban las flores, con una vaga sonrisa en los labios,—¡qué hermoso ramo! Mira Lucía, se conoce que el barón es un hombre de gusto.

Conservó la flores á su lado, en el lecho, y como si contuviesen un narcótico, un sueño dulce y reparador cerró los ojos.

Lucía se alejó, temerosa de despertarla, después de apagar las luces de la alcoba. Todo quedó en silencio al rededor de la joven. La marquesa se sentó en un gabinete próximo, para velarla desde lejos.

Pasó un momento de esta suerte, hasta que llegó hasta ella un confuso rumor que partía de la alcoba, como de una persona acometida de una pesadilla. Soltó ligera el periódico que leía y acudió á la alcoba.

Todo estaba en penumbre. Ligero y surperticioso temor la invadió. El suave perfume de las flores blancas llegó hasta ella, al mismo tiempo que un frío glacial recorrió su cuerpo y paralizó su corazón.

—¡Luz! luz!—gritó con angustiada voz.

Y se precipitó al lecho de su amiga.

Pero cuando Justina entró en la pieza llevando en la mano una lámpara encendida que invadió con viva luz los ámbitos de la alcoba, ya Adelfa dormía......

¡Dormía el sueño eterno!

XXXIX

¡Morir es dormir; tal vez
soñar!......
Shakspeare.

TRES horas después las ventanas de la alcoba de la enferma estaban abiertas de par en par, y todo Berlín comentaba le inesperada noticia de la muerte de Adelfa Landebeg, que se recibió en lo más animado del baile de la condesa Haghark.

Fué un asombro general: hubo verdadero sentimiento entre la concurrencia: algunos se marcharon en señal de duelo; pero no faltó quien se alegrase.. Unas de éstas fué la misma condesa, que siempre había pretendido en vano luchar y vencer á Adelfa, en sus trajes, en la fama que sin pretenderlo gozaba en Berlín, en las amistades. Había sido una rival que la humillaba con su altivo desdén, con su elegancia natural, con su belleza perfecta y soberana. Para aquella mujer cegada por la vanidad, fué la muerte de la bella española como el fin de una continua derrota.

—Su muerte será el último pesar que me cause, —se dijo con feroz contento, al ver lo desanimado que había quedado su baile á raíz de la noticia.

Stemoy, el distinguido cronista que bajo una aparente frivolidad poseía un corazón noble y bueno, y que sentía por la sobrina del señor Landebeg un

verdadero afecto, fué uno de los primeros en despedirse. Su amistad, tantas veces probada, dedicándole á la joven sus más galanas crónicas, tuvo una delicadeza: la de encresponar su pluma, no escribiendo en nueve días ninguna revista de salones.

En la capilla de *Villa Alegre* se hallaba colocado el féretro que contenía los restos mortales de Adelfa Landebeg. El cadáver estaba rodeado de toda la pompa própia de los ricos, y de todas las más dulces y tiernas muestras del amor y el afecto que la joven había inspirado en su vida.

En una rica caja blanca, adornada de arabescos de plata y oro, estaba recostada Adelfa. Vestía el traje blanco que había recibido para la boda y en el que el barón Davit había cifrado todo su orgullo.

La cabeza de Adelfa, aquella cabeza altiva, que tiempo atrás se alzaba con suma tranquilidad, y que tantas veces, luego, había inclinado con desesperación y abatimiento, reposaba sobre un cogín de raso blanco también. Por un soberbio capricho de amante millonario, el barón Ismael Davit había ceñido aquella pálida frente con la riquísima diadema de brillantes que para ella había hecho montar, y Lucía la había cubierto con el blanco velo, también preparado para la ceremonia nupcial.

Después de muerta, el semblante de Adelfa había recuperado aquel sello de serenidad y placidéz que la caracterizaba cuando la conocimos. Estaba pálida, pero su misma palidez hacía resaltar más y más sus bellísimas y correctas facciones de estatua. Parecía dormida, ó parecía rezar. Tenía ambas manos cruzadas sobre el pecho en actitud mística.

Al lado de aquel semblante, que pronto no sería más que polvo, como para honrar á la que ya

no existía, habían colocado unas flores que parecían muertas también. Más de cien cirios encendidos rodeaban el feretro, colocado delante del altar, entre blancas colgaduras. La imagen de la Madre de Dios parecía viva en aquella atmosfera cargada del humo del incienso y de los cirios, cuyas luces oscilaban cuando penetraba en la capilla un soplo de aire.

Multitud de amigos acudían á visitar el cadáver. La que yacía muerta, en su caja, había sido admirada y rica, y lo que aún valía más en aquellos instantes supremos, querida por su bondad y caridad. Los más distinguidos personajes del Imperio que habían conocido y tratado á la joven en los salones aristocráticos se confundieron al rededor del lecho de flores de la joven con el pobre artesano que acudía, como testimonio de gratitud, en recuerdo de las bondades que para ellos había tenido siempre Adelfa, al socorrerlos en sus desgracias de familia, ó cuando por lo riguroso del invierno, les faltaba trabajo, era ella todavía la que se lo proporcionaba ó se cuidaba de darles dinero para cubrir cómodamente sus necesidades.

El barón Ismael Davit se encontraba en la capilla ardiente, casi oculto entre las colgaduras y las flores. ¡Pobre hombre! Tenía marcado en el rostro los más crueles sufrimientos. No lloraba. Sus ojos secos, fijos en el rostro de la muerta, parecían ser los de un demente. Ante él, desfiló toda aquella sociedad heterogénea, que después de rezar en la capilla, pasaba á saludar al señor Landebeg para expresarle la parte que tomaban en su sentimiento.

Se pasó la noche velando el cadáver; en los salones, antes siempre abiertos y alumbrados para celebrar en ellos espléndidas fiestas, se veían grupos de

amigos constantes, que, vestidos de negro, acompañaban por última vez á Adelfa.

Al amanecer del día señalado para el entierro, que prometía ser tan frío como el anterior y más inclemente aun, Lucía, que después de haber colocado á su amiga en su último lecho con el celo y el cuidado de la verdadera amistad, se había retirado á la habitación que ocupara Adelfa hasta su muerte, para poner en orden todos los papeles é impedir que cayesen en manos indiscretas los secretos de la desventurada hija de Angel Cea reduciendo á ceniza las cartas de amor de Hugo, que con el retrato del oficial de Marina, guardara como un tesoro; Lucía, repito, después de cuidar hasta este pequeño detalle, se dirigió á la capilla para rezar en silencio. Le parecía aquella la mejor hora: estaba sola.

En la pieza contigua al oratorio se encontró con dos criados dormidos: no pensó en despertarlos: ella quería velar sola á su amiga.

Se acercó al féretro y la miró fijamente. Luego, dando un suspiro, cubrió sus ojos con un pañuelo para contener sus lágrimas, que por algún tiempo rodaron en silencio; después, sacudiendo la cabeza, puso su mano derecha sobre la yerta frente de la que dormía en aquel blanco lecho de sedas y flores.

—Sé ahora, toda la verdad—dijo en voz baja é inclinándose sobre ella: Yo te admiré en vida, creyéndote grande, pero nunca creí que lo eras tanto. Duerme, pobre amiga, duerme en paz el sueño de la muerte. Dios es justo y premiará en el cielo tu generosa conducta. Ni tu tío ni el barón sabrán nunca que te ocasionaron la muerte. ¡Duerme!

Besó aquellos labios helados, y después de componer las flores y el velo que la cubrían, se disponía á alejarse sin hacer ruído cuando al alzar la ca-

beza se encontró con el señor Landebeg frente á ella y al barón Davit algo más lejos mirándola los dos con ojos extraviados.

—¿Es cierto lo que habéis dicho?—preguntó el tío tras breve momento de augustioso silencio.

Lucía lo miró sin responder.

—¿Es cierto que la he matado yo?—tornó á preguntar el banquero, lívido de espanto.

Lucía tuvo lastima de aquel desgraciado cegado por la sed del oro.

—No, repuso, no es cierto. Adelfa era como indicaba su nombre: la flor del dolor de una mujer, que después de cumplida su misión en la tierra, dobló su tallo para no levantarlo más......

Pero el señor Landebeg al escuchar la consoladora respuesta movió la cabeza con desesperación y al abrir los labios para replicar se encontró con el barón, al que no había visto aún.

—El asesino, el culpable aquí he sido yo—dijo éste:—ahora lo comprendo.

Se acercó al cadáver y lo miró largo rato en silencio.

—¿Me perdonas?—dijo á la muerta.

¿Fué ilusión ó realidad?

Á aquellas tres personas, unidas por el agudo dolor de la muerte de Adelfa les pareció ver clara y distintamente que los labios de la muerta se entreabrían para volverse á cerrar.

El barón Ismael Davit se irguió transfigurado.

—¡Me ha dicho que sí!—exclamó.

El día pasó. A las cuatro de la tarde varios sacerdotes revestidos entraron en la capilla, en compañía de los amigos más íntimos. Había llegado el momento supremo. La muerte es el primer dolor: pero el más agudo es aquel en que se despide uno para siempre en la tierra del ser amado, al que

se ha acostumbrado ya á mirar sin vida, pero presente.

Cubrieron el cuerpo de Adelfa con la tapa de la caja, y desapareció á la vista de los que estaban presentes el bello rostro de la joven.

El fúnebre cortejo se puso en marcha, después de rociar la caja con agua bendita, entonando los sacerdotes tristes cantos. El barón Davit iba al lado de la muerta, sereno y en calma el rostro, como quien sabe que no ha de vivir para el dolor mucho tiempo. Su paso era vacilante, pero cuando Stemoy le ofreció el brazo para que se apoyara en él, repuso con suavidad, rechazándolo.

—Dejadme: es una expiación.

Desde la ventana de su despacho, abierta de par en par á pesar del aire helado que reinaba en aquella tarde del mes de Diciembre, el señor Landebeg contemplaba el largo y sombrío cortejo que iba en pos de la muerta y era la última sombra que proyectaba en la tierra, entre los vivos.

Todas las clases de la sociedad tenían representación en aquel acto de verdadero sentimiento.

Había nevado mucho; la nieve cubría la ancha carretera que aparecía á la vista como una estela blanca. Los árboles, sin hojas, extendían sus ramas secas como brazos de esqueletos: el fuerte aire que reinaba sacudía de esos árboles la nieve que había en ellos depositado las nevadas de los días anteriores, y que caía en el rostro de los que formaban el cortejo como menuda lluvia.

Federico Landebeg miraba alejarse tristemente el cuerpo de su sobrina, que llevaban en hombros cuatro campesinos. La carretera era ancha y hermosa, y formaba un cuadro notable en medio de aquella inmensa llanura, el entierro de la joven, que encerrada en su blanca caja, vestida con el traje de

desposada, se alejaba de la casa en que había encontrado generosa hospitalidad, para no volver más á ella.

La naturaleza, pareciendo llorar por la prematura muerte de Adelfa, comenzó á nevar al mismo tiempo que la luz que había reemplazado al sol en aquel día nebuloso fué desapareciendo.

Ya casi todo Spandau era un montón de sombras; cuando una ráfaga de aire helado agitó las cintas de raso blanco que pendían del féretro, y al flotar por algunos instantes, le parecía al desventurado Federico Landebeg que era el último adiós que su sobrina le enviaba en la tierra.

Después las sombras se condensaron más y más lo que unido á la distancia, impedía al pobre viejo distinguir, desde su ventana la comitiva que acompañaba á su Adelfa.

¡Su Adelfa! Pobre flor que su egoista pasión había sacrificado. Ella le había declarado en una tarde del otoño anterior, cuando todo era vida á su alrededor, que no podía obedecerlo porque amaba á uno que no era el barón. Cegado por los negocios y su crédito de comerciante en peligro, no le había preguntado nunca quién era el que ella amaba.

Aquel amor, sin duda, era el que la había matado..... ¿Pero era verdad que había muerto? Aquella joven que él había jurado protejer y cuidar era posible que su ceguedad la hubiese entregado á las luchas más crueles del corazón humano? ¡Cuánto mejor hubiera sido entonces no encargarse de ella!

¿Quién sería el que amaba?—se preguntó—y sin saber cómo se le presentó el recuerdo del conde Hugo Wolff, que había desaparecido de Berlín.

Al medir el tamaño de su egoismo tuvo vergüenza de sí.

¿Qué le restaba ya en la tierra? Con los restos mortales de su sobrina se había alejado de él toda su ventura sobre la tierra...... ¿No sería bueno buscar el descanso y el olvido en la muerte? No había más que inclinarse un poco para caer sobre la nieve del parque y quedarse allí dormido para siempre. Parecería un hecho casual.... La idea de Dios se oscureció en su cerebro. La muerte le pareció en un momento de delirio el fin de lo humano y divino.... ¡Quiso olvidar!....

—¿Qué hacéis, señor?—preguntó á su lado una voz conocida.

Se volvió con prontitud. Era Tomás el anciano criado, que lo miraba con severidad.

—Nada—repuso avergonzado;—no hacía nada.

—Vamos, señor, retiraos de esa ventana: ¿no véis que hace mucho frío y os daña?—tornó á decir Tomás.

Entonces Federico Landebeg, dando un gran suspiro, cerró la ventana y se alejó pensando que en aquella helada llanura cubierta de un blanco sudario de nieve había más calor que en su corazón!

....

....

FIN


3 2044 004 479 259



